

Caroline Andrews



*Cuando el amor
es eterno*

**Cuando el amor
es eterno**

por

Caroline Andrews

Traducido por

Natalia Steckel

Cuando el amor es eterno

Escrito por Caroline Andrews

Copyright © 2015 Caroline Andrews

Todos los derechos reservados

Distribuido por Bon Accord Press

Traducido por Natalia Steckel

Diseño de portada © 2015 Sabrina Mickelson-Begic

Capítulo uno

—Tengo una oferta que no podrás rechazar.

Ava McKenna sonrió al oír el tono animado de su agente inmobiliaria. No hacía mucho tiempo que la propiedad estaba en el mercado: había puesto en venta su casa de la infancia tan solo dos semanas atrás. Eso significaba que la oferta debería estar cerca del precio de base. Intentó mostrar el mismo entusiasmo que había notado en la voz de la agente, pero no era sencillo. Aunque no había visitado la casa desde la muerte de su madre —ocurrida hacía diez años—, igualmente la decisión de venderla no había sido fácil. Estaba sola en el mundo; la casa era todo lo que ataba a Ava a su niñez. Otras personas tenían tías y tíos, primos y otros parientes. Ella tenía una casa.

—¿Ava? ¿Estás escuchando?

—Sí, aquí estoy. —Ava estacionó en el espacio reservado frente a su oficina y apagó el motor de su convertible—. Tienes toda mi atención.

—Bien. Tengo una oferta en efectivo por el total del precio de base. Y, como ambas sabemos, pusiste el precio bastante por encima de la media para ese vecindario, así que deberíamos estar complacidas.

¿Complacida? Ava se removió en el asiento. No, no estaba complacida. Ni aliviada. Ni feliz. Debería estarlo, claro, pero no lo estaba.

—¿Puedo tomarme un tiempo para pensarlo, Jessie?

Un silencio incómodo invadió el aire por un largo momento antes de que la agente inmobiliaria hablara.

—Por supuesto, es tu decisión, no la mía. Pero hay una cosa más.

—Te escucho. —Ava guardó las llaves del auto en el bolso. Con un movimiento bien practicado, salió del auto sosteniendo el bolso, un maletín y un vaso de café. Disfrutó de la fresca brisa matinal mientras se dirigía hacia la oficina, contenta por tener una ventana que pudiera abrir para aprovechar la mañana primaveral perfecta de Arizona—. ¿Los compradores tienen una enorme lista de modificaciones que quieren que haga? Porque desde ya te digo que no me interesa hacer más de lo necesario para complacer a un comprador potencial quisquilloso.

—No, Ava, no es nada de eso. Al comprador le gustaría reunirse contigo para conversar sobre la oferta.

Qué extraño. Ava abrió la oficina. Gracias a Dios por el Bluetooth. “Manos libres” era su expresión favorita. Encendió la luz con el codo y dejó todo sobre el escritorio.

—No lo sé, Jessie. ¿En qué me beneficiaría?

La agente no perdió un segundo en responder.

—¿En qué te perjudicaría?

—¿No miras las noticias? —Ava inició la computadora y encendió el monitor—. Una mujer que se encuentra con un desconocido en una propiedad vacía podría ser un poco peligroso. —Se dirigió al final del pasillo para preparar café. Siempre era la primera en llegar y le gustaba tener café recién hecho para cuando el personal comenzara a entrar. Encendió la cafetera.

—Bueno, eso es lo extraño —comentó Jessie—. Él dice que no es un desconocido. Dice que te conoce desde hace mucho tiempo y quiere cenar contigo en Papagayos.

Las cejas ligeramente arqueadas de Ava se levantaron. ¿No era un desconocido? Ni siquiera debería preguntar. Debería dejar pasar la oferta. Pero le ganó la curiosidad.

—¿Cómo se llama el comprador?

La respuesta de Jessie fue una tosecita delicada y un momento de silencio antes de hablar.

—Pidió que no lo revelara. Supongo que querrá sorprenderte.

—Bueno, estoy sorprendida —dijo Ava; tan sorprendida como para que sus manos temblaran mientras agregaba sobres de edulcorante al tarro casi vacío sobre la mesa de café—. No conozco a nadie del antiguo vecindario. —Algo que no era del todo cierto, pero no quería pensar en el pasado. Había cortado con eso años atrás.

—Entonces, ¿es un sí o un no? —preguntó Jessie.

Ava hizo una pausa. La parte racional de su cerebro, esa parte que utilizaba el noventa y nueve por ciento de las veces, le decía que rechazara la oferta en ese momento. No necesitaba vender la propiedad de inmediato. El mercado inmobiliario era un mercado próspero, y el dinero no le hacía falta. Pero ese uno por ciento emocional la animaba. “Acepta conocer al hombre misterioso —intentaba convencerla—, aunque más no sea para enterrar el pasado. Demuestra que puedes regresar, que el pasado no te tiene controlada”. Ella suspiró.

Jessie aprovechó la indecisión de Ava.

—¿Entonces es un sí? ¿Puedo llamar a su agente inmobiliario y confirmar que estarás allí?

Ava necesitaba tiempo para pensar.

—Te confirmaré más tarde, lo prometo. —Esquivó con eficiencia una confirmación directa—. Valoro todo tu esfuerzo en esto, Jessie.

—Es mi trabajo, y estoy feliz de hacerlo. Pero, Ava, creo que debes pensar bien en por qué quieres vender la casa y a la vez aferrarte a ella. Es una cosa o la otra; ambas no se pueden.

Vaya que lo sabía, pero no podía explicarle a la agente sus complicados sentimientos, cuando ni siquiera ella misma los comprendía.

Ava pasó el resto de la mañana en una reunión de personal. Adoraba su empleo de recaudadora de fondos profesional y era buena en su trabajo. Destinar su tiempo, talento y energía a causas que le importaban tenía como resultado reunir una importante cantidad de dinero. Había hecho de su carrera su vida entera y sabía que eso no era necesariamente bueno. Pero, si dejaba de dedicar cada momento a los clientes y sus proyectos, ¿qué haría para ocupar su tiempo? No podría enfrentar tanto vacío.

Después de la reunión, Ava se sirvió otra taza de café y se internó en su oficina. Entre llamadas y correos electrónicos a clientes actuales y posibles, su mente continuaba dando vueltas con preguntas acerca de la oferta por la casa y de la propuesta adicional de cenar con un hombre misterioso del pasado.

Su pasado. No había monstruos siniestros en el pasado de Ava ni sucesos traumáticos relevantes. Solo una gran cantidad de soledad como hija única, combinada con una cantidad desorbitada de culpa por ver a su madre trabajar a destajo para mantener sola su hogar. Si no hubiera sido por la generosidad de sus vecinos, en especial de la familia Ortega, Ava no sabía si su madre hubiera podido conservar la casa. De algún modo, cuando el presupuesto de las McKenna para comprar comida no alcanzaba hasta fin de mes, algo de la generosidad de los Ortega llegaba hasta la mesa de las McKenna. El armario de Ava estaba siempre lleno de ropa de moda, que había pertenecido a una de las hijas mayores de los Ortega. Igual de milagroso era que, cuando algo se rompía en la casa de las McKenna, uno de los Ortega sabía cómo repararlo.

Era como vivir al lado de toda una familia de hadas madrinas y padrinos. Eran la mejor clase de amigos. Ava se mordió el labio. No estaba siendo del todo sincera. Los Ortega eran más que eso: eran la familia a la que siempre había querido pertenecer.

Luego, justo cuando Ava comenzaba su último año de secundaria, le diagnosticaron a su madre cáncer de ovarios en etapa terminal. Trina McKenna se había debilitado y consumido con la velocidad de la neblina matinal. La primera sorpresa había sido la rapidez con la que la salud de su madre se había deteriorado. La segunda sorpresa había sido que el seguro de vida de su madre había podido cubrir las necesidades de la hija mejor de lo que ella había podido hacerlo en vida. Impactada por haber perdido a su madre y por contar con dinero suficiente para estudiar en la universidad que quisiera, Ava había abandonado el barrio obrero en la zona sur de Phoenix y no había regresado jamás.

Ava apoyó los codos sobre el escritorio y hundió la cabeza entre las manos. No quería recordar nada de todo aquello. Todos los recuerdos debían permanecer en el pasado, donde no pudieran volver a herirla. Cuando era niña, no sabía cómo ignorar su soledad, pero ahora ya era toda una experta.

Sonó su celular y lo tomó, sabiendo que era su agente inmobiliaria. El identificador de llamadas confirmó su suposición.

—¿Qué harás, entonces? —preguntó Jessie—. ¿Has tomado una decisión?

—Lo haré —se oyó decir Ava. Necesitaba cortar con el pasado. Había decidido vender la casa de una vez por todas, y eso formaba parte de esa decisión. Terminaría la transacción—. Iré a Papagayos después del trabajo. ¿Sabes a qué hora está programada la reunión?

—Seis y treinta. ¿Quieres que te vea allí? —ofreció Jessie—. Como refuerzo, por si el comprador no es alguien a quien conozcas o no es alguien a quien quieras conocer.

Ava no lo dudó.

—No, gracias, Jessie. Puedo manejarlo. ¿Dejó dicho esta persona a quién buscar?

—Dijo que te reconocería.

A Ava se le hizo un pequeño nudo en el estómago. Miró el reloj. Faltaban cuatro horas.

Mateo Ortega miró el reloj de la oficina. Eran casi las tres de la tarde, y el timbre de salida estaba por sonar. Cerró el archivo sobre el que estaba trabajando y apagó el monitor de su computadora. Mientras trabajaba en la solicitud de una beca, estaba con las mangas arremangadas y con la corbata floja, pero no le gustaba que los niños lo vieran con un aspecto tan informal. Ser un modelo para ellos era muy importante para él, como lo eran todos y cada uno de los niños de su escuela. Los doscientos cuarenta y nueve.

Salió al pasillo justo cuando sonó el timbre de salida. Como todos los días a esa hora, las puertas se abrieron de golpe, y los alumnos comenzaron a invadir el corredor. El nivel de ruido se disparó, y algunos piecitos olvidaron la orden de no correr mientras se dirigían en masa a los autobuses. Su presencia debía ser un recordatorio tranquilizador para que disminuyeran la velocidad y, eso esperaba, una demostración de lo mucho que se preocupaba por ellos.

Respondió a cada “Hola, señor Ortega” y a cada “Adiós, señor Ortega”. Los recuerdos que tenía del director de su escuela primaria eran de un hombre sombrío, que se quedaba detrás del escritorio y no se conectaba con los alumnos. Mateo hacía todo lo posible por ser diferente.

Una vez que todos los micros se habían ido y que el último de los niños se había ido con sus padres o se había dirigido al programa extraescolar, regresó a la oficina.

—Un mensaje para ti, Mateo. —El asistente le entregó un papel.

Lo leyó y vio que su tía lo había llamado. Entró a su despacho, se quitó el saco y la llamó a su casa.

—Hola, tía Sylvia —dijo cuando ella atendió—. Acabo de recibir tu mensaje. ¿El abuelo está bien?

—Está cómodo, Mateo.

“Cómodo” era otra manera de decir que el abuelo soportaba el dolor que le causaba el cáncer de estómago. Mateo respiró profundo y luego exhaló. Era un hombre adulto que sabía lo que era perder a alguien, pero la idea de perder a su amado abuelo le hacía doler el corazón.

—¿Qué puedo hacer para ayudar, tía?

—Eres un muchacho muy amable por preguntar, Mateo.

Las palabras de su tía lo hicieron sonreír. Hacía años que no era un muchacho, y los niños de la escuela creían que era un verdadero anciano: para los niños pequeños, un hombre de treinta y cinco ya era prehistórico.

—Ya sabes que, si necesitas algo, solo tienes que pedirlo. —Mateo miró el reloj. Otra vez. De pronto se sintió como un adolescente que cuenta los minutos para una cita—. ¿Cómo se siente el abuelo?

—Hoy tiene un buen día —respondió ella.

Mateo sabía que había algo más. Reconocía el tono de preocupación en la voz de su tía. Hacía meses que el amado patriarca de la familia estaba enfermo. Unas semanas atrás les había informado a sus médicos que no quería continuar con el tratamiento de quimioterapia. Toda la familia Ortega sabía que lo único que podía hacer por él era lograr que sus últimos días fueran lo más cómodos y felices posible. Eso era más fácil decirlo que hacerlo, ya que todos enfrentaban su propio dolor ante la pérdida inminente.

—Qué bien. Me alegra oír eso. ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien, excepto que estoy un poco confundida con algo que oí. —Hubo un momento de duda antes de que siguiera hablando—. Mateo, no sé si serán los efectos de la medicación o a qué se deberá, pero papá insistió hoy en que tú le habías dicho que estabas comprometido. Intenté decirle que tal vez había entendido mal, pero insistió en que tú mismo se lo habías dicho. ¿Qué crees que está sucediendo?

Mateo se sentó en el borde del escritorio.

—No es la medicación, tía. Es verdad. Le dije al abuelo que me iba a casar.

—Pero ni siquiera sabíamos que estabas saliendo con alguien, Mateo.

Él suspiró. No era perfecto, ni un dechado de virtudes, pero se consideraba un hombre honrado. Sin embargo, estaba a punto de comenzar un curso intensivo en engañar a su familia. Cerró los ojos y se lanzó de cabeza hacia su primer delito verbal.

—Me declararé esta noche.

Su tía rio.

—¿De verdad? ¡Es maravilloso! Pero eres un sinvergüenza, Mateo, por haber ocultado a tu amada todo este tiempo.

—Lo soy, ya lo sé—se apresuró a aceptar. Era un sinvergüenza, pero sus intenciones eran buenas—. Pero, tía Sylvia, por favor, no digas nada a nadie todavía. No hasta que pueda contarles a todos juntos. ¿Lo prometes?

—Lo prometo si me permites organizarles una enorme fiesta de compromiso. Si no, no hay trato.

—Suenan estupendo—accedió enseguida—. Gracias.—Miró el reloj—. Lo siento, pero tengo una breve reunión antes de terminar el día, así que debo irme.

—Está bien, cariño, pero ¿al menos puedes decirme el nombre de la afortunada? ¿O el lugar donde te declararás?

Era su turno de reír.

—¿Y que aparezcan treinta y cinco Ortega para verme mientras me declaro? De ninguna manera, tía. Solo deséame suerte.

La iba a necesitar.

Capítulo dos

Ava se sentía como una adolescente nerviosa mientras se vestía para la cena. Había ido a su casa para bañarse y cambiarse la ropa. No porque lo que tenía puesto —un par de pantalones palazzo de color negro y una blusa blanca sin mangas— no fuera apropiado para Papagayos. Lo era. Pero, si el hombre que la había invitado a cenar para conversar sobre la compra de la casa era quien ella creía, quería verse de lo mejor. ¿Vanidosa? Ava sabía que lo era. Pero hacía más de doce años que no veía a Mateo Ortega y no quería enfrentarlo con el aspecto de la niña insegura que solía ser.

Examinó la ropa esparcida sobre la cama. Tenía que haber algo decente. Sus ingresos eran estables y, si bien no derrochaba dinero en ropa, sí invertía en un guardarropa que proyectara la imagen sofisticada, segura y exitosa que quería dar. Se sentó al borde de la cama y se mordió el labio. ¿Qué imagen quería dar esa noche? Definitivamente no quería mostrar su nerviosismo. Y estaba nerviosa por volver a ver a Mateo después de tanto tiempo.

Cerró los ojos, y una avalancha de recuerdos la invadió. Se vio sentada en el porche de la casa de su madre, con las rodillas cerca del pecho, observando a los chicos Ortega, que jugaban al fútbol americano en el patio de los abuelos. Siempre estaba con un libro en la mano, pero nunca había leído mucho. Era para esconderse detrás si alguno de los chicos pensaba que los estaba mirando. Pero, si se daban cuenta, solo sonreían y la saludaban. Todos habían sido muy amables.

Y atractivos. Mateo, sobre todo. Su pelo oscuro era casi negro; sus ojos marrones, del color de una taza de café caliente, pero era su sonrisa lo que solía acelerarle el corazón a ella. Su sonrisa reflejaba todo lo que era: amable, divertido, activo, solidario.

Ava tomó una blusa turquesa de seda con bordado de oro alrededor del escote cuadrado. Cada vez que la usaba, le elogiaban lo bien que le combinaba con sus ojos. También sabía que ese color le quedaba bien con su pelo rubio. Se puso la blusa y buscó en el armario una pollera que combinara. Sacó un par de sandalias doradas del estante, feliz por haberse hecho manicuría y pedicuría dos días atrás. Después de muchas vueltas con el pelo, decidió hacer una trenza francesa. Después de todo, no era una cita. Era una reunión sobre una propiedad y debía actuar en consecuencia. Guardó la tableta en la cartera. Estaba lista para el negocio. Y las mariposas en su estómago también.

Mateo llegó a Papagayos veinte minutos antes de lo pautado para encontrarse con Ava. Había terminado la reunión, había ido al gimnasio, había ido a su casa para cambiarse y aún le había sobrado tiempo. Pidió una cerveza y se sentó en el bar, donde pudiera ver la puerta. Se preguntaba cuánto habría cambiado Ava desde la última vez que la había visto. ¿Se acordaría ella de la última vez en que se habían visto tal como él lo hacía? Aún recordaba esa noche en la puerta de la casa de la madre de ella: cómo brillaba la luna y lo terriblemente hermosa que estaba Ava. Quería invitarla a salir, pero ella estaba nerviosa, y él no quería asustarla. Solo habían pasado unas pocas semanas desde la muerte de su madre. Ava estaba destrozada por la pérdida, y él sabía que necesitaba más tiempo, por lo que decidió esperar a que estuviera lista.

Luego ella desapareció. No, no desapareció exactamente. Empacó y se mudó un fin de semana mientras él estaba de viaje por un torneo de fútbol. Varias de las tías de él le habían rogado que no se apresurara, según le contaron más tarde, pero Ava había sido insistente. Al final se despidieron de ella después de que hubiera prometido volver a visitarlos. Pero nunca lo hizo.

—¿Otra cerveza? —ofreció el barman; su voz se abrió paso entre los recuerdos de Mateo.

—No, gracias. —Alejó la botella vacía—. ¿Puede ser un vaso con agua?

El barman asintió.

—Claro.

Mateo asintió agradecido cuando le puso un vaso con agua helada frente a él. Bebió el agua y se colocó una menta en la boca antes de mirar el reloj. Faltaban diez minutos. Sacó la billetera y dejó diez dólares sobre el mostrador. Quizás debería aguardar en la mesa por si Ava llegaba temprano.

La *maitre* no estaba cerca del atril de la recepción, así que decidió aguardar en la entrada. Papagayos era un restaurante mexicano —propiedad de una familia originaria de este país—, donde se servían platos mexicanos auténticos, que hasta su propia madre debía admitir que eran deliciosos. La gama de colores en el interior era un derroche de verde loro y rojo pimentón con varios sarapes coloridos colgados en la pared. Había plantas frondosas distribuidas por todo el local, y las mesas de mosaicos coloridos con patas negras de hierro forjado rodeaban una fuente. Mateo esperaba que a Ava le agradara su elección de restaurante. No pudo evitar sonreír. Estaba actuando como si fuera su primera cita.

—¿Mateo? —llamó una voz femenina detrás de él.

Él se dio vuelta. No era Ava. Le tomó un momento ubicarla. Jill. Eso era. Había trabajado como fonoaudióloga de medio tiempo en la escuela primaria antes de haber tenido a su segundo hijo y de haber dejado el empleo para quedarse en casa con los niños.

—Jill, hola, qué bueno verte.

Jill sonrió alegremente y se inclinó para besarlo en la mejilla mientras apoyaba la mano en su antebrazo.

—Hola. ¿Cómo has estado?

Conversaron durante unos minutos sobre los hijos de ella y sobre las noticias del distrito escolar. De pronto, él recordó que el director de una escuela cercana estaba buscando una fonoaudióloga de medio tiempo y se lo mencionó a Jill. Cuando ella respondió que podría interesarle, le pidió que le enviara su información de contacto para poder remitírsela al otro director. Mateo se abstuvo de mirar el reloj o la puerta de entrada, pero se sintió aliviado cuando ella finalmente dijo que debía marcharse. Jill siempre había sido afectuosa con todos por naturaleza, así que no le sorprendió cuando lo abrazó para despedirse. Aunque había sido agradable encontrarse con una ex compañera de trabajo, se sintió aliviado al ver que se iba. La mujer a la que realmente quería ver era Ava.

Una vez dentro del restaurante, les tomó un momento a los ojos de Ava poder adaptarse a la leve oscuridad del interior. Pero, apenas se adaptaron, reconoció de inmediato a Mateo. No pudo decir lo mismo de la hermosa rubia que estaba con él. Apretó la cartera contra el pecho y respiró profundo para calmarse, agradecida porque Mateo no la había divisado. Le dio un tiempo sumamente necesario para recomponerse, para recordar que eso era una reunión de negocios. Para recordarse a sí misma que era una tonta por pensar que Mateo quería verla a ella, a Ava. No; él estaba allí para ver a la dueña de una vivienda vacía. Nada menos. Y definitivamente nada más.

Cuando la puerta se cerró detrás de su acompañante, Mateo se dio vuelta y miró fijo a Ava. Ella sabía que la había reconocido; podía adivinarlo por el modo en que sus labios se transformaron en una leve sonrisa. Él no se movió, sino que se tomó un momento para examinarla, así que ella hizo lo mismo. Era alto, cerca de un metro ochenta; alto, en comparación con su metro sesenta y cinco. Los hombros eran anchos y la cintura, delgada. Vestía una camisa blanca de tela Oxford, con las mangas arremangadas, y un par de vaqueros negros como las botas tejanas. ¡Cielos!, era muy atractivo.

“Es una reunión de negocios, Ava —se recordó a sí misma—. Toma el control como haces con cualquier otro encuentro profesional”. Enderezó los hombros y se dirigió hacia él. Extendió la mano derecha cuando se acercó.

—Señor Ortega.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de él y rio suavemente.

—No ha pasado tanto tiempo, Ava. Llámame “Mateo”.

Sus rodillas temblaban, tenía un nudo en la garganta, y su corazón le martillaba el pecho. ¡Que el Cielo la ayudara! Estaba en serios problemas porque la sonrisa de Mateo era tan cautivadora como la recordaba. Asintió.

—Mateo —logró decir, aliviada porque su voz sonaba seminormal—. Gracias por llegar temprano. —Bien, eso sonó profesional. Estúpido, pero más profesional que las cosas traicioneras que su mente quería que dijera. Afortunadamente, su orgullo la salvó de mencionar a la amiga que acababa de irse—. ¿Nos sentamos a conversar?

Él no respondió la pregunta.

—Es maravilloso verte, Ava —comentó. Dio un paso hacia adelante, pero ella rápidamente retrocedió uno, algo que no le pasó inadvertido. Ella lo vio retroceder un poco y de pronto se sintió aliviada y decepcionada al mismo tiempo.

La *maitre* se acercó con una sonrisa de bienvenida. Llevaba los menús debajo del brazo.

—Bienvenidos a Papagayos. ¿Tienen reserva?

Mateo habló primero.

—Sí, somos los Ortega.

Los ojos de Ava se agrandaron, pero no dijo nada mientras seguía a la mujer por el restaurante hasta una mesa ubicada entre varias palmeras en macetas. Las plantas le daban a la mesa un entorno de privacidad, algo bueno para estar tranquilos pero, cuando Mateo corrió la silla para que Ava se sentara, ella se sintió vulnerable de pronto.

Una vez que ordenaron las bebidas —un té helado para ella y una cerveza para él—, el silencio los invadió. Mateo, según notó ella, parecía mucho más cómodo de lo que ella se sentía. Pero él siempre había parecido tan cómodo y seguro de sí mismo... Eso era gran parte de la razón por la que ella lo encontraba tan... ¿tan qué? ¿Tan atractivo? ¿Tan deseable? Bueno, sí, pero sus sentimientos por Mateo en aquella época habían sido mucho más que físicos. Tal vez eso había sido lo que la había asustado lo suficiente como para abandonar la calle donde habían crecido, y lanzarse al mundo. En otras palabras, ella siempre se había sentido como una flor que no podía recibir suficiente luz, y Mateo siempre había sido el sol para ella.

Ava levantó la mirada para encontrar la de él.

Mateo sonrió con amabilidad. Ava estaba nerviosa. Él podía sentirlo, como lo había hecho tantos años atrás. Ella aún tenía ese leve nerviosismo que le

traía tantos recuerdos. Recuerdos sobre cuánto quería contenerla, protegerla y abrazarla. Recuerdos sobre cuánto se divertían cuando ella lograba bajar la guardia. Su sonrisa y su risa siempre le habían parecido una recompensa cuando se las obsequiaba a él. Se dio cuenta de que debía ir más despacio para no asustarla.

—¿Cómo has estado, Ava? —Observó un desfile de emociones atravesar el rostro de ella—. Ha pasado mucho tiempo.

Ella asintió, pero no respondió. Parecía que deseaba decir más, pero se reprimía, y así cerraba la puerta al pasado.

—Mi agente inmobiliaria dice que estás interesado en comprar la propiedad en la avenida Miller —expresó.

¿La propiedad en la avenida Miller? Qué forma tan extraña de referirse a la casa de la madre. Él asintió.

—Es cierto.

—¿Puedo preguntar por qué esto requería de una reunión? Tengo entendido que ofreciste el precio de base, así que no comprendo sobre qué falta conversar.

Mateo bebió un trago largo de cerveza mientras intentaba decidir la mejor manera de responder la pregunta.

—Quería verte. —Se sorprendió al oír las palabras que salieron de su boca, tal como se sorprendió ella al oírlas. Pero sabía que estaba diciendo la verdad, solo que no se había dado cuenta de cuánto deseaba verla hasta ese momento—. Me enteré por mi familia de que hace poco pusiste la casa en venta. Eso nos sorprendió. Siempre creímos que tal vez regresarías. —Tomó una papa y la sumergió en salsa antes de morderla. Intentaba parecer relajado, hacer que ella se sintiera cómoda.

—Decidí que era hora de dejar todo atrás —comentó Ava después de un largo momento—. Necesito seguir adelante.

Interesante. Había dicho: “Necesito seguir adelante”, y no “Seguí adelante”. Él abrió la boca para preguntar por qué en ese momento, pero la camarera apareció para informarles los platos especiales del día.

Al principio Ava no quiso comer, pero entre la camarera y los esfuerzos de él finalmente aceptó pedir una ensalada tex-mex. Él ordenó las fajitas y, cuando la camarera se fue, decidió desviar la conversación de la oferta por la casa hacia temas más generales. Cuando le pareció que Ava comenzaba a sentirse más cómoda, le comentó que era director de una escuela primaria. Ella se rio de buena gana.

—Sí, divertido, ¿no? —rememoró él sonriendo—. ¿Recuerdas todas las veces que me enviaban de vuelta a casa? —Él era mayor y cursaba en un grado diferente al de Ava, pero los Ortega tenían pocos secretos, y él sabía que sus primos más chicos disfrutaban de compartir las noticias de sus desventuras.

—Oh, claro que sí. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa, totalmente cautivada por la conversación—. ¿Cómo demonios se te ocurrió dedicar tu vida a la escuela?

Él le devolvió la sonrisa. Ella estaba más relajada y, por lo que podía advertir, comenzaba a disfrutar. La idea le agradó.

—Mi abuela pensó que era la carrera perfecta para mí. Y ya sabes, Ava, después de haberme reído de la idea, comencé a pensar en ello, y me di cuenta de que mi abuela no estaba tan errada. Me gustaba la idea de estar con niños y de influir de manera positiva en sus años de formación. Entonces me convertí en docente y continué estudiando para obtener un posgrado en educación. Ahora estoy trabajando medio tiempo en mi doctorado.

Ava alejó la ensalada y dejó la servilleta.

—¿Cómo están tus abuelos?

Ah, a él le intrigaba saber cuándo preguntaría por su familia (o si preguntaría por ella). Significaba un progreso que Ava sacara ese tema antes que él.

—Perdimos a la abuela hace casi tres años.

—Oh, Mateo, lo lamento. —Ava se estiró para tocarle la mano—. ¿Cómo está tu abuelo?

Mateo contuvo la respiración. Le había dado el pie perfecto y, si iba a continuar con ese plan alocado, era ahora o nunca. La imagen del rostro encantado de su abuelo cuando le había contado que estaba comprometido se le apareció de golpe en la mente. Podía hacerlo. Lo haría por su abuelo.

—Me alegra que hayas preguntado, Ava, porque esa es la razón por la que quería hablar contigo. Necesito tu ayuda.

Capítulo tres

Ava dudó de su propia cordura durante el resto de la noche y toda la mañana siguiente. Había dormido muy mal, dando vueltas y repasando la noche con Mateo una y otra vez en su cabeza. Haberlo visto nuevamente después de una década había sido deslumbrante. Había crecido, pero ella también. Sin embargo, en otros aspectos, en un aspecto más fundamental, seguían siendo los mismos de siempre. Dios sabía que la química era la misma. Por lo menos de parte de ella. Mateo Ortega, cada milímetro sensual de él, le debilitaba las rodillas. Su sonrisa tierna y su actitud encantadora parecían debilitarle la mente también porque había aceptado encontrarse con él en la casa de la avenida Miller a primera hora de la mañana. Pero él quería más que un recorrido por la propiedad. Ya se lo había advertido.

Tenía una propuesta para ella; eso era lo que le había dicho. Pero eso era todo lo que había dicho; se había negado a decir más hasta que ella hubiera aceptado volver a verlo.

Bueno, ya era de mañana, y ella estaba en camino para ver la propiedad y oír su propuesta. ¿Querría Mateo conseguir un contrato de alquiler con opción a compra en lugar de una compra directa? ¿Por qué no se lo había pedido la noche anterior? O, de hecho, si eso era lo que quería, ¿por qué no hablarlo directamente con la agente inmobiliaria? Sacudió la cabeza. Él quería algo. Pero ¿qué?

Ava condujo el convertible por Central Avenue y dobló en Miller. Sus ojos absorbían con entusiasmo la familiaridad de las hileras de casas a ambos costados de la calle. Habían cambiado muchas cosas: la mayoría de las casas tenían pintura nueva, jardines nuevos y, en su mayoría, dueños nuevos. Pero aún tenía la sensación de ser una calle donde habitaban familias. Disminuyó la velocidad cuando llegó a la entrada de su propiedad.

Apagó el motor y observó el exterior de la casa. La inmobiliaria había hecho un buen trabajo en mantener todo en buen estado. Pero igual había un aire de soledad que la invadía. Apoyó la cabeza contra el asiento y cerró los ojos para evitar la ola de recuerdos que la embestía.

—Buenos días, rayito de sol.

Ava dio un salto y abrió los ojos de golpe.

—Oh, Mateo, me sobresaltaste. —Inclinó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo. Él estaba cerca del capó, con los brazos cruzados. Vestía una remera roja estampada con el nombre de la escuela primaria local y pantalones de gabardina color caquí. Se lo veía bien despierto, lleno de energía y totalmente relajado—. ¿Me llamaste “rayito de sol”?

Él sonrió.

—Culpable. ¿Qué puedo decir? Siempre me gustaron las mañanas. —Abrió la puerta del auto, y ella se bajó.

Ava se había vestido de manera informal, con una blusa estilo campesino de color amarillo brillante, pantalones pescadores blancos de jean y zapatillas Keds

blancas, ya que no sabía en qué condiciones estaría la casa. Parecía que no tenía que haberse preocupado. Si tenía en cuenta el mantenimiento exterior, sabía que no iba a ser atacada por cantidades de pelusa. Los recuerdos dolorosos serían la amenaza más grande. Miró a Mateo.

—Bien, estoy aquí. ¿Cuál es tu propuesta?

Él sonrió. ¿Cómo había olvidado ella ese hoyuelo?

—Lo siento, nunca hago negocios antes del desayuno. Es una regla personal. —Se dio vuelta y caminó hacia los escalones de la entrada; solo se detuvo a hacerle una seña para que ella lo siguiera.

Ava se quedó observándolo por un momento. Mateo Ortega era tan... tan... tan seguro de sí mismo... Tan confiado... Con tanto autocontrol que casi era molesto. Se merecía que ella se subiera al auto y se dirigiera a la oficina a comenzar su día de trabajo. Pero una mirada al hombre que sostenía la puerta abierta para ella le dijo lo que ya sabía: a desayunar.

Lo siguió, pero se detuvo en el último escalón. De pronto la invadió la turbación ante la idea de volver a entrar al hogar de su infancia. Casa, se corrigió. Era una casa. Ya no era su hogar. Respiró profundo e ingresó.

Ava se ubicó junto a Mateo y miró a su alrededor. Desde el vestíbulo podía ver la sala de estar. Giró para ver el corredor que llevaba a las dos habitaciones. Sentía los pies pesados, pero se obligó a entrar en ambas. Su antigua habitación aún estaba pintada de ese púrpura claro que había elegido cuando tenía diez años. El color se había desteñido, pero los recuerdos no. Todavía podía ver a la niña que solía ser, recostada en la cama, con una pila de libros siempre a mano. ¿Cuántas horas había pasado leyendo y cuántas palabras había consumido durante su preadolescencia? Los libros le habían hecho compañía mientras su madre estaba trabajando. Suspiró.

—Ava, ¿estás bien?—preguntó Mateo.

Ella lo miró y valoró su respetuoso silencio. Asintió sin decir palabra.

—Bien —continuó él—. No sabía cómo te afectaría el regreso. —Le colocó una mano sobre la parte baja de la espalda con suavidad—. ¿Sería muy duro para ti ver la habitación de tu madre?

Ella sacudió la cabeza. El nudo en la garganta no le permitía hablar. Mateo comprendió. Pero eso no debería sorprenderla. Toda la familia Ortega se había comportado de maravillas durante la enfermedad de su madre. A menudo, durante los años posteriores a su muerte, se había preguntado cómo hubiera superado esos días negros sin la presencia, sin la ayuda, sin la amabilidad de esa familia.

Mateo pasó a su lado para abrir la puerta de la habitación principal y luego se apartó para que ella pudiera pasar. Ava respiró profundo y entró al cuarto de su madre.

Las persianas estaban cerradas a la luz del sol, por lo que a Ava le tomó unos minutos adaptarse a la oscuridad. Esa habitación, como las demás, estaba vacía. Vacía de muebles y, para el inmenso alivio de Ava, vacía de tristeza. La nostalgia y el alivio la invadieron al mismo tiempo. Había esperado tener recuerdos. Pero recibió la falta de tristeza como un regalo de bienvenida y, al ver el cuarto de la madre, la tranquilizó que no pareciera la habitación de una enferma, como lo había sido durante los últimos meses de vida de su madre. En aquel entonces la casa parecía más un hospital que un hogar. Ahora parecía una propiedad vacía. Era como si un peso que no sabía que cargaba hubiera desaparecido de alguna manera. Le sonrió a Mateo.

—Todo se ve muy bien. Tan limpio, tan cuidado...

—La tía Sylvia y el tío Oscar cuidaron de la casa. Si hacía falta tan solo podar un ocotillo o una palmera, enseguida se comunicaban con la inmobiliaria.

Ava sonrió agradecida.

—Por favor, dales las gracias de mi parte.

Mateo la observó por un largo momento.

—Puedes agradecerles tú misma, ¿sabes? Aún son tus vecinos.

Ava sacudió la cabeza.

—No lo son. Ya no vivo aquí. —De pronto necesitaba espacio, por lo que se dirigió a la cocina. Todo se veía inmaculadamente limpio y ordenado. Un poco pasado de moda en comparación con su departamento, pero era de esperarse después de más de una década.

—Ven a sentarte y desayuna, Ava. —Mateo estaba detrás de ella; irradiaba una confianza que ella envidiaba. Sonaba tan seguro de sí mismo, tan conforme consigo mismo... Pero bueno, siempre había sido así.

—No hay muebles —comentó ella pero, apenas miró hacia el desayunador, se dio cuenta de que estaba equivocada. Había una mesa plegable con dos sillas plegables en el centro del espacio reducido. En el centro de la mesa había un frasco de conservas con margaritas blancas frescas, junto a dos platos y dos vasos de plástico de color rojo brillante. Los cubiertos blancos de plástico estaban sobre unas servilletas de papel a cuadros rojos y blancos. Ella señaló la mesa—. ¿Qué es todo

esto?

—El desayuno —explicó Mateo mientras pasaba a su lado y corría una de las sillas plegables como si fuera el *maître* del restaurante más lujoso—. Espero que tengas hambre.

Tenía hambre, pero ese no era el punto. No podía permitirle que actuara como si estuvieran en una cita sin llamarle la atención por ello. La noche anterior había hecho lo mismo, y la noche anterior ella había caído en una conversación íntima y relajada, y había perdido la noción del tiempo. Pero estaba segura de que hacer un hábito de eso sería una muy mala idea.

—¿No tendrías que estar en la escuela? —contraargumentó—. ¿No hay un timbre que está sonando en algún lugar?

Él rio.

—Hasta el director tiene permitido llegar tarde alguna vez. Tengo un excelente personal de apoyo, Ava. Mis niños están en buenas manos.

—¿Tus niños? —No pudo evitar la sorpresa en su voz—. Lo siento, no sabía que te habías casado. —Definitivamente no había dicho nada sobre una esposa, una exesposa, o niños durante la cena de la noche anterior.

—No, ni esposa ni hijos. Aún no. —Volví a hacerle señas para que se sentara en la silla que había corrido—. Me refería a mis alumnos. Son niños maravillosos, y tenemos una estupenda comunidad de estudiantes, docentes y padres.

Ava asimiló esto mientras observaba a Mateo sacar el papel de aluminio del plato de ella. Miró la porción de *quiche* y la fruta fresca, sorprendida por lo hambrienta que se sentía de pronto. Valoró el esfuerzo de Mateo en el desayuno, aun cuando no sabía por qué quería encontrarse con ella. O de qué quería hablarle. Entonces, un pensamiento la asaltó.

—Mateo, ¿cómo conseguiste las llaves de la casa?

Él se sentó en la otra silla, frente a ella.

—Tu agente inmobiliaria me la dio.

Ava levantó las cejas. Jessie debería haber consultado con ella primero. Seguramente no debía ser una costumbre darles la llave de una propiedad vacía a los posibles compradores. Tal vez Jessie había sido víctima del encanto de Mateo Ortega y había hecho una excepción. Le preguntaría más tarde.

—Bebe un poco de jugo. —Mateo le sirvió jugo de naranja en el vaso de plástico rojo y se lo dio—. A menos que prefieras café...

Ava miró el jugo, el desayuno, las margaritas, y decidió que ya era suficiente. Miró a Mateo directamente a sus ojos color castaño.

—¿Qué es lo que quieres?

Él la miró por un largo momento antes de hablar.

—Solo quiero que me escuches... —Levantó una mano cuando ella iba a hablar—. Sin interrupciones.

Después de haberlo considerado un momento, Ava asintió. Fuera lo que fuese, lo escucharía. Mateo era un Ortega, y estar de regreso en casa le recordaba el papel tan importante que había tenido la familia Ortega en sus primeros años de vida. Estaba en deuda con ellos.

—Te escucho.

Mateo se sintió inesperadamente nervioso ahora que por fin tenía la atención de Ava. En su mente, cuando había pensado en la manera correcta de dirigirse a ella, todo había parecido mucho más claro. En ese momento, no tanto.

—Mateo —dijo Ava—, ¿qué es lo que realmente quieres de mí?

—Un favor. —Se mordió el labio. No era el momento de echarse atrás—. Quiero casarme.

Ava se apoyó sobre el respaldo de la silla.

—¿Casarte? Supongo que debo felicitarte.

Él se pasó la mano por el pelo.

—En realidad, no. Quiero decir, sí. Tal vez después de que ella acepte casarse conmigo.

—Entonces, ¿querías verme por la casa?

—Esto no se trata de la casa, Ava. Se trata de nosotros.

Los ojos de ella se abrieron aún más. No era buena señal. Habló rápido para interrumpir la protesta que sabía que ella haría.

—Ava, mi abuelo está enfermo. Tiene cáncer.

Mateo observó cómo el rostro de ella pasaba de la frustración a la compasión a medida que asimilaba sus palabras.

—Oh, Mateo, lo lamento. De verdad. Anoche habías mencionado que no se encontraba bien, pero no pensé que se trataba de algo así.

Cuando ella se estiró para tocar su mano, él sintió una ola de calidez en todo su cuerpo. Esa sensación le dio el valor para seguir adelante.

—Todos tenemos el corazón roto. Ava, no puedo imaginar cómo serán las cosas cuando él no esté.

Ava asintió. Ella sabía. Era como si fueran miembros de un mismo club del dolor: el de los que habían perdido a alguien por el cáncer.

Él exhaló todo el aire de los pulmones para intentar, sin éxito, aliviar el dolor de su corazón.

—El cáncer está muy avanzado ya, y al abuelo solo le quedan unos pocos meses de vida, como mucho.

—¿Dónde está? —preguntó Ava con un tono bajo de voz y teñido de compasión—. ¿Ya lo llevaron a algún hospital?

Él sacudió la cabeza.

—No. Está en casa, aquí al lado, con la tía Sylvia y su familia. Insiste en quedarse en casa el mayor tiempo posible.

Ella asintió, con los ojos llenos de comprensión.

—Igual que mi mamá.

Se quedaron sentados en silencio durante un momento. Mateo estaba agradecido por la respuesta compasiva de Ava ante las novedades recibidas, pero no estaba seguro de qué decir a continuación.

—Mateo —prosiguió Ava—, escucha, sé que no hay mucho que yo pueda hacer que sea de importancia, pero creo que sé lo que querías preguntar. Tú y tu prometida quieren mudarse de inmediato para estar cerca de tu abuelo. Lo comprendo perfectamente.

—¿De verdad?

—Por supuesto, y creo que es una idea maravillosa. Agilicemos el papelerío y, mientras tanto, ambos son bienvenidos para mudarse cuando quieran.

Mateo sonrió y le apretó la mano.

—Gracias por comprender. Sé que al abuelo lo haría feliz tenernos cerca. Deberías haber visto su cara cuando le dije que estaba comprometido. Es imposible describir con palabras lo entusiasmado que estaba. Dijo que era un sueño hecho realidad.

Ava asintió.

—Creo que es una manera maravillosa de que pase sus últimos días: viendo cómo comienzas una nueva vida con tu nueva esposa.

—Estoy más agradecido de lo que puedo expresar, Ava. —Mateo se puso de pie, pero no le soltó la mano. Le gustaba sentirla en la suya—. Entonces, supongo que el siguiente paso es decirle a mi prometida que nos mudaremos aquí.

—Parece ser el paso lógico —acordó ella—. Me iré para que puedas llamarla.

—No, no hace falta. —Ayudó a Ava a levantarse y le tomó ambas manos—. Ava, nos mudaremos aquí.

Incrédula, ella se quedó mirándolo por un momento.

—¿Qué?

Era ahora o nunca. Mateo respiró profundo.

—Ava, ¿te casarías conmigo?

Capítulo cuatro

Ava se quedó mirando a Mateo.

—¿Te has vuelto loco?

—No era la respuesta que esperaba —contestó Mateo—. Ava, lo digo en serio. Quiero que aceptes casarte conmigo.

—Y yo necesito que vuelvas a la realidad. —Ava miró alrededor de la pequeña cocina, la mesa con el desayuno preparado, y luego al hombre parado frente a ella para obtener alguna pista de lo que estaba pasando—. ¿Qué está sucediendo?

En respuesta, Mateo le soltó la mano y se dejó caer en una de las sillas plegables. Apoyó los codos sobre las rodillas y hundió la cabeza entre sus manos.

—Arruiné todo.

Una ola de compasión invadió a Ava. Con cualquier otro hombre, en cualquier otra circunstancia, estaría acercándose a la puerta, deseosa de salir de allí. Pero él no era cualquier hombre. Era Mateo Ortega, un hombre a quien conocía y respetaba desde niña. Apostaría su vida a que estaba tan cuerdo como sería posible. Solo estaba abrumado por la tristeza de tener a su abuelo enfermo. Era comprensible: Joaquín Ortega era de los hombres más buenos que Dios había creado.

Ava acercó la otra silla al lado de la de Mateo. Tocó su hombro con indecisión y, cuando él levantó la vista y cruzaron las miradas, ella vio los estragos del dolor. Su corazón sufría por él.

—Comencemos por el principio: tu abuelo cree que estás comprometido.

Mateo se enderezó y giró hacia ella. Ava intentó ignorar el efecto que le provocaba su cercanía. Era como un imán que la atraía hacia él. Lo había sentido la noche anterior, en el restaurante, apenas lo había visto.

—Sí. Él cree que estoy comprometido. Contigo, Ava.

—¿Conmigo? Pero ¿cómo? ¿Por qué? —Apenas podía articular las preguntas que invadían su mente. La parte racional del cerebro le decía que dejara todo y huyera del embrollo en que seguramente se convertiría aquello. Pero la otra parte, conmovida por la evidente tristeza de Mateo, le rogaba que se quedase y averiguase más—. ¿De dónde demonios sacó esa idea? —Hizo silencio por un momento—. No nos hemos visto desde que éramos niños. ¿Quién demonios le pudo haber dicho algo tan descabellado?

Mateo la miró.

—Ese fui yo.

Ava solo pudo quedarse mirándolo. Sentía como si hubiera agarrado una película alocada por la mitad y no pudiera comprender la trama.

—Primero permíteme disculparme por haber manejado esto tan mal —continuó Mateo.

—Comienza por el principio —le rogó Ava. Miró el reloj—. Tengo una reunión en una hora a la que no puedo faltar y supongo que tú deberías ir a la escuela. Así que ve al grano.

Mateo respiró profundo y exhaló.

—El cáncer del abuelo nos afectó mucho a todos. Tal vez no debería haber sido así considerando su edad y todo, pero nos afectó. Él es el corazón de la familia. Siempre lo fue.

Ava asintió.

—Continúa.

—Entonces todos hemos estado esforzándonos para que sus últimos días sean tan tranquilos y felices como sea posible. La semana pasada festejamos los quince años de mi sobrina Alondra. Fue una noche maravillosa, y todos estábamos muy contentos. El abuelo, más que nadie. Yo estaba charlando con Guillermo y oí al abuelo decirle a la tía Sylvia que lamentaba solo una cosa. —Hizo una pausa y la miró a los ojos—. ¿Puedes imaginarlo? ¿Vivir tanto tiempo y lamentar solo una cosa?

—¿Y qué lamenta? —preguntó Ava, aunque ya sabía la respuesta.

Mateo se puso de pie y comenzó a caminar por la cocina como un animal enjaulado. Al fin se detuvo y la miró a los ojos.

—Lamentaba no vivir lo suficiente para verme felizmente casado.

—Ah. —Ava no sabía qué más decir. Podía imaginar el deseo de Mateo de complacer a su querido abuelo—. Pero ¿por qué yo? No nos veíamos desde...

—Desde que falleció tu madre y tú desapareciste sin decir una palabra.

—Eso no es justo, Mateo, y tú lo sabes. Después de haber muerto mi madre, quería alejarme lo más posible de los recuerdos de su enfermedad. —Hizo un movimiento amplio con el brazo—. No podía quedarme aquí.

—Lo siento, eso fue injustificado. Sabíamos por qué te habías ido. Es solo que fue duro no haber tenido la posibilidad de despedirnos.

Ava dio un largo suspiro.

—Volvamos a tu abuelo. —No quería hablar sobre el pasado—. ¿Qué hay de la mujer que estaba contigo anoche en el restaurante? Se veían muy amigables.

Mateo sacudió la cabeza.

—Jill es una colega. Nunca hubo nada entre nosotros.

—Seguramente habrás tenido citas durante todos estos años. —Ava intentó ignorar la sensación de alivio de que Jill no fuera su novia, actual o anterior. No era de su incumbencia. Mateo no era de su incumbencia. De pronto sintió ganas de salir corriendo—. Si realmente necesitas continuar con esta farsa, y de verdad dudo de que debas hacerlo, entonces debe haber alguien más.

Mateo sacudió la cabeza.

—Tú eres la opción perfecta. No eres una desconocida, a pesar de haber estado ausente por tanto tiempo. El abuelo conocía y apreciaba a tu madre, te conocía de niña y todos te queríamos.

A Ava se le llenaron los ojos de lágrimas. Mateo tenía razón. Toda la familia Ortega siempre la había querido; era una familia muy cariñosa. Aparte de su madre, ellos habían sido lo más cercano a una familia que había tenido. Y habían sido muy buenos con su madre durante su enfermedad. Ava no tenía dudas de que, cuando su madre falleció, se fue con una sensación de paz al saber que los Ortega estarían disponibles para Ava si alguna vez los necesitaba.

Excepto que ahora ellos la necesitaban. Cerró los ojos y cubrió su rostro con las manos. La familia de Mateo le había dado paz a su madre cuando estaba muriendo. ¿Era su turno de hacer lo mismo?

No. La idea era una locura. Una insensatez. ¿Cómo podría someterse a algo así? Había permanecido alejada de ese vecindario durante todos esos años para mantener a raya el dolor y soledad de su infancia. ¿Por qué accedería a entrar a la familia Ortega? ¿Y haciéndose pasar por la futura esposa de Mateo nada menos? No.

Ava colocó una mano sobre el brazo de Mateo, sorprendida por la descarga eléctrica que la recorrió al tocarlo. Cuando él la miró, sus ojos estaban tan llenos de sentimiento, eran tan expresivos que la tomó desprevenida y no pudo hablar por un momento. Pero luego la parte racional de su cerebro le ordenó que lo desilusionara con gentileza. No era justo darle esperanzas cuando ella sabía sin duda alguna que no podría fingir ser su prometida. Pero él habló antes que ella.

—Ava, lo lamento. —Cubrió la mano de ella con la suya—. No tengo ningún derecho a pedirte algo así.

Algo en ese hombre provocaba que su corazón y su mente quisieran librar una batalla. Su suave caricia, la sinceridad en la voz, la calidez de su mirada... eran demasiado. Debía marcharse antes de quedar atrapada en el mundo de Mateo.

—Mateo, entiendo por qué harías cualquier cosa por tu abuelo, de verdad. Es un hombre maravilloso. Pero yo...

Sus palabras fueron opacadas por unos fuertes golpes en la puerta principal y luego por el sonido de dos voces que la saludaban cuando la puerta se abrió.

—¡Ava! ¡Mi hija!

Antes de que Ava pudiera registrar quiénes eran los visitantes, se vio rodeada no solo de uno, sino de dos pares de brazos que le dieron un abrazo cordial y efusivo. Cuando las voces le dieron la bienvenida a la casa, las reconoció. Cuando los visitantes retrocedieron un poco —con sonrisas en sus rostros—, reconoció a los tíos de Mateo: Sylvia y Oscar. Les devolvió la sonrisa. Murmuró lo maravilloso que era volver a verlos también, y durante todo ese tiempo sentía que la arrastraban más y más dentro del mundo de fantasía en el que Mateo quería que entrase.

—Bueno, tía, tío —interrumpió Mateo—, déjenla respirar.

Ava intentó parecer indiferente cuando Mateo rodeó sus hombros con el brazo. Una tarea poco sencilla. Haría bien en evitar más contacto físico del necesario. Su instinto le decía que debía irse, retirarse y dejar atrás a los Ortega y al pasado, pero en su lugar se obligó a sonreír a los tíos de Mateo. Habían sido siempre amables con ella y, si creían —equivocadamente— que ella pronto sería parte de su familia, la culpa recaía directamente sobre Mateo.

Ava dirigió su atención a Sylvia.

—Lamento que tu padre esté enfermo. No sé qué decirte, excepto que espero que esté lo más cómodo posible y no sufra mucho.

—Gracias, querida —respondió Oscar. Hizo un esfuerzo por sonreír, pero Ava vio la tristeza en sus ojos—. De hecho, está descansando tranquilo ahora. La medicación para el dolor lo mantiene en un estado entre dormido y despierto durante la mayor parte del día.

—Y lamentamos haberlos interrumpido —intervino Sylvia—, pero aprovechamos que dormía para venir a saludarlos. —Se acercó y oprimió suavemente el brazo de Ava.

Oscar le sonrió con cariño a su esposa.

—Lo que Sylvia quiere decir es que tiene miedo de que haya tanta gente aquí esta noche que no va a poder estar a solas con ustedes.

Una alarma se disparó en la cabeza de Ava.

—¿Esta noche? —Miró a Mateo, pero su expresión le dijo que él no tenía más idea que ella de lo que estaban hablando.

—¿Qué ocurrirá esta noche? —preguntó Mateo.

Los tíos intercambiaron sonrisas de satisfacción.

—Su fiesta de compromiso —contestó la tía Sylvia. Su sonrisa era triunfal—. La familia entera estuvo al teléfono toda la tarde haciendo planes. Será una noche maravillosa.

—Nuestra fiesta de compromiso —repitió Ava. Claro. Así es como debió sentirse Alicia cuando bajó por la madriguera del conejo. No sabía por dónde comenzar a protestar. Volvió a mirar a Mateo—. ¿Sabías sobre esto?

Él sacudió la cabeza.

—Créeme, me tomaron desprevenido. —Se volvió hacia sus tíos—. Aunque valoro todo su esfuerzo, ¿por qué no aguardamos a que mis padres regresen de México?

—No te preocupes —lo tranquilizó Sylvia—. Hablé con tu madre y ella cree que, por el bien del abuelo, debemos celebrar de inmediato. Le dije que deberían quedarse donde están, disfrutar Cancún y, al regreso, podrían tener un festejo privado con ustedes. —Su sonrisa era juguetona—. Pero, Mateo, tienes que dar algunas explicaciones. Tu madre se sorprendió muchísimo al oír que estabas comprometido. No tenía ni idea.

—Me imagino su sorpresa —comentó Ava, pero los buenos modales y el cariño que sentía por Sylvia y por Oscar evitaron que agregara unas cuantas cosas más. Señaló su reloj—. Lo siento, pero debo irme deprisa. Tengo una reunión esta mañana a la que no puedo faltar.

Oscar sonrió.

—No hay problema, Ava. Ahora que vas a ser un miembro de la familia, pasaremos mucho tiempo juntos. La celebración de esta noche será la primera de muchas.

Ava se obligó a mostrar una amplia sonrisa mientras se despedía. Rechazó el ofrecimiento de Mateo de acompañarla al auto e intentó no parecer demasiado sorprendida cuando él se acercó y le besó la mejilla.

—Te veré en unas horas, Ava —le susurró.

¿En unas horas? Ava sacudió la cabeza mientras daba marcha atrás con el convertible para salir de la propiedad y dirigirse hacia la oficina. Oh, no. Mateo Ortega estaba loco si creía que ella iba a continuar con ese teatro delirante.

Mateo se mostró dubitativo fuera de la habitación del abuelo. Había abandonado la casa de Ava hacía unos momentos con la resolución de confesar la farsa de su compromiso. La expresión estupefacta de Ava al salir de la casa lo había llenado de remordimiento. No tenía derecho a arrastrarla a su mundo. O a sus problemas. Todo había parecido mucho más simple en su cabeza, en su imaginación, antes de haberla visto. Pero se había equivocado y ahora debía hacer lo correcto.

Golpeó la puerta con suavidad y entró cuando su prima Elena le hizo señas para que lo hiciera. Después de un rápido abrazo, él observó a su abuelo y vio que estaba dormido.

—¿Noche difícil? —susurró.

Elena asintió.

—Pero está de buen ánimo. Espera con ansias esta noche. —Sonrió—. Todos lo hacemos. Felicidades.

Mateo se obligó a sonreír.

—Gracias.

Elena siguió la mirada de él hasta el abuelo. Le hizo señas para que la siguiera hasta el pasillo.

—Mateo, escucha, sé que es doloroso ver al abuelo así. Nos duele a todos. Pero queremos que tú y Ava sean felices. Este es un momento muy especial para ustedes, así que está bien demostrarlo. Te ves abatido, y así no debería verse un hombre que acaba de comprometerse.

—No estoy abatido —mintió. Lo estaba. Pero esa pena la había generado él mismo—. Estoy triste.

—Todos lo estamos. —Elena entrelazó su brazo con el de él—. Pero es una bendición que el abuelo aún esté aquí para presenciar tu dicha. Así que sé dichoso.

Mateo asintió, pero no podía hablar. Sabía lo que ella intentaba decirle y se sintió como un traidor a la familia por haber montado toda esa farsa.

—¿Quieres que le dé algún mensaje al abuelo cuando se despierte? —preguntó Elena—. ¿O quieres aguardar a que se despierte para hablar con él?

—No. —Respiró profundo—. Debo ir a la escuela. Solo dile que estuve por aquí.

—Le diré que tú y Ava lo verán esta noche —agregó Elena.

Mateo asintió.

—Correcto. —O no. Eso dependía de Ava.

Capítulo cinco

La reunión de Ava fue exitosa. Cuando acompañó a los clientes fuera de la oficina, tenía un anticipo considerable y un contrato jugoso en sus manos. Después de haber cerrado la puerta detrás de los nuevos clientes, se apoyó contra el marco. Recién eran las once de la mañana, pero estaba mentalmente agotada.

—¿Te traigo algo, Ava? —ofreció su asistente—. Puedo preparar una ronda de café si te sirve.

Ava sonrió, pero sacudió la cabeza. El café no solucionaría sus problemas. Ni aliviaría la culpa que amenazaba con abrumentarla.

—Estoy bien, Marti —respondió—. Gracias, de todos modos. —Dejó la carpeta que tenía en la mano sobre el escritorio de Marti. Una caja blanca con su nombre le llamó la atención—. ¿Qué es esto?

Marti la levantó y se la entregó.

—Es cierto, casi lo olvido. Un mensajero la dejó mientras estabas en reunión. Como no me habías mencionado que esperabas una entrega, decidí no interrumpirte.

—Buena decisión. —Ava examinó la caja que tenía en la mano. Era lo suficientemente grande como para contener una taza. No tenía idea de qué podía ser; tal vez un regalo de agradecimiento de algún cliente. La curiosidad aumentaba, pero se obligó a concentrar su atención en el trabajo—. Dentro de la carpeta hay un cheque para depositar si no te molesta pasar por el banco después del almuerzo.

Marti asintió.

—No hay problema. Hablando de comida, hay un bollo danés en la sala de descanso si tienes hambre.

Ava sacudió la cabeza.

—Me bastó con el desayuno. —Aunque no había comido mucho del banquete que Mateo había dispuesto. Pero ya estaba tan nerviosa que no podía pensar en comer—. Gracias, de todas maneras.

Cuando regresó a su despacho, dejó la caja misteriosa y se sentó. Intentar concentrarse fue casi imposible porque su mente volvía a pensar una y otra vez en Mateo. El haber aparecido en su vida después de tantos años había sido como llevarla atrás en el tiempo. Se pasó las manos por el pelo. Bueno, para ser justos, él no había tenido que esforzarse mucho. Ella había tenido la idea de que era él cuando Jessie la había llamado con la oferta y le había dicho que un hombre misterioso quería reunirse con ella. Había aceptado reunirse con él para cenar y luego otra vez para el desayuno.

¿Pero ahora él quería que aceptara hacer el papel de su prometida? La idea era absurda. Aun cuando sus intenciones fueran honorables —y de hecho lo eran—, el plan de Mateo era una locura. A decir verdad, si no fuera porque el señor Ortega estaba viviendo sus últimos días, ella cuestionaría la cordura del nieto. Pero entendía por qué Mateo lo había hecho. En realidad, deseaba entenderlo un poco menos. Pero conocía demasiado bien la desesperación que Mateo debió haber sentido para complacer a su amado abuelo antes de que fuera demasiado tarde. Pero ¿por qué ella?

Ava observó la caja sobre el escritorio. Era de Mateo. De alguna forma lo sabía, al igual que supo que había sido él el de la oferta por la casa de su madre. Ya no pudo seguir ignorando su curiosidad, y tomó la tijera para abrir la caja. Envuelto en papel de seda blanco, había un pequeño alhajero de terciopelo negro. Ava dio vuelta la caja blanca y la sacudió, pero no cayó ninguna nota. Sostuvo el alhajero en su mano sabiendo que abrirlo no era una buena idea. Sería dar un paso más hacia el mundo de Mateo Ortega.

Abrió la caja y dio un grito ahogado. Apoyado sobre el terciopelo negro había un anillo de amatista de corte cojín antiguo, con perlas diminutas alrededor de la piedra central. Ava reconoció de inmediato que ese anillo había pertenecido a la abuela de Mateo.

—Oye, jefa —Marti abrió la puerta y asomó la cabeza—, me voy a almorzar y me preguntaba si... ¡Oh! ¿Qué es eso?

Ava cerró el alhajero, pero era demasiado tarde. La expresión de curiosidad en el rostro de Marti significaba que su asistente ya había echado un vistazo. Y que tenía preguntas.

—Bueno, evidentemente no es algo relacionado con el trabajo, pero siento curiosidad. —Marti entró y se sentó en el borde del escritorio de Ava—. Suéltalo.

—No sé por dónde empezar —comentó Ava. El Cielo sabía que era verdad.

—¿Puedo?

Luego de un momento de duda, Ava sacó el anillo y se lo dio a Marti.

—Claro.

Marti examinó el anillo.

—Oh, Ava, es precioso. —Sostuvo el anillo y miró con cuidado la parte interna—. Hay una inscripción. Parece que está en latín.

Ava cerró los ojos por un momento. Se sentía toda una impostora. Ese anillo era de la señora Ortega, no de ella. Su anterior sentido de comprensión y compasión por el dilema en que se encontraba Mateo comenzaba a disminuir.

—¿Puedes leerla?

Marti se acercó a la ventana y sostuvo el anillo en alto para poder estudiar la inscripción.

—Está grabada en letra gótica, lo que me hace pensar que es una antigüedad o una reliquia de familia.

—¿Qué dice? —consultó Ava.

—*In aeternum*. —No se molestó en preguntarle si necesitaba la traducción. Sabía que Ava no entendía latín—. Para siempre. —Marti se tocó el corazón y suspiró—. ¿No es romántico?

Lo era. Ava se hundió más en la silla. Para siempre. Ser amada y valorada para siempre: ¿no era el sueño de toda mujer? Con una repentina intensidad que la sorprendió, se dio cuenta de que también era su sueño.

Marti se sentó en la silla frente a Ava y le devolvió el anillo.

—Ni siquiera intentes decirme que lo compraste por Internet porque no me lo creo. ¿Quién te lo envió? No sabía que estabas saliendo con alguien.

—Créeme, es todo muy reciente. —Ava sostuvo el anillo sobre la palma y no pudo resistir el deseo de probárselo. Se lo colocó en el dedo anular izquierdo—. Oh, no, calza perfecto. —Se mordió el labio consternada. Habría sido mucho más fácil devolver el anillo si pudiera decirle a Mateo que no le entraba; habría sido mucho menos embarazoso. Aunque no había nada fácil ni embarazoso en todo ese asunto.

Marti golpeó el apoyabrazos con los dedos.

—Bueno, no me darás más información hoy, ¿verdad?

Ava se encogió de hombros como pidiendo perdón.

—Te prometo que serás la primera a quien le cuente apenas esté lista. —En cuanto desapareciera la conmoción y en cuanto le aclarara a Mateo Ortega que su plan no iba a funcionar. Ella no podía hacerlo.

Mateo llegó a la fiesta de compromiso cuando esta estaba en pleno auge. La cantidad de automóviles estacionados y el sonido de las risas que flotaba en el aire primaveral le dieron la pauta de que todos los invitados habían acudido a celebrar su compromiso con Ava. Todos, excepto su prometida.

Golpeteó los dedos sobre el volante mientras su mente no paraba de pensar. Se sentía un completo farsante enfrentando a toda su familia para decirles que les había mentido sobre su compromiso. Con demasiada facilidad podía imaginarse su conmoción cuando les dijera no solo que él y Ava no se casarían, sino que ni siquiera estaban saliendo. No los culparía cuando esa conmoción se transformara en ira y decepción. Frente a ellos quedaría como un tonto, pero eso podía manejarlo. Era el dolor y decepción en el rostro de su abuelo lo que no podría soportar.

Bajó la ventanilla, y una suave brisa invadió el automóvil. Apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos como si eso fuera a darle la solución a su dilema. ¿Qué opciones tenía? ¿Entrar con una excusa por la ausencia de Ava y fingir que todo estaba bien? Podría pasar la velada con su familia aceptando sus sinceras felicitaciones y buenos deseos, sabiendo que con sus mentiras se estaba burlando de su amabilidad. Nunca había sentido tanta frustración e ira consigo mismo; claro que nunca había hecho algo tan estúpido en su vida.

Un golpecito suave en el parabrisas lo sobresaltó. Abrió los ojos y vio que era Ava. Su corazón se aceleró. Ella estaba parada en la semioscuridad, y las luces de la calle daban un efecto de aureola a su alrededor. Pero no era una visión; estaba realmente allí. Un vistazo a su apariencia le dio esperanzas. La forma en que estaba vestida era señal clara de que iba vestida para algún evento. Para una fiesta, esperaba él. Sin embargo, la mirada de ella era seria, lo que se sentía como una patada en el estómago. Odiaba ser el responsable de esa mirada de recelo. Abrió la puerta y salió.

—Ava —habló en voz baja—. Viniste. —Se acercó despacio y besó su mejilla. Ella olía a rosas en verano—. Estás hermosa.

—Hola, Mateo.

La observó tomar un mechón de pelo que había caído sobre su hombro y jugar con este. El gesto era un antiguo hábito. Recordaba que hacía lo mismo cuando estudiaba Geometría con su hermana. Siempre usaba la mano izquierda mientras escribía con la derecha. De pronto notó que la mano izquierda estaba vacía. No tenía

puesto el anillo. No era una buena señal.

—No estaba seguro de que te vería esta noche —dijo él.

—Tenía que venir —respondió ella. Sus ojos parecían buscar en los de él alguna señal de que entendía su renuencia. Él la entendía perfectamente, pero no tenía la más remota idea de cómo explicarle que sabía que la había puesto entre la espada y la pared.

—Estoy feliz de verte, Ava. Pero habría comprendido si no te hubieras presentado esta noche.

Ella miró a su alrededor.

—¿Podemos hablar en privado en algún lugar antes de que alguien nos encuentre?

Entonces estaba allí para rechazarlo. No se merecía menos.

—Podríamos sentarnos en la entrada de la casa de tu madre.

Ava asintió.

—De acuerdo.

Mateo estiró el brazo y se sintió complacido y aliviado cuando, solo después de un momento de duda, Ava tomó su mano y permitió que él la guiara por el laberinto de automóviles estacionados. Cuando llegaron al porche, aguardó a que ella se acomodara en el escalón superior.

—¿Al menos podrías sentarte en lugar de estar allí como acechándome? —preguntó ella. Había una pizca de enfado en su tono de voz que le daba esperanzas a Mateo. Se sentó en el escalón siguiente y se apoyó contra el barandal.

—Así está mejor —expresó ella—. Gracias.

Se quedaron en silencio por unos momentos; el sonido de la fiesta en la casa de al lado llegaba con la suave brisa.

—Probablemente se pregunten dónde estamos —comentó Ava.

—Yo me pregunto dónde estamos —contestó Mateo. Se cuidó de mantener la voz baja y calma. Algo en Ava McKenna le hacía querer protegerla, cuidarla de cualquier cosa incómoda. Se dio cuenta de que eso era bastante irónico considerando que había sido él quien la había puesto en la situación incómoda en la que se encontraba. La observó mientras ella tenía la mirada perdida en el jardín iluminado por la luna. Ella estaba ordenando sus pensamientos, y él le debía la gentileza de aguardarla.

Después de una larga pausa, Ava se giró hacia él.

—No puedo hacerlo.

Un sentimiento de profunda decepción lo invadió.

—Comprendo.

Ava sacudió la cabeza.

—No creo que sea así. —Estiró la mano y le tocó el brazo—. Lo que quiero decir es que no puedo darle la espalda a tu familia. No después de toda la amabilidad que nos demostraron a mi madre y a mí cuando ella estaba enferma. —Respiró profundo y enderezó los hombros, como buscando el coraje para regresar en el tiempo a un momento lleno de recuerdos dolorosos—. Yo era chica, pero no tanto como para no darme cuenta de que teníamos una deliciosa comida casera sobre la mesa todas las noches porque alguien de tu familia la preparaba y nos la llevaba. Recuerdo que tu abuelo y algunos de tus tíos llevaban a mamá en auto a sus sesiones de quimioterapia como si fuera un miembro de tu familia. —Le sonrió por un momento—. Incluso recuerdo que tú y tus primos trabajaban en el jardín los sábados por la mañana temprano cuando sé que hubieran preferido dormir hasta tarde.

Una agradable sensación de gratitud recorrió a Mateo, pero permaneció en silencio. Sentía que Ava no había terminado de decir todo lo que quería. Estiró el brazo y, despacio y con suavidad, colocó su mano sobre la de ella.

Ella lo miró. Había suficiente luz de luna para que él pudiera advertir sus ojos llenos de lágrimas.

—La familia Ortega nos apoyó durante ese tiempo doloroso y triste. Me fui tan rápido después de la muerte de mi madre que no pude agradecerles como correspondía. No pude devolverte el favor en ese entonces, pero puedo hacerlo ahora.

—Valoro lo que dices, Ava, pero nunca quise hacerte sentir culpable.

—No, no lo hiciste. No quise insinuar eso. Honestamente, Mateo, no veo cómo esto vaya a terminar bien pero, si crees que podemos lograrlo, seguiré adelante con tu plan. Con una sola condición.

—Dila —accedió él—. Sea lo que sea, lo aceptaré.

Ava sonrió.

—Será mejor que me escuches primero antes de decir que aceptas.

Mateo sacudió la cabeza.

—No es necesario. Si tú puedes depositar tanta confianza en mí, yo también puedo hacerlo. Sin hacer preguntas.

Ava asintió.

—Está bien. Aquí voy: seguiré adelante con tu plan si hacemos una pequeña modificación. Comenzaremos con el compromiso, pero quiero que me hagas tu esposa. Legalmente, quiero decir.

Mateo se quedó mirándola sin saber si había imaginado la última frase.

—¿Casarme contigo? ¿De verdad?

—Sí, de verdad —respondió—. Será un matrimonio legal o nada, Mateo.

Capítulo seis

La reacción de Mateo fue justo como la esperaba Ava. Aguardó sin decir palabra mientras él permanecía en un silencio estupefacto. Se veía tan sorprendido como ella se había sentido esa mañana cuando él le había pedido que fingiera ser su prometida.

—Ava —dijo al fin—, es lo último que esperaba oírte decir.

Ella se inclinó hacia atrás y se movió de modo que quedó sentada un poco más lejos de él, pero en una mejor posición para mirarlo a los ojos.

—Acabas de decir que confiarías en mí y que estarías de acuerdo, sin hacer preguntas. —Ava no estaba siendo justa y lo sabía. Realmente debería explicarle a Mateo cómo era el resto del plan, pero él necesitaba experimentar cómo se sentía que lo tomaran desprevenido. Eso equilibraba los tantos.

Él asintió.

—Sí —expresó con lentitud—, es lo que dije.

—¿Lo decías en serio?

Se quedó observándola durante un largo momento y volvió a asentir.

—Sí. —Desvió su mirada hacia la noche.

Ava examinó su perfil. Mateo Ortega era un hombre atractivo; sus rasgos estaban tallados, definidos, pero no había ni una pizca de severidad en estos. Cualquier mujer que compartiera su vida con él sería en verdad afortunada. Pero no sería ella.

—Permíteme explicarte —continuó Ava. Cuando Mateo se volvió para mirarla, prosiguió—: no puedo enfrentar a tu abuelo sabiendo que estamos siendo deshonestos. Y sí, sé que tienes las mejores intenciones, y yo también. Pero no puedo hacerlo y no sé si tú puedas, Mateo.

Él asintió.

—Continúa —la alentó.

—Entonces, propongo que nos casemos de verdad. Completa y legalmente casados para que ninguno de los dos se sienta incómodo frente a tu abuelo. De este modo no estaríamos actuando ni fingiendo.

—¿Y luego del casamiento? —preguntó él.

Ava señaló la casa.

—Nos mudamos aquí.

—¿Y cuando mi abuelo ya no esté?

—Aguardamos un tiempo y luego solicitamos el divorcio.

Él levantó una ceja.

—¿Sobre qué base?

Sus miradas se cruzaron.

—Que nuestro matrimonio nunca fue consumado.

Mateo no respondió de inmediato. Ava se quedó en silencio y aguardó. Mientras lo observaba, se dio cuenta de que, a pesar de lo familiar que era para ella, había mucho que no sabía sobre él. Muchas cosas que quería saber.

Levantó la vista cuando Mateo se puso de pie. Tomó la mano que él le ofrecía y se paró junto a él.

—Ava, yo... —pero sus palabras quedaron ahogadas por otra voz masculina.

Sorprendidos, ambos se dieron vuelta para ver a un hombre que cruzaba por el espacio libre en el seto. Ava sintió el brazo izquierdo de Mateo sobre sus hombros y de inmediato se sintió agradecida. Parecía que era momento de enfrentar a los Ortega.

—Ah, allí están —dijo el hombre—. Vimos tu camioneta, Mateo, y nos preguntamos adónde te habrías ido. —Le sonrió a Ava—. No pueden perderse su propia fiesta de compromiso.

Ava observó mientras Mateo extendía la mano para saludar al hombre. Tenía la leve sensación de recordarlo, pero se acordaba de su nombre. Le sonrió agradecida a Mateo cuando diplomáticamente volvió a presentarle a su primo Juan, aunque acostumbrarse a oírlo referirse a ella como su prometida iba a tomar algo más de tiempo.

—Bienvenida a la familia, Ava —expresó Juan y se acercó para besar su mejilla con suavidad.

Su sonrisa era amplia; sus palabras, sinceras. Ava se sintió abrumada al comprender que en pocos momentos tendría que enfrentar a toda la familia Ortega. Sabía por experiencia que serían muy efusivos en sus felicitaciones.

—Gracias, Juan. Es un placer volver a verte después de tantos años. —Sonrió con timidez—. Me encantaría saber qué ha sido de tu vida.

Él sonrió ampliamente.

—Soy un hombre casado ahora. Tengo esposa y cuatro niños, y un empleo en el centro relacionado con contaduría, pero todo va bien. ¿Qué hay sobre ti?

Ava abrió la boca para responder, pero Mateo la interrumpió.

—¿Por qué no vamos al lado y dejamos que Ava salude a todos antes de comenzar con las preguntas? —Su tono burlón suavizó sus palabras.

Mientras seguía a Juan hacia la casa de los Ortega, Ava estaba agradecida por la mano firme de Mateo sobre su espalda. Le aseguraba que no estaba sola, que él estaba con ella. Pero sabía que él estaría con ella durante toda la fiesta y en los días siguientes. Mientras recorrían los distintos grupos de familiares y amigos de Mateo, Ava no pudo evitar preguntarse cuál hubiera sido la respuesta de Mateo a su ultimátum si no los hubieran interrumpido. Sin duda tendrían algún momento a solas más tarde para conversar sobre sus planes, pero era tiempo de volver a ver al señor Ortega después de tantos años. Ava respiró profundo para tranquilizarse, sorprendida por lo nerviosa que se sentía al tener que ver al abuelo de Mateo después de tanto tiempo.

Permaneció en silencio detrás de Mateo mientras él se inclinaba para besar a su abuelo en la mejilla. En cuanto se enderezó, le extendió la mano y ella la tomó agradecida. Dio un paso hacia adelante y miró al señor Ortega por primera vez en más de una década.

El abuelo de Mateo estaba en una silla de ruedas, con la espalda derecha y los ojos brillantes, pero había perdido mucho peso desde la última vez que lo había visto. Su pelo solía ser entrecano, pero ahora era todo blanco. Si bien todo era parte natural del proceso de envejecimiento, sabía que la palidez poco saludable de su piel y los círculos negros debajo de sus ojos hundidos no lo eran. El cáncer no había escatimado crueldad en Joaquín Ortega. A Ava se le llenaron los ojos de lágrimas.

Él extendió una frágil mano.

—Ah, Ava, qué hermoso verte...

Ava no lo dudó. Se acercó y tomó las manos de él entre las suyas.

—Hola, señor O. Estoy muy, muy feliz de verlo.

—¿Señor O.? Nadie me ha llamado así en años. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Es bueno oírlo de nuevo, Ava. —Miró a su nieto—. Ya veo por qué esta jovencita te robó el corazón, Mateo.

Ava también miró a Mateo, en parte para ver su reacción ante las palabras dolorosamente falsas y en parte para no tener que seguir mirando al anciano a los ojos. Hasta ese momento, la culpa que creía que podría sentir al fingir ser la prometida de Mateo era pura teoría, pero ahora se daba cuenta de que iba a ser cien veces más difícil de lo que había imaginado. A juzgar por la expresión en el rostro de Mateo, supuso que él también estaba llegando rápidamente a la misma conclusión.

Ava se movió para pasar su brazo alrededor de la cintura de Mateo. El gesto era tan íntimo y posesivo que se sintió incómoda. Pero ¿no era esa la manera de comportarse de una prometida enamorada en su fiesta de compromiso? Y, si iba a representar ese papel, debía hacerlo lo mejor posible. Le sonrió a Mateo antes de dirigirse al abuelo.

—Creo que, técnicamente, sería al revés, señor O. Su nieto robó mi corazón.

El abuelo de Mateo rio, aunque era una versión mucho más tranquila de las carcajadas que ella recordaba.

—Me hace más feliz de lo que imaginas oír eso. —Tosió y luego aceptó un vaso de agua de su hija. Se inclinó hacia atrás y cerró los ojos por un largo momento, pero cuando los abrió se concentró en Ava—. Pero veo claramente que tenemos un problema, Ava.

El corazón de Ava se aceleró. Miró a Mateo en busca de consuelo. ¿Había hecho o dicho algo malo?

—¿Qué sucede, papá? —preguntó Sylvia, la hija de Joaquín—. ¿Quieres regresar adentro?

Joaquín Ortega sacudió la cabeza y la rechazó con un gesto de la mano. Señaló la mano izquierda de Ava.

—¿Mi nieto no te dio un anillo de compromiso cuando se declaró?

Mateo se paralizó. El anillo. Maldición. Había notado más temprano que Ava no lo tenía puesto, pero había olvidado preguntarle sobre el tema.

—Lo siento, abuelo, yo no... —pero Ava lo interrumpió.

—Aquí lo tengo —dijo ella. Retiró el brazo de la cintura de él y sacó del bolsillo la pequeña caja de terciopelo que él había enviado a su oficina.

Mateo valoró que ella lo hubiera sacado de ese momento tan incómodo. Le sonrió. Ava era maravillosa. Examinó su rostro en busca de una señal de cómo se sentía o, mejor dicho, de qué tan lejos estaría dispuesta a llegar con esa farsa. Cuando le dio la caja, supo la respuesta: estaba de acuerdo. Tomó la caja, la abrió y sacó el anillo de su abuela.

—¿Puedo? —Joaquín estiró la mano.

Mateo no dudó. Colocó el anillo de amatista sobre la palma del abuelo. Lo observó mientras el abuelo examinaba el anillo con cuidado. Miró a Ava y vio que ella y un círculo de tías, tíos y primos estaban en silencio observando los movimientos de Joaquín.

—Fuimos felices. —La voz de Joaquín era apenas algo más que un susurro. Una sonrisa se dibujó en su rostro y a Mateo le recordó un hombre más joven y saludable—. Ruego que tú y Ava tengan la bendición de ser tan felices como lo fuimos nosotros. —Le dio el anillo a Mateo—. Creo que esto le pertenece a tu adorable mujer.

—Gracias —logró decir Mateo, a pesar del nudo en la garganta. Aún era difícil creer que su abuela ya no estaba. O que su abuelo pronto no estaría.

—Adelante. —Joaquín le hizo señas para que lo tomara—. Cuando se lo di a tu abuela, me arrodillé. —Levantó una ceja—. ¿Lo hiciste tú?

—No, señor, no lo hice —admitió Mateo. Se abstuvo de contar que había optado por la acción cobarde de enviar el anillo, sin una nota, a la oficina de Ava. Esa información definitivamente no impresionaría a un alma romántica como la de Joaquín Ortega.

Su abuelo se apoyó sobre el respaldo de la silla de ruedas y cruzó las manos sobre el regazo.

—Bueno, entonces, hijo, ahora es el momento perfecto.

Mateo miró a su abuelo y luego a sus primos, tías y tíos, que estaban parados alrededor de ellos en un círculo familiar gigante. Todos tenían idénticas expresiones de afecto y diversión. Finalmente, miró a Ava para evaluar su reacción. Ella se veía tan desprevenida como se sentía él, pero luego la vio asentir de manera casi imperceptible, como dándole permiso para declararse oficialmente frente a la familia.

Mateo tomó la mano izquierda de Ava y se arrodilló. Su corazón le martillaba el pecho. Levantó la vista hacia ella, hacia la mujer a la que conocía desde niño, hacia la mujer que lo estaba ayudando con una situación que parecía estar saliéndose de control. Ava se veía tan nerviosa como se sentía él, pero su mirada era amable.

—Ava —comenzó a decir, pero su voz se quebró y tuvo que aclararse la garganta, algo que divirtió a sus primos—. Ava... —Su voz se fue apagando. No tenía idea de qué decir a continuación. Nunca antes se había declarado, nunca había estado realmente enamorado, y nunca había sentido su corazón latir tan salvajemente como en ese momento.

—Sigue, Mateo —lo alentó su abuelo en voz baja—. Habla con el corazón.

—Ava —Mateo intentó otra vez después de un largo momento—, si me haces el gran honor de ser mi esposa, prometo ser el mejor marido para ti durante todos los días que pasemos juntos. —Se irguió y tomó su otra mano, de modo que quedaron frente a frente—. ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

Su declaración fue recibida en silencio. Si bien no creía que Ava se arrojara a sus brazos o que proclamara su loco y apasionado amor por él, esperaba, quería, necesitaba que dijera algo. Intentó descifrar el sentimiento en su expresión, pero no pudo.

—¿Ava? Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Fue como si toda su familia contuviera la respiración. Mateo podía sentirlo y sabía que Ava debía sentirlo también. ¿Qué podría haber sucedido para que ella cambiara de opinión? Hacía tan solo veinte minutos habían estado sentados en la entrada de la casa de su madre hablando sobre casarse. Él miró a su familia, que estaba reunida a su alrededor. En sus expresiones vio la incertidumbre que él estaba sintiendo.

—¿Ava?

—Sí.

Fue una palabra susurrada pero, por débil que haya sido, fue suficiente para que su corazón volviera a latir. Sonrió.

—¿Sí?

Ella ladeó la cabeza y lo miró.

—Sí, me casaré contigo.

Una ovación estalló entre la familia y, con la fe restablecida, se reanudó el alboroto de la conversación.

Mateo no supo qué le había ocurrido, pero acercó la mano de Ava a sus labios y la rozó con un beso. Se inclinó para que solo ella pudiera oírlo.

—Gracias, Ava. Desde el fondo de mi corazón, gracias.

Una sonrisa tímida se dibujó en el rostro de ella.

—El anillo, Mateo —oyó decir a su abuelo por encima del bullicio—. Colócalo en la mano de tu futura esposa.

—Claro. —Deslizó el anillo en uno de sus dedos—. Calza perfectamente.

Sostuvo la mano de Ava mientras ambos observaban el anillo. A pesar de que estaban parados en medio de un grupo escandaloso Ortega que celebraban, cuando miró a Ava a los ojos, Mateo sintió como si estuvieran solos en el mundo. De pronto, aunque estaba aliviado por haber llegado tan lejos en esa farsa, Mateo se dio cuenta de que una minúscula parte de su ser deseaba que esa felicidad recién descubierta no fuera una fantasía.

Capítulo siete

A la mañana siguiente, Ava se dirigió a la oficina muy temprano, desesperada por recuperar la sensación de normalidad. Mientras revisaba la pila de correo que la esperaba, repasaba en su cabeza los sucesos de la noche anterior. Su fiesta de compromiso... Toda la noche parecía un sueño, pero el anillo de amatista en su dedo le aseguraba que había sido completamente real. Dejó el correo sobre el escritorio y levantó la mano para examinar el anillo. Comprometida. Ella, Ava McKenna, estaba comprometida con Mateo Ortega. Sacudió la cabeza. ¿Qué habría dicho su madre?

Había sentido la presencia de su madre en la fiesta. Haber vuelto a su casa de la infancia había disparado una tonelada de recuerdos. La mayoría eran buenos. Ava recordaba caminar de la mano con su madre por el patio hasta la casa de los Ortega durante muchas noches calurosas de verano. Los Ortega tenían una piscina; las McKenna, no. Pero ellos les habían ofrecido generosamente compartirla, y su madre le había enseñado a nadar allí.

“Generosos” era la palabra perfecta para describir a los Ortega en aquel entonces y en el presente. La noche anterior, después de haber aceptado la proposición de Mateo, ambos habían recibido infinidad de felicitaciones, abrazos, promesas de ayudar con la boda y más sentimientos de los que ella sabía cómo manejar. Se había escapado de la fiesta mucho antes de que terminara. Había mantenido el techo del convertible abierto mientras regresaba a su departamento porque la fresca brisa primaveral la había ayudado a dispersar esa sensación de sentirse abrumada. Pero al menos debería haberse despedido de Mateo como correspondía. Iba a llevarle tiempo acostumbrarse a ese asunto del compromiso.

Mientras tanto, tenía trabajo que hacer. Se obligó a concentrarse en los contratos que debía redactar. De algún modo logró adelantar bastante a lo largo de la tarde. Estaba tan ensimismada que dio un salto cuando sonó su celular. Un vistazo al identificador de llamadas le confirmó que era Mateo, algo que no la sorprendió. Había estado aguardando que llamara. Si tuviera que ser honesta consigo misma, había estado deseando que llamara.

—Llamo para rescatarte.

—¿Mateo?

Él rio.

—¿Cuántos caballeros más que te rescaten conoces?

—No estoy segura de que sea políticamente correcto que las mujeres tengan caballeros que las rescaten hoy en día. —Ava se recostó sobre el respaldo de la silla con una leve sonrisa en los labios—. Pero, solo por curiosidad, ¿de qué se supone que necesito que me rescaten?

—De mis hermanas y primas —respondió Mateo—. Y, si no te saco de tu oficina en menos de una hora, llegarán en masa.

Ava levantó una ceja.

—¿Por qué?

—Digamos que, si fuera un *reality show*, lo llamaría “Coordinadoras de boda extremas”.

Ava rio, algo que no recordaba haber hecho en mucho tiempo.

—Y me llamaste para advertirme, así podía escabullirme a tiempo. Muy noble de su parte, estimado señor.

—Gracias, mi señora. —Mateo se aclaró la garganta—. En realidad, Ava, quería hacer algo más que advertirte.

Ella se puso de pie y se dirigió a la ventana para observar el estacionamiento casi vacío. De pronto, algo en la voz de Mateo sonaba más serio.

—¿Qué sería el “algo más”?

—Sé que es algo precipitado, pero ¿podemos vernos en una media hora?

Ava miró el reloj y los contratos sobre el escritorio. Todo podía esperar hasta el día siguiente. Tenía la tarde libre de obligaciones. Sin embargo, una pequeña parte de ella dudaba porque la idea de volver a ver a Mateo le aceleraba el pulso. Si bien eso no era algo malo, la ponía nerviosa.

—¿Podría ser un poco más tarde? —dijo evasiva.

—Mira, Ava, esto es lo que sucede: no bromeaba con respecto a mis familiares mujeres y su visita a tu oficina. Te emboscarán y te llevarán para una intervención de coordinación de bodas. La única manera de detenerlas es que yo te saque de allí hasta un lugar seguro.

—¿Qué tipo de intervención? —De repente Ava se dio cuenta de que nunca antes había considerado la posibilidad de que alguno de los Ortega no estuviera

contento por el compromiso suyo con Mateo—. ¿Quieren impedirlo todo?

—Al contrario —contestó Mateo—. Cada familiar femenina que tengo está en un estado de delirio nupcial. Están empeñadas en planear los detalles. Algo que es necesario hacer, por supuesto, pero no sabía si tú ibas a querer dejarte llevar por su entusiasmo desenfrenado o si querías escaparte y encontrarte conmigo para poder adoptar un enfoque más racional.

¿Enfoque racional? No era una idea muy romántica, pero Mateo Ortega no era un hombre enamorado de ella, se recordó a sí misma. Era un hombre con quien había hecho un acuerdo. Nada más. Necesitaba recordar eso. Y, aunque apreciaba mucho el apoyo de la familia de Mateo, la idea de que se la llevaran para planear la boda era abrumadora.

—Media hora está perfecto. ¿Dónde quieres que nos veamos? —preguntó ella.

Mateo sugirió una cafetería que no estaba lejos del departamento de Ava. Una vez establecida la hora de encuentro, le escribió una breve nota a Marti y a tres empleados más, que estaban haciendo visitas de venta, para avisarles que trabajaría desde su casa el resto de la tarde; algo que, se prometió a sí misma, haría después de una rápida taza de café con Mateo. Mientras daba marcha atrás en su convertible para sacarlo del estacionamiento, Ava sintió una ola de gratitud hacia su prometido por haberla salvado del pelotón nupcial que se dirigía hacia ella.

Mateo atravesó la cafetería con dos vasos de café negro humeante. Le había sorprendido saber que Ava también evitaba lo que él llamaba “café sofisticado”. A ella le gustaba fuerte y negro, igual que a él. Se preguntaba qué más tendrían en común. Cuando llegó a la mesa, le dio el vaso de papel y se sentó frente a ella. Levantó el suyo.

—Por la planificación racional de la boda.

Ava sonrió.

—Con respecto a eso, estaba pensando que, si el señor O. no se siente lo suficientemente fuerte como para ir al juzgado, estoy segura de que podríamos arreglar para que un juez de paz se acerque a la casa de tu familia para una ceremonia breve.

Mateo levantó las cejas.

—¿Un juez de paz?

—Sí —asintió Ava—. Creo que no llegamos a conversar sobre el tema, pero supuse que querías hacer esto lo más pronto posible, considerando el frágil estado de salud de tu abuelo.

—Supones bien, Ava, pero no es tan simple. —Se puso de pie—. Salgamos a caminar.

Tomaron sus vasos de papel y caminaron en un silencio amigable durante unos momentos, lo que le dio a Mateo la posibilidad de procesar lo que ella le había dicho en la cafetería. ¿No habrá pensado que una simple ceremonia de cinco minutos conformaría a alguien en su familia? Él debía recordar que ella provenía de una familia pequeña y que había estado alejada de la de él por mucho tiempo. Durante ese período, el clan Ortega había crecido con la incorporación de maridos, esposas y muchos bebés. Las reuniones familiares se agrandaban en lugar de reducirse. Miró a Ava. ¿Cómo reaccionaría cuando le dijera que su idea de la boda no tenía nada que ver con estar cinco minutos frente a un juez de paz local? Bebió un poco de café. Había una sola forma de averiguarlo.

—Ava —comenzó—, creo que estamos en diferente sintonía. Respecto de la boda, digo.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿En qué sintonía estás tú?

—En ninguna que tenga un juez de paz. —Señaló un banco cerca de una fuente—. ¿Nos sentamos? —Una vez sentados, giró hacia ella—. Tal vez no haya sido muy claro cuando te propuse toda esta situación. Pasó todo muy rápido.

Ava miró el anillo.

—Si lo sabré yo...

Él sonrió.

—Lo sé, una locura, ¿verdad? Y te estoy más agradecido de lo que podrías imaginarte por aceptar... —se interrumpió sin saber cómo describir su acuerdo.

—¿Casarme contigo? —completó Ava—. O fingir que me caso contigo. Ni siquiera estoy segura de si acabamos de determinarlo.

Él asintió.

—Creo que estábamos en la etapa del divorcio.

Se quedaron en silencio por un largo momento, oyendo el sonido del agua que caía en la fuente. La miró de reojo.

—¿Te estás arrepintiendo?

Cuando ella se volvió para mirarlo, Mateo se maravilló una vez más con el increíble color azul de sus ojos, como el color del cielo en un día perfecto de primavera. Dudaba de que alguna vez se cansara de mirarlos, o de mirarla, pero el tiempo no estaba de su lado.

—No, Mateo, no me arrepiento —respondió ella—. Pero admito que estoy confundida con respecto a lo que estamos haciendo. —Bebió un poco de café—. Necesitamos hacer una lista.

Eso lo hizo sonreír.

—¿Como la lista del mercado?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Más como una enorme lista de tareas. —Se puso de pie—. Vamos a mi departamento y te prepararé la cena. Podemos hacer una lista completa y repartirnos el trabajo. Oh, a menos que ya tengas planes para esta noche. Lo siento, debí preguntar.

Mateo se puso de pie y apoyó una mano sobre la espalda de ella.

—Vamos. Soy todo tuyo.

Tener a Mateo en su departamento le recordó a Ava lo reducido que era ese espacio y lo inusual que era recibir visitas. Mientras mezclaba la ensalada griega, se dio cuenta de que gran parte de su vida iba a cambiar cuando se convirtiera en una Ortega. Se terminarían las tardes silenciosas y los fines de semana en soledad a los que estaba acostumbrada, al menos si se dejaba llevar por el celular de Mateo. Desde que habían llegado al departamento, no había dejado de sonar ni de vibrar.

—Está bien, puedes contestar —le dijo Ava mientras colocaba la ensaladera de madera sobre la mesa—. No me molesta.

—Pero a mí sí —respondió Mateo—. Lo apagaría, pero no quiero perder una llamada por si mi abuelo necesita algo.

Ava se puso las manoplas y sacó una hogaza de pan del horno.

—Eres tan bueno con tu abuelo...

—Él ha sido bueno conmigo. Cualquier cosa que haga es un pago minúsculo a cambio de millones de gestos amables. —Mateo se acercó para tomar el pan—. Permíteme.

A pesar del tamaño de Mateo y de que ocupaba toda la diminuta cocina, a Ava le gustaba tenerlo tan cerca. Terminaron de preparar la mesa y ella destapó una botella de vino blanco. Una vez sentados uno frente al otro, ella le pasó una copa de vino y levantó la suya.

—Por el señor O.

Mateo sonrió a medias con tristeza mientras chocaban las copas.

—Por hacer que sus últimos días sean felices.

Apenas habían comido unos bocados cuando sonó el celular de Ava. Con la intención de ignorar el llamado, dejó que atendiera el contestador. Pero el teléfono volvió a sonar. Lo tomó de la mesada y vio que era su agente inmobiliaria. Y Jessie —Ava lo sabía por experiencia— era persistente.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —soltó Jessie antes de que Ava terminara de decir: “Hola”—. Estuve esperando oír noticias tuyas, Ava, pero no te has comunicado. ¿Qué está sucediendo? ¿Cómo estuvo la cena con el hombre misterioso?

Ava dirigió la mirada hacia Mateo. El hombre misterioso.

—En realidad, estamos comprometidos.

El chillido de Jessie fue lo suficientemente alto como para que Mateo lo oyera. Él sonrió. Eso hizo sonreír a Ava. Otra vez. No había sonreído tanto en mucho tiempo. Se sentía bien estar contenta y se hacía más fácil fingir que no oía las alarmas en su cabeza que querían recordarle que todo eso era temporal. Fingir. No era real.

Volvió a prestarle atención a su agente inmobiliaria.

—No estoy bromeando, Jessie. Pero es una larga historia y te la contaré mañana.

—¿Mañana? De ninguna manera voy a esperar. Voy para allí ahora.

—Aguarda, Jessie, hablaremos mañana. —Lo último que Ava necesitaba era una Jessie demasiado entusiasta que apareciera para interrogar a Mateo—. Te lo prometo. —Después de haber pronunciado unos comentarios apaciguadores más, Ava finalizó la llamada y apagó el celular.

Se cruzó con la mirada divertida de Mateo.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros.

—Manejaste eso tan bien que no me preocupa cómo manejarás a mi madre cuando regrese.

Con la copa de vino cerca de los labios, Ava hizo una pausa.

—Tus padres. —Dejó la copa y se apoyó contra el respaldo de la silla—. ¿Ya les contaste?

Mateo corrió el plato hacia un costado y se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa como si estuviera chismorreando con un viejo amigo en lugar de estar hablando de la reacción de su madre ante el falso compromiso. Ava envidiaba su sensación de tranquilidad.

—¿Contarles que estoy comprometido? Sí.

—¿Y? —alentó Ava cuando vio que no explicaba nada más.

—¿Y qué? —preguntó Mateo con expresión burlona—. ¿Quieres saber si mi madre recibió la noticia de nuestro casamiento?

Ava asintió. Nada en el comportamiento de Mateo indicaba que estaba triste o preocupado por la reacción de sus padres pero, por otro lado —se recordó a sí misma—, aún había mucho que no conocía sobre Mateo Ortega.

—Dime, por favor.

—Mis padres se sorprendieron mucho; que los tomó desprevenidos sería una mejor forma de describirlo. —Bebió el resto del vino y negó con un gesto de la mano cuando Ava levantó la botella—. Pero creo que ambos comprenden que el tiempo es oro si queremos que el abuelo se encuentre lo suficientemente bien como para disfrutar de la boda—. Se puso de pie y acomodó la silla—. Más que nada, creo que están tristes porque no regresarán a tiempo.

Ava observó en silencio mientras Mateo recogía los platos y los llevaba a la cocina. Nada de lo que acababa de decir tenía sentido.

—¿Cómo pueden saber tus padres que no regresarán a tiempo si aún no hemos decidido una fecha? —preguntó.

—Vamos a decidir la fecha ahora —explicó Mateo. Guardó el celular en el bolsillo y sacó las llaves—. Esperaba que pudieras tomarte unos días en el trabajo.

Ava sintió que era pasajera de un tren fuera de control.

—¿A partir de cuándo?

—De mañana.

Mateo se acercó y colocó un mechón de pelo de Ava detrás de la oreja. Su toque era increíblemente suave. Ella se estremeció.

—¿Mañana? —repitió sorprendida—. ¿Por cuánto tiempo?

—Mi idea es esta: mañana elegimos tu vestido y pasamos el día haciendo planes. Pasado mañana hacemos el ensayo de la boda y obtenemos la licencia de matrimonio, y al día siguiente nos casamos.

—Haces que suene muy fácil. —Ava no sabía cómo empezar a oponerse al torbellino de tres días que Mateo le proponía—. No podemos organizar una boda tan

rápido.

Mateo se inclinó y le besó la mejilla.

—Podemos y lo haremos: confía en mí. Tú solo organiza todo para tomarte unos días libres, y yo me ocuparé del resto. Pasaré a buscarte por tu oficina mañana a las diez de la mañana si estás de acuerdo.

Ava asintió.

—¿Y eso es todo? ¿De verdad crees que podemos armar todo tan rápido?

Mateo sonrió mientras se acercaba a la puerta seguido por ella.

—Después de eso, hacemos una luna de miel corta. Estoy seguro de que esa parte será la sencilla. Buenas noches, Ava.

¿La parte sencilla? Ava apoyó la cabeza contra la puerta cuando Mateo se fue, y cerró los ojos. No. Nada de eso era fácil y se preguntó si no habría cometido el mayor error de su vida.

Capítulo ocho

A Ava le tomó menos tiempo del que esperaba poder despejar su agenda laboral, lo que reforzaba su creencia de que una buena asistente administrativa valía su peso en oro.

—Gracias, Marti. Hiciste que todo pareciera fácil. —Se reclinó en la silla y le sonrió a la mujer sentada frente a ella—. De hecho, es casi inquietante ver lo bien que todo parece funcionar cuando no estoy.

Marti rio.

—No te engañes. Justo encontraste un período tranquilo y tuviste suerte de que no hubiera citas importantes agendadas para las próximas semanas. —Hizo una pausa y pensó por un momento—. ¿Sabes, Ava?, no es propio de ti tomar días libres. Entonces, ¿por qué no agendamos unas vacaciones como corresponden para más tarde durante el año, ahora que tenemos abierto el calendario? Luego podremos planificar alrededor de estas cuando organicemos los eventos para el resto del año.

Ava se mordió el labio, pero no respondió. Haber aceptado casarse con Mateo le había dado vuelta la vida. Hacer planes —algo que siempre hacía con seguridad— parecía casi imposible cuando cada día se sentía como un torbellino. En algún momento tendría que contarle a Marti la verdad sobre su compromiso con Mateo. O, aunque no fuera toda la verdad, al menos el hecho de que iba a casarse.

—No estoy segura de mis planes...

Marti levantó una mano.

—No me des la misma excusa de siempre de que no quieres volver a irte sola, jefa.

—No es eso —protestó Ava.

—Entonces, tu próxima objeción será que no crees que podamos manejarnos solos aquí.

—No es lo que iba a decir y, para que quede claro, sé que pueden quedarse al mando del barco.

Marti sonrió.

—Bien, entonces no hay ningún motivo para que no pueda reservarte un pasaje en un crucero al Caribe para solteros.

Los ojos de Ava se agrandaron.

—¿Un crucero para personas solteras? ¡Marti!

Su asistente revoleó los ojos con fingida frustración.

—Sí, un crucero. Ya sabes: sol, mar, relajación...

Ambas levantaron la vista ante un golpe en la puerta.

—¿Un crucero? Ya están planeando la luna de miel, y yo apenas me enteré del compromiso. —Era Jessie—. ¿Podemos parar este tren de información para que pueda subirme? Porque estoy perdida.

Ava saludó a la agente inmobiliaria y la invitó a pasar.

—Aún no hemos llegado a la planificación de la luna de miel.

Marti levantó la mano.

—Wow, ¿luna de miel? ¿Para Ava? —Se volvió hacia Jessie—. Ya que estás mucho más adelantada que yo, por favor, ponme al tanto. No oí una sola palabra sobre esto. ¿Es en serio? —Miró hacia la mano izquierda de Ava, y sus ojos se agrandaron—. Oh, aguarda, tu anillo. ¡Oh, cielos, Ava!, ¿cómo no me dijiste nada?

Ava abrió la boca, pero Jessie habló primero.

—En realidad, no creo que se haya guardado nada, Marti. Creo —echó un vistazo a Ava— que perdió la cabeza por un hombre misterioso y se está precipitando hacia el altar.

Marti miró a una y otra mujer antes de concentrar la mirada en su jefa.

—¿Habla en serio, Ava? Tú no eres así. Casi no tienes citas. Prácticamente nunca has...

Era el turno de Ava de interrumpir.

—Está bien, si me dejan meter un bocadillo, les contaré lo que sucede. —Al menos una parte; no iba a contarles que el compromiso con Mateo era solo un favor que le estaba haciendo—. En primer lugar, Mateo no es un desconocido. Lo conozco hace años.

—¿Cómo lo conoces? —preguntó Marti.

Jessie rio.

—Crecí en la casa junto a la de los abuelos de Mateo. Hace mucho que conozco a toda la familia Ortega. —Miró el anillo de compromiso y sonrió al recordar la sonrisa amable y abrazos cálidos de Beatriz Ortega—. Entonces, Mateo y yo nos conocemos desde siempre.

—Pero hace mucho tiempo que no tienes una cita, ¿verdad? —sostuvo Marti—. Entonces, ¿cómo y cuándo se reencontraron?

Jessie habló antes de que Ava pudiera hacerlo.

—Mateo hizo una oferta por la casa que Ava puso en venta hace poco —le explicó a Marti. Se volvió hacia Ava—. ¿Supongo, entonces, que vivirán allí ahora? En ese caso, deberíamos sacarla de la venta.

—Aguarda, no sé bien qué haremos. —Ava jugó con el anillo en su dedo.

Jessie y Marti intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Respecto de qué? —preguntó Marti—. ¿De la casa o de la boda?

De todo. Pero eso era más de lo que Ava quería compartir.

—Las dos deben entender lo rápido que sucedió todo. No estoy ocultando nada, es solo que hay mucho que Mateo y yo aún no hemos organizado. —El Cielo

sabía que eso era cierto.

—Pero estás contenta. ¿Cierto, jefa?

Ava dudó solo un instante antes de asentir.

—Casi no encuentro las palabras para describirlo. —¿Iba a ser ese un nuevo talento suyo: decir lo suficiente como para ser sincera y engañosa al mismo tiempo? Si no tenía cuidado, terminaría postulándose para un cargo político—. Mateo es un hombre maravilloso. Es atento, considerado y amable.

—¿Y atractivo? —preguntó Marti con una sonrisa.

Ava sonrió también.

—Y atractivo.

—Bueno, eso es algo que a un hombre le gusta oír a esta hora de la mañana. —Mateo permaneció junto a la puerta con una sonrisa dibujada en los labios—. Hola, señoras, espero que no les moleste la interrupción. No había nadie en la recepción.

Ava le devolvió la sonrisa. Era imposible no hacerlo. Había algo tan vivo, tan amable, tan real en aquella sonrisa... En él.

—Claro que eres bienvenido, pasa. —Rápidamente le presentó a Marti y a Jessie—. Justo hablábamos sobre ti.

—Sí, ya oí. —Se acercó al escritorio, se inclinó y le dio un beso en los labios—. No se detengan por mí.

Nerviosa, Ava miró a sus compañeras, quienes sonreían ampliamente. Podía sentir sus mejillas sonrojadas. ¿Cuán ridículo era eso? Debía controlarse y dejar de reaccionar así frente a su falso prometido.

—En realidad, ya casi terminamos. Marti y yo despejamos la agenda por unos días, tal como habíamos hablado.

Mateo sonrió.

—Excelente. Vamos por buen camino.

—¿En qué mes estaban pensando? —preguntó Marti—. Si les interesa, puedo comenzar a buscar información preliminar sobre algunos lugares. Los mejores suelen estar reservados con un año de anticipación.

Ava miró a Mateo. Tenía una expresión divertida. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza, algo que ella tomó como indicación de que podían compartir la noticia sobre casarse en unos días, no en unos meses. Se digirió a su asistente y sonrió.

—Gracias, Marti. Siempre te ofreces a ayudar y tal vez no te digo con suficiente frecuencia cuánto valoro eso de ti. —Hizo una pausa y luego decidió soltarlo de golpe—. Lo que sucede es que... estábamos pensando... —Pero su voz se apagó. ¿Por qué era tan difícil? Quizás porque nada de eso parecía real.

—Ava y yo nos casaremos pasado mañana —completó Mateo.

Esto generó justo la respuesta que Ava pensaba. Las dos se quedaron como paralizadas. Ava las comprendía perfectamente; ella misma aún se estaba acostumbrando a la idea.

—Me encantaría que ambas pudieran ir —les expresó—. Aunque sé que es algo repentino.

—No, no, claro que no —la corrigió Jessie—. Me encantaría ir.

—A mí también —agregó Marti—. ¿Bromeas? De ninguna manera me perdería tu boda. —Miró hacia la puerta abierta—. ¿Debo mantenerlo en secreto o planeas decírselo al equipo?

Ava respiró profundo. Necesitaba el oxígeno extra para aclarar sus pensamientos. Su mundo parecía una calesita que tomaba velocidad. Era una locura invitar al personal a una boda que no parecía real, pero no iba a correr el riesgo de lastimar los sentimientos de alguien por no haberlos invitado.

—Claro, todos están invitados. Marti, ¿podrías hacer el anuncio y yo les daré los detalles al final del día?

Su asistente asintió.

—Por supuesto. ¿Qué más puedo hacer?

Para alivio de Ava, Mateo se adelantó a responder.

—Creo que mi familia tiene casi todo cubierto, pero gracias por el ofrecimiento. Jessie, pronto hablaremos sobre la casa si no te molesta. No quiero apresurar a Ava para que elija dónde quiere que vivamos.

Ava le sonrió, agradecida de que haya contestado la pregunta tácita de Jessie con tanta delicadeza. Él apoyó su mano sobre el hombro de ella y la mantuvo allí mientras charlaba con Martí y con Jessie. Su toque era cálido y reconfortante.

Ava miró el reloj y luego a Mateo.

—Creo que será mejor comenzar con la lista de tareas si queremos lograr lo imposible el día de hoy. —Sus amigas tenían la misma expresión de confusión, así que se apresuró a agregar—: trataremos de encontrar un vestido de novia. —Hizo una mueca—. Deséenme suerte.

Mateo rio.

—Te verás preciosa con cualquier vestido. —Le tomó la mano y la impulsó para que se pusiera de pie—. El problema será ir descartando hasta encontrar el que más te guste.

—Aaahhh... Esto es tan romántico... —suspiró Martí—. Absolutamente inesperado y una gran sorpresa, pero muy romántico.

Romántico. Ava entendía que así se veía desde afuera. De repente tenía un prometido atractivo, atento y fiel, que quería casarse con ella lo antes posible. Sería increíblemente romántico si tan solo algo de eso fuera real.

Mateo estaba sentado en el borde de una refinada silla de satén rosa; dudaba de que pudiera soportar a un hombre de su contextura por mucho tiempo más. Levantó la mirada hacia la araña de cristal que colgaba sobre él. “Lujosa” era la mejor palabra para describirla, y encajaba perfectamente en la pequeña *boutique* para novias. Solo esperaba que estuviera tan bien sujeta al techo como estaba de reluciente. Se sentía como un animal enjaulado, pero no había dónde ir, ni un lugar por dónde caminar mientras aguardaba a Ava.

Maricela’s Bridal Boutique había sido la recomendación de su hermana menor. Ella conocía a la dueña y le había asegurado que, dada la talla pequeña de Ava, Maricela podría encontrar un vestido ya hecho que le quedara bien. Era evidente que su hermana había llamado con anticipación porque, cuando entró con Ava al salón, Maricela los había saludado con entusiasmo. Pero “entusiasmo” no era la palabra justa para describir la reacción de Ava frente a la diversidad de vestidos de novia que colgaban de todas las paredes. Por la expresión de su rostro, podía deducir que ella estaba de acuerdo con él en que la tienda parecía una selva de satén, seda, cristal y perlas.

—¿Es necesario algo tan formal? —le había susurrado Ava justo antes de que Maricela se la llevara detrás de la cortina roja de terciopelo—. Estaría bien con un vestido o con un traje sencillo. Pero, si quieres que use un vestido de novia, lo haré.

Mateo había sonreído en señal de agradecimiento, sin poder encontrar el modo de expresar su gratitud. Se sentía culpable y agradecido al mismo tiempo. Antes de que todo eso terminara, antes de despedirse de Ava, debería encontrar la manera de expresar su gratitud sincera hacia ella por haber seguido con toda esa farsa solo para que su abuelo fuera feliz durante sus últimos días. Pero ¿cómo podría agradecerle por tanta amabilidad y sacrificio?

Quienquiera que conquistase el corazón de Ava algún día sería sumamente afortunado por poder hacerla su esposa. Mateo se puso de pie y colocó las manos en los bolsillos. Miró hacia la cortina de terciopelo. ¿Cuánto tiempo llevaba escoger un vestido?

Un momento más tarde, Maricela corrió la cortina.

—Ya encontró el indicado.

Mateo miró el reloj. Media hora. Podría haber sido peor. Sus hermanas hubieran tardado días.

—Excelente. Que salga.

La dueña sonrió.

—Oh, no, joven, no dejaré que eso suceda. En primer lugar, debemos hacer algunos arreglos, así que tenga paciencia. —Mostró una amplia sonrisa—. Y, además, es de mala suerte ver a la novia con su vestido antes de la boda. Esa no es manera de comenzar su nueva vida juntos.

Ava apareció detrás del hombro de Maricela.

—A nosotros no nos preocupa la mala suerte, ¿verdad, Mateo? —Sin aguardar respuesta, pasó con cuidado junto a la dueña de la tienda y salió a la sala.

Mateo se quedó observándola, sin poder decir nada. No podía encontrar las palabras para describir la viva imagen de la belleza que representaba su futura esposa.

Siempre la había considerado atractiva pero, al tenerla así frente a él, supo que nunca había visto ni volvería a ver una mujer más hermosa. Dejó que sus ojos la recorrieran de pies a cabeza. Como por arte de magia, el vestido que había elegido le quedaba a la perfección, como si hubiera sido diseñado solo para su silueta. Sentía como si estuviera mirando a alguien de la realeza.

—Ava —fue todo lo que pudo decir. Esperaba que ella pudiera ver el reconocimiento en sus ojos. Su sonrisa le aseguró que ella tenía una noción de cómo se sentía.

—Me encanta este vestido —expresó ella. Se subió a una plataforma frente a tres espejos. Se paró de costado y alisó el frente del vestido—. ¿Qué opinas? ¿Era esto lo que tenías en mente o es muy formal?

—¿Muy formal? No, Ava. Es perfecto. Te ves increíble. —Sin poder quitarle los ojos de encima, Mateo dio un paso hacia ella; de pronto no quería otra cosa en el mundo más que tenerla cerca.

Maricela, quien había presenciado la conversación con una sonrisa en los labios, se interpuso entre ellos.

—Está bien, guarda lo que tengas para decir para el día de la boda, Mateo. —Guio a Ava de vuelta al vestidor y le echó una última mirada a él—. Recuerda que tienen una vida juntos por delante.

Mateo volvió a sentarse; de pronto se sentía desolado. Lo que en un principio pareció la solución perfecta a sus problemas de golpe lo hizo sentir vacío. Y solo.

Capítulo nueve

Una vez que tomó la decisión sobre el vestido, Ava se sorprendió al ver lo rápido que se acomodó todo lo demás. Fue de inmensa ayuda que Mateo tuviera un contacto en su familia para cada cosa que necesitaban. La mejor amiga de su prima tenía una florería y fue muy amable al ayudar a Ava a elegir un ramo simple, pero elegante, de rosas color crema y lavanda. Otra prima, que era mamá y ama de casa, tenía un pequeño negocio de tortas de boda. Ava no podía imaginar cómo hacía para crear esas tortas tan maravillosas mientras andaba detrás de bebés gemelos. Pero la muestra que degustaron era exquisita, y los diseños eran casi demasiado elegantes como para comerlos. Un cuñado de un primo, que era ministro ordenado, había aceptado officiar la ceremonia. La música para la ceremonia y para la recepción también estaba en manos de la familia Ortega, según le aseguró Mateo. Por lo tanto, Ava se dio cuenta de que no quedaba nada más por que preocuparse, excepto encontrar el modo de convencer a Mateo de que ella quería y podía pagar la mitad de los gastos.

—Teniendo en cuenta que es mi boda, creo que es justo que yo pague la mitad de la cuenta— explicó Ava. Acababan de reunirse con un fotógrafo, también amigo de la familia Ortega, quien les había asegurado que le encantaría plasmar para la posteridad ese día tan feliz para ellos. Ese comentario los hizo sentir muy incómodos pero, como guardianes de un secreto compartido, le agradecieron por su voluntad de incorporarlos a su apretada agenda. Ava sacó los anteojos de sol de la cartera y miró a Mateo.

—También es mi boda —replicó Mateo, con una sonrisa apenas desafiante y bastante encantadora.

A pesar de que estaban cerca del auto de él en un estacionamiento público, Ava sintió de pronto que estaban solos en el mundo. Su prometido ejercía cada vez más ese efecto en ella, algo que la determinaba a permanecer independiente. Sería demasiado fácil perderse en el mundo de Mateo. En Mateo mismo. Se obligó a concentrarse en el tema en discusión.

—Ese no es un argumento ganador, Mateo.

La sonrisa de él era amable.

—Ava, respeto totalmente lo mucho que has logrado. Pero esto no se trata de dinero. Sé que puedes pagar los gastos, pero ambos sabemos que esta no es una situación normal. —Se apoyó contra el auto—. Toda esta boda es un favor para mí, para mi familia, y ya has dado más que suficiente. No hay manera de que acepte tu dinero. Esa es mi última palabra.

Ava levantó las cejas. Mateo la miró con expresión avergonzada.

—Bueno, está bien, supongo que esa no es una manera respetuosa de dirigirse un marido a su mujer, ¿no? Permíteme reformularlo: ¿podrías, por favor, estar de acuerdo en que lo más apropiado sería que yo financiara toda la operación? —La tomó de la mano y la atrajo hacia él—. ¿Te parece bien?

Ella solo pudo asentir. No confiaba en que su voz no delatara su deseo por él. Estar así de cerca provocaba un profundo efecto sobre ella.

—Entonces, no queda más que la luna de miel —prosiguió Mateo. Apretó su mano con suavidad—. ¿Alguna idea al respecto?

Ninguna que fuera a admitir en voz alta. Aclaró su garganta.

—¿Qué tenías tú en mente?

—¿Sedona?

Ava sonrió.

Sedona, una ciudad al norte de Phoenix, famosa por sus cañones de roca roja y los paisajes imponentes, sonaba perfecto. Excepto que no creía que una luna de miel fuera necesaria, y así se lo comentó a Mateo.

—Claro que lo es —replicó él—. ¿No crees que, después de la locura que será recibir a mi familia en masa, no disfrutaremos de escaparnos por unos días a un lugar tranquilo?

—Podríamos tener paz y tranquilidad en nuestras propias casas. —La vivienda era todo un tema que aún debían tratar. ¿Vivirían juntos? ¿O sería mejor si cada uno se quedara en su lugar actual y solo le hicieran creer a la familia de Mateo que estaban conviviendo? ¿Debería mantener la casa de su madre a la venta o sacarla por unos meses?

Mateo acercó la mano y alisó las arrugas en la frente de Ava.

—Dime qué te hace fruncir el ceño y te ayudaré a encontrar una solución.

—Hay tantas decisiones que tomar... y no quiero tomar la incorrecta.

En respuesta, Mateo la atrajo hacia sus brazos. Ava apoyó la cabeza sobre su pecho sabiendo que permitirle abrazarla era jugar con fuego. Pero no quería moverse. Ya habría tiempo suficiente en los meses siguientes para que estuviera sola.

—Creo —murmuró él entre su pelo— que deberíamos mudarnos juntos. Mañana sería un momento ideal para empacar antes del ensayo. ¿Qué te parece?

Ella retrocedió para mirarlo a los ojos.

—Vivamos en la casa de mi madre. —No era lo que había planeado esa mañana y se sorprendió al decirlo, pero en cierto modo parecía ser lo correcto. Por poco que fuera el tiempo que pasarían juntos, quería compartir con Mateo lo más posible.

Mateo colocó un dedo debajo del mentón de Ava y levantó su rostro hacia él.

—¿Estás segura?

Ella asintió, con sus ojos absortos en los labios de él. Una sensación de felicidad la recorrió cuando Mateo se acercó y rozó sus labios con un beso.

—Gracias —susurró él con la voz ronca.

Ava sonrió.

—Nada de esto parece real.

—Lo sé, será como jugar a la casita. —Sonrió—. Tal vez debamos comenzar a empacar hoy.

La verdad de esa afirmación la golpeó. Ava sabía que estaba jugando... con fuego. Porque, a pesar de lo que Mateo había dicho, eso era más que jugar a la casita: era jugar con su corazón. La poca razón que le quedaba le advertía que tuviera cuidado. Pero entre la sonrisa cálida y el buen corazón de Mateo, entre el ferviente deseo de ella de hacer feliz a Joaquín Ortega durante sus últimos días y el deseo de ser parte de la familia Ortega, aunque fuera por poco tiempo, no podía echarse atrás. No quería cancelar el acuerdo, sin importar el costo que debería pagar una vez que acabara toda esa farsa.

—¿Qué te parece si vamos a mi departamento y elegimos algunos muebles para llevar a tu casa? —consultó Mateo.

Ava sonrió.

—De acuerdo.

Aunque quizás no debería haberlo hecho, Ava se sorprendió por el estado del departamento de Mateo. Estaba limpio y decorado, pero escasamente decorado. Solo había unas pocas fotos familiares en un estante. Otros estantes estaban llenos de libros pero, aparte de eso, parecía que solo era el lugar donde comía, dormía y trabajaba por las tardes.

—¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó Ava mientras Mateo preparaba café para ambos.

Él se encogió de hombros.

—Hace un tiempo. —Le alcanzó una taza de café, que ella aceptó agradecida—. Mis hermanas me ofrecen constantemente hacer algo con el lugar. —Sonrió con tristeza—. Y, si bien valoro el ofrecimiento, tengo que negarme porque no sé a qué demonios se refieren.

Ava rio.

—Palabras de un hombre soltero.

—No por mucho tiempo. —Mateo se acomodó en un sillón y le señaló el otro a Ava.

—¿Te pone nervioso?

—Sorprendentemente, no. —Mateo bebió un poco de café antes de continuar—. ¿A ti?

—En realidad no, lo que es un poco extraño. Me pregunto qué dirá eso sobre la situación.

—¿Crees que sea necesario analizarlo, Ava?

—Aunque parezca raro, no; algo muy contrario a mí.

—Hay mucho que no sé sobre ti, Ava.

—¿Como qué? —Algo en el modo de mirarla le aceleraba el corazón, pero hizo lo posible por que no se notara.

—Como... Me pregunto cómo te ves a primera hora de la mañana.

Ella rio.

—Terrible, supongo. ¿Qué más?

—Me pregunto qué hábitos molestos tienes. Aún no he visto nada de ti que no me parezca encantador.

Ava sonrió.

—Son los primeros días, Mateo.

Él asintió.

—Entonces, permíteme hacerte una pregunta más. ¿Te animas?

Ella asintió. Mateo apoyó la taza de café sobre la mesa ratona entre ellos y se inclinó hacia adelante. Tenía la mirada clavada en ella.

—¿Por qué no te has casado?

Ava desvió la mirada.

—Mírame, Ava. —Su voz era firme, pero amable. Más persuasiva que imponente.

Ella hizo lo que le había pedido y miró directo a sus cálidos ojos marrones.

—¿La verdad?

—Nada más que la verdad.

Ella respiró profundo y dijo en voz alta lo que nunca se había admitido a sí misma.

—No quería que me lastimaran. —Apretó la taza con más fuerza—. No quería que me dejaran sola y con el corazón roto otra vez.

Antes de que Ava tuviera tiempo de volver a respirar profundo, Mateo se arrodilló frente a ella. Dejó que le quitara la taza de las manos y la dejara junto a la de él. Cuando él le tomó las manos, la calidez de su caricia le recorrió el cuerpo.

—Ava, lo último que quisiera es lastimarte. —Mateo le oprimió ambas manos con suavidad—. Quiero que te sientas a salvo conmigo, que confíes en mí. —Estiró una mano y le recorrió la línea del mentón con los dedos—. Querida, si quieres cancelar...

Ava no le dejó terminar la oración.

—No, Mateo, quiero hacerlo.

La sonrisa de él era amable.

—¿Sería mejor si no nos casáramos de verdad? ¿Si volviéramos al plan A, en el que solo fingíamos casarnos?

—No. —Sacudió la cabeza con énfasis—. ¿Podrías enfrentar al señor O. si le estuviéramos mintiendo? No creo que puedas y sé que no quieres hacerlo.

Él bajó la cabeza y le besó los nudillos.

—Eres maravillosa. —Se puso de pie y la ayudó a incorporarse—. Tienes razón.

—Justo lo que a toda mujer le gusta oír. —Ava sonrió. Retrocedió, a regañadientes, porque si había una cosa en el mundo que deseaba en ese momento era que Mateo la tomara entre sus brazos y la besara. Pero sabía que eso solo complicaría más una situación ya bastante complicada. Necesitaba mantener la cordura—. Entonces, ¿qué quieres llevar a la casa? —Casi dijo: “A nuestra casa”, pero se contuvo a tiempo. La línea entre fantasía y realidad se estaba borrando rápidamente—. Hagamos una lista.

Juntos eligieron rápidamente lo que creían que podrían necesitar de la sala de estar y de la cocina. Pero, cuando fueron al dormitorio, Ava de repente se sintió un poco confundida.

—¿Por qué no llevas tu cama y yo llevo la mía?

De repente, Mateo parecía avergonzado.

—Con respecto a eso...

Ava lo observó por un momento, aguardando que hablara, pero no lo hizo.

—¿Qué?

Mateo se sentó al borde de la cama y golpeó el espacio junto a él.

—¿Qué? ¿Quieres que pruebe el colchón? —bromeó ella, pero enseguida se ruborizó al pensar que él podría interpretar lo de la prueba de dos maneras. Pero hizo lo que le había pedido y se sentó a su lado—. Solo dilo.

En lugar de responder, Mateo se recostó y se tapó la cara con ambas manos. Ava podía jurar que lo oyó gruñir. Un momento después, ella se recostó a su lado y miró al cielorraso.

—Suéltalo, Ortega.

Mateo bajó las manos y se puso de costado para mirar a Ava.

—Está bien, ¿conoces la expresión sobre las dos caras de una moneda?

Ava se colocó de costado y lo observó: sus pestañas eran oscuras y enmarcaban sus ojos de una manera que a ella le hacían sentir que su estómago era un santuario de mariposas.

—¿Monedas? ¿A qué te refieres?

Él rio.

—Estoy hablando sobre mi familia. Son una bendición.

—Presiento un “pero” —sugirió Ava. Apoyó la cabeza sobre el brazo—. ¿Qué han hecho?

—Engañaron a tu agente inmobiliaria para que les diera la llave de la casa de tu madre y llevaron lo que creían apropiado para decorar nuestra habitación.

Ava rio.

—Una banda llena de energía, mis futuros parientes.

La sonrisa de Mateo era amplia.

—Eres única. —Se inclinó y le quitó un mechón de pelo de la cara—. Eres inteligente, eres amable, eres comprensiva y eres hermosa. —Acarició su mejilla—. Y cuando te vi con el vestido de novia, se me cortó la respiración.

Ava cerró los ojos. Sintió como si estuviera en peligro de ahogarse, de hundirse en la caricia amable y la voz ronca de Mateo. Una pequeña parte de su cerebro le advertía que debía luchar contra su atracción hacia él, pero una parte mucho más grande de su corazón le exigía que se rindiera. Abrió los ojos.

—Quiero besarte. —La voz de Mateo era ronca, y sus ojos estaban clavados en los labios de ella.

—No te detendré. —Como si sus palabras no fueran suficiente invitación, se inclinó hacia él.

Fue todo el aliento que su prometido necesitó. Los labios de Mateo encontraron los de ella.

Ava volvió a acostarse boca arriba y estiró los brazos para acariciar el pelo de Mateo. El peso de su cuerpo sobre ella envió una onda de placer que la recorrió por completo. Ava se perdió en sus caricias, en su sabor, y en la suave exploración de sus manos por su pecho. No tenía idea de cuánto tiempo pasaron así, y sinceramente tampoco le importaba. Hasta que el celular de Mateo comenzó a vibrar de manera incesante y molesta. Mateo gruñó, y Ava se alejó de él. La magia del momento se había roto.

—Ortega —Mateo casi ladró en el teléfono.

Ava se levantó de la cama y se alisó el pelo mientras Mateo hablaba. Se abrochó los botones que Mateo había abierto. Reprimió un suspiro y dominó su expresión para parecer tranquila y relajada, aunque no estaba de ninguna de las dos maneras.

—Ava, lo siento —expresó Mateo parado junto a ella.

—No te disculpes.

—Eran mi hermana y mi prima. Terminaron su proyecto supersecreto y quiere que vayamos a ver...

—Déjame adivinar: ¿nuestra habitación decorada?

Él rio.

—Gracias por comprender.

Ella se encogió de hombros.

—Solo intentan complacer a los futuros recién casados. —Pero, mientras seguía a Mateo fuera del departamento y se subían al auto de él, Ava se dio cuenta de que finalmente había descubierto el punto débil de la familia Ortega: tenían un pésimo sentido del momento oportuno.

Capítulo diez

Mientras Ava ponía la llave en la cerradura y abría la puerta principal de la casa de su madre, se dio cuenta de que debía esforzarse por pensar en aquella como su nueva casa. Miró a Mateo.

—¿Listo para ver lo que hicieron?

Él sacudió la cabeza.

—Tan listo como puedo. —Le colocó una mano en la espalda y con la otra le abrió la puerta.

—Las damas primero.

Ella entró al vestíbulo y apenas tuvo tiempo para registrar que la casa estaba demasiado silenciosa, cuando lo que parecían veintiséis Ortega salieron de repente.

—¡¡¡Sorpresa!!!

Demasiado aturdida para responder, Ava dio un paso hacia atrás y agradeció que Mateo estuviera allí para rodearle la cintura con los brazos. Se apoyó contra él mientras la sala estallaba en conversación. Afortunadamente, parecía que no era necesario ofrecer muchas respuestas; tan solo un poco de sonrisas y de afirmaciones con la cabeza.

—¿Alguna posibilidad de que podamos dar unos pasos más dentro de la casa? —preguntó Mateo.

—Bueno, pasen de una vez —dijo riendo la tía Sylvia. Espantó a algunos primos de Mateo hacia la sala de estar—. Hagan lugar para Mateo y su hermosa novia. Ven aquí, cariño.

Ava tomó la mano extendida y se acercó para besar a Sylvia en la mejilla. Le agradaba la tía de Mateo; siempre le había agradado. Se volvió para mirar a Mateo, pero lo estaban llevando a la sala de estar, donde estaban sus primos. Ella le sonrió antes de que él desapareciera, y permitió que la llevaran a la cocina.

Claudia y Serena, dos de las primas Ortega con las que Ava había asistido a la escuela, la saludaron con abrazos cuando entró.

—¿Te gusta lo que hicimos? —Claudia movió los brazos como si fuera una modelo de un programa televisivo de juegos—. ¡Por favor, di que te gusta!

Ava retrocedió y miró a su alrededor. Había estado tan concentrada en ver quién estaba en la casa que no había visto lo que habían hecho. En realidad, ni siquiera sabía que iban a hacer algo más aparte de redecorar el dormitorio pero, al recorrer el espacio con la mirada, fue evidente que habían hecho mucho en la cocina en corto tiempo.

—¡Oh, cielos! —Ava dio una vuelta, con la mano en la garganta. La pequeña cocina había pasado de una cáscara vacía a un ambiente brillante, hogareño y cálido. Había cortinas nuevas, varios cuadros nuevos colgados, y en la barra una cafetera, un especiero y un horno eléctrico nuevos. Era una cocina transformada—. Se ve tan... tan... perfecta. —Ava se limpió unas lágrimas de gratitud que amenazaban con derramarse—. Parece como si alguien viviera aquí ahora.

Serena y Claudia chocaron las manos en señal de alegría antes de abrazar a Ava.

—Estamos muy felices de que te guste, Ava. —Serena estiró la mano y le secó una lágrima—. Acordamos que casi podíamos sentir que tu madre, de alguna manera, estaba aquí, ¿sabes?

Ava asintió. alguna vez había sido una casa llena de vida y de amor, al menos antes de que su madre se enfermara.

—Juro que tu madre preparaba los mejores brownies con doble ración de caramelo del planeta —comentó Claudia—. Y siempre parecía feliz de vernos comer toda una tanda, siempre y cuando hiciéramos la tarea escolar.

Las tres mujeres rieron ante el recuerdo de estar dándole vueltas a la Geometría mientras se fortalecían con chocolate.

—¿Cómo podré agradecerles? —preguntó Ava. Aceptó agradecida una copa de vino blanco que le ofreció Serena—. ¿Compraste copas y un sacacorchos?

—Sí, señora. Intentamos cubrir todos los pequeños detalles que pudieran hacerlos sentir a ti y a Mateo como en casa. —Tenía una sonrisa de ensueño—. Es muy romántico saber que tú y Mateo se encontraron después de tantos años.

Claudia asintió en señal de acuerdo.

—Mateo nunca se vio tan feliz. Te lo debemos a ti. —Ladeó la cabeza y observó a Ava pensativa—. Lo que no sé es cómo hicieron ustedes para mantener la relación en secreto. No sabemos que Mateo estaba viendo a alguien, y nuestro radar es bastante bueno. ¿Cómo lo lograron?

Ava bebió un poco de vino para evitar decirles una mentira directa a dos mujeres que eran tan amables con ella. Las cosas no estaban siendo más fáciles como ella creía. Se estaban volviendo más complicadas. Decidió esquivar la pregunta y cambiar de tema.

—La verdadera pregunta es cómo podremos agradecerles por todo. —Hizo un ademán para señalar toda la cocina—. Todo esto es demasiado.

Las mujeres rieron.

—Ni siquiera has visto el dormitorio todavía.

Ava se avergonzó ante la idea de que toda la familia Ortega había abierto su corazón y su cartera para ayudar a crear un hogar para ellos. Por primera vez se dio cuenta de lo amplias que serían las repercusiones cuando Mateo les dijera que el matrimonio se había terminado.

Claudia se apoyó contra la barra y le sonrió a Ava.

—Con tan poco tiempo antes de la boda no supimos cómo hacer para organizar una despedida, así que nos juntamos e hicimos esto en su lugar.

Serena le guiñó un ojo a Ava.

—Pero no te salvarás del *baby shower* cuando sea el momento. Eso no es negociable.

Ava podía sentir sus mejillas más calientes y sabía que no era por el vino.

—¿Están ocupándose de mi prometida? —Mateo estaba parado en la puerta; su sonrisa le hizo pensar a Ava que había oído a sus primas—. ¿Necesitas que te rescate, Ava?

“Sí, de toda la situación”, quería responder. Pero era demasiado tarde. La situación la había superado. Respiró profundo y se obligó a sonreír. A seguir con el papel.

—Para nada, Mateo. Solo tenemos una conversación de mujeres. —Se acercó y lo besó en la mejilla, en parte porque era lo que cualquier futura esposa hubiera hecho, pero también porque a su lado se sentía segura—. ¿Qué opinas de todo esto?

Él le rodeó la cintura con un brazo.

—Estoy tan abrumado como imagino que tú lo estás. —Le sonrió, y Ava vio en sus ojos que él comprendía cómo se sentía ella. Era demasiada generosidad en cualquier circunstancia, pero especialmente en situaciones engañosas. Pero ¿qué podían decir o hacer?

Claudia y Serena intercambiaron miradas conspiratorias.

—Ava —dijo Claudia—, queremos organizar una cita para mañana.

—¿Mañana? —Ava miró a Mateo en busca de respuestas, pero él solo se encogió de hombros—. ¿Qué sucede mañana?

Serena fue la primera en responder.

—Te ayudaremos a prepararte para la boda. El único motivo por el que necesitarás ver a Mateo es para obtener la licencia de matrimonio por la mañana. —Señaló a Mateo con expresión alegre—. Te lo advertimos, Mateo, tú tienes el resto de tu vida con Ava. Nosotros la tendremos mañana. Entonces Claudia y yo los esperaremos aquí cuando regresen de haber obtenido la licencia. A partir de ese momento, será un día solo de mujeres.

—Exacto —acordó Claudia—. Así que sacaremos a todos de aquí ahora y haremos una limpieza rápida.

Efectivamente, apenas unos quince minutos más tarde, Ava y Mateo estaban en la puerta despidiéndose de todos los invitados. Después de que el último auto se hubo marchado, Ava se quedó en la entrada con expresión vacilante.

—Tu familia no hace nada a medias, ¿verdad, Mateo?

Los labios de Mateo se curvaron en una media sonrisa.

—Es una bendición y una maldición. Sé que tenían buenas intenciones, pero parecen haber olvidado que esta es tu casa, y no la nuestra.

—Según las mentiras que hemos dicho, esta es nuestra casa. —Ava se volvió hacia él—. Mateo, ¿has llegado a pensar en cómo vas a salir de todo esto? —Aguardó

un largo momento, pero él no respondió—. Tus primas están hablando de un *baby shower*, por todos los cielos.

Mateo se acercó y le colocó una mano sobre su hombro.

—Lo siento.

Ava intentó ignorar la ola de excitación que su caricia disparó. Sacudió la cabeza, tanto para aclarar su mente como para demostrarle a Mateo que él no había comprendido.

—No me preocupo por mí. Es por tu familia. Por ti. —Sus ojos buscaron en los de él una señal de que había entendido, pero su expresión era cautelosa. Se acercó un poco más y apoyó su mano contra el pecho de él—. Mateo, permíteme ayudarte.

Para su gran sorpresa, en lugar de hablar, él la tomó entre los brazos y la besó. Pero el beso no fue suave como los anteriores. Fue apremiante y exigente, como si Mateo se estuviese ahogando y ella fuera lo único a lo que se podía aferrar para salvarse. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se entregó a sus necesidades.

Atrapada en un torbellino de deseo, Ava saboreó los besos de Mateo. Cuando sintió que sus manos buscaban los botones de su blusa, retrocedió solo un poco para poder mirarlo a los ojos. En ellos vio la misma chispa de deseo que ardía dentro de sí misma.

—Adentro —susurró y, cuando él no se movió, hundió la cara en su cuello y volvió a susurrar—: por favor.

Mateo la alzó en brazos y cruzaron la entrada. Hizo una pausa adentro, cerca de la puerta y Ava se liberó de su abrazo. Mateo parecía indeciso, pero ella no lo estaba. Pasó por al lado de él y cerró la puerta antes de tomarle la mano. Sin decir una palabra lo guio hasta el dormitorio.

La luz de la luna brillaba lo suficiente como para que Ava pudiera ver el rostro de Mateo. El resto de la habitación recientemente decorada estaba en penumbras, pero no le importaba. Ni la nueva decoración, ni los problemas que deberían enfrentar por las mentiras complicadas que Mateo le había contado a su familia, ni nada. Todo lo que quería hacer era tocar a Mateo. Tocar su cuerpo y darle placer, pero más que nada quería tocar su corazón y aliviarle la preocupación y tristeza que lo invadían.

—Ava, ¿estás segura?

En respuesta, Ava le colocó suavemente un dedo sobre sus labios.

—Sshh —susurró ella—... sin palabras. —Despacio, recorrió su rostro con las manos y continuó bajando hacia la garganta. El gemido de placer de él coincidía con la ola de deseo que la recorría mientras desabrochaba el primer botón de la camisa de Mateo.

La respiración entrecortada de él solo la excitaba más. Cuando desabrochó todos los botones, deslizó la camisa de Mateo por los hombros. Recorrió con las manos la suave amplitud de su pecho y siguió hacia los hombros. Los músculos estaban duros. Continuó por la garganta, el cuello y llegó hasta el pelo. Esta vez fue Ava quien gimió de placer. Entrelazó los dedos detrás de la nuca de Mateo y oprimió su cuerpo contra el de él.

—¿Así quieres pasar una de tus últimas noches de soltero? —Recorrió con besos pequeños todo su pecho—. Porque si quieres irte antes de que me deje llevar por completo, esta podría ser tu última oportunidad.

Los brazos de él rodearon su cintura con fuerza.

—Mi querida —su tono era bajo y ronco—, este es el único lugar donde quiero estar, pero no quiero aprovecharme de ti.

—Mmm... Interesante, porque yo planeo aprovecharme de ti. —Y, para demostrar que hablaba en serio, Ava buscó la cintura de Mateo y desabrochó el botón.

No tenía idea de dónde había aparecido esa falta de inhibición pero, después de haber terminado de haber des a Mateo y de haberlo llevado hasta la cama, se dio cuenta de que no le importaba ese detalle. Una vez que él se acomodó entre los almohadones, estiró la mano, pero Ava se alejó de su alcance. Con la luz de luna detrás de ella, se tomó el tiempo para desabrocharse la blusa y quitarse la falda. De pie frente a Mateo, con solo un conjunto de ropa interior negro de encaje, Ava se soltó el pelo recogido. Lo sacudió y lo recorrió con los dedos.

—Ven aquí —ordenó Mateo desde la cama. Su voz estaba llena de placer.

Ava sonrió ante la evidente reacción por sus acciones.

—¿No estás disfrutando del show? —Sin aguardar respuesta, contoneó las caderas y dejó caer la ropa interior. Mantuvo la vista sobre Mateo mientras desabrochaba el sostén. Estaba muy oscuro para ver su expresión con claridad, pero sabía que la luz de la luna era suficiente para que él viera lo que ella hacía. Sabía que la deseaba tanto como ella a él. La necesitaba tanto como ella a él.

—Ava, ven a mí. —Mateo abrió los brazos—. Por favor.

Ava no dudó. Se acercó a la cama y tomó la mano de Mateo. Mientras él la atraía hacia sus brazos y comenzaba a acariciar su cuello con la nariz, ella echó la cabeza

hacia atrás y se abrió completamente a la experiencia de sus caricias. No tenía dudas sobre amar a Mateo esa noche. Al día siguiente sus problemas seguirían allí, pero esa noche no era acerca del futuro. Era acerca del momento. Esa noche era solo para ellos.

Capítulo once

El clima el día de la boda fue un regalo. Mateo estaba de pie junto a la ventana en la habitación de su abuelo y observaba a su familia trabajar a destajo para transformar el patio en un oasis matrimonial. Estaban trabajando duro desde el desayuno y solo habían tomado un breve descanso para almorzar. No podía estar más orgulloso de su familia por sus cariñosos esfuerzos. Y no sabía si podía estar más avergonzado de sí mismo por sus engaños. Lo dudaba.

—Ven aquí, Mateo. —El anciano golpeteó el espacio vacío junto a él.

Mateo le sonrió a su abuelo mientras se acomodaba en la silla.

—Deberías estar en cama, abuelo.

Joaquín sacudió la mano con desdén.

—Bah, estuve descansando todo el día por orden de tus tías. Me siento como un niño que debe dormir la siesta bajo estricta supervisión antes de que le permitan quedarse despierto hasta tarde con los adultos.

—Es porque te queremos. —Mateo estiró la mano y acarició el brazo de su abuelo—. Nadie quiere que te canses.

Su abuelo palmeó la mano de Mateo con suavidad.

—Pero ninguno de ustedes entiende, Mateo. Yo quiero cansarme.

—Pero el médico dijo...

—No importa el médico. ¿Es Dios? No lo creo. —Joaquín respiró profundo y sacudió la cabeza—. ¿Quién quiere vivir una vida en la que esté descansado al final? Yo no, hijo, yo no. ¿Y sabes por qué?

Mateo sonrió ante la frase familiar que siempre precedía a una perla de sabiduría.

—No, dime.

—Porque quiero morir habiendo vivido una vida lo más plenamente posible. Cuando me encuentre con Dios, quiero poder decirle: “Señor, desgasté mi cuerpo viviendo una buena vida y casi desgasté mi corazón amando a mi familia hasta más no poder”. —Sonrió y asintió—. Hice las dos cosas, Mateo. Mi cuerpo está a punto de rendirse al cáncer, así que el desgaste está a punto de concluir. —Oprimió la mano de su nieto—. Y espero que cada miembro de esta familia sepa que los he amado con todo lo que tenía adentro.

Mateo cerró los ojos ante las lágrimas.

—No creo que hubieras podido amarnos más, abuelo.

—Bien, bien. Ahora, hay un secreto para un matrimonio feliz que quiero que sepas.

Mateo asintió.

—Te oigo.

Su abuelo rio por lo bajo.

—Ese es un buen comienzo. Oye a tu esposa. Escúchala. Valórala. Protégela. Quiérela. Ámala. Cada día por el resto de su vida.

¿Por el resto de su vida? Mateo ni siquiera estaba seguro de que Ava se presentara ese día. No después del modo en que le había hecho el amor y se había ido temprano por la mañana sin siquiera despedirse. No después de lo poco que le había hablado cuando habían ido al centro a buscar la licencia de matrimonio. No la había visto ni había hablado con ella en más horas de las que podía contar. Teniendo en cuenta que no sabía si iba a haber una boda ese día, “el resto de su vida” parecía demasiado para siquiera considerarlo.

—Haces que parezca sencillo.

—El amor y la lealtad no son cosas complicadas, Mateo.

Mateo se puso de pie y se acercó a la ventana, más por el hecho de que su abuelo no le viera la cara que por controlar cómo iban los preparativos de la boda. Suspiró.

—¿Qué sucede, hijo?

Cerró los ojos frente al dolor que le oprimía el corazón. Se volvió hacia su abuelo.

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué exactamente? —indagó su abuelo.

Mateo dudó. No ansiaba el futuro sin la fuente constante de sabiduría, de amor y de guía de su abuelo. Pero eso no era miedo, sino una profunda y dolorosa sensación de pérdida. Sin embargo, respecto de Ava, Mateo tenía miedo. Miedo de haber cometido un gran error al proponerle matrimonio y miedo por haber permitido que las cosas se salieran de control al punto de haberle hecho el amor antes de la boda.

—Tengo miedo de lastimar a Ava, y eso es lo último que desearía hacer.

El anciano asintió comprensivamente.

—¿La amas?

Mateo no dudó.

—Sí, la amo. —Enseguida se sintió extraordinariamente mejor por haber podido decir la verdad. Porque si hay algo que sabía sin lugar a dudas era que se había enamorado de Ava McKenna.

—Ah, entonces estarás bien, Mateo. Tu vida será feliz si la mujer que amas es feliz. Ese es el secreto. Ama a Ava y asegúrate de que sea feliz.

Mateo se obligó a sonreír.

—Gracias, abuelo. —Aclaró su garganta por la emoción que le quebraba la voz—. Por todo.

Joaquín Ortega sonrió y se tocó el corazón.

—Por nada, hijo, pero yo debería agradecerte a ti. Ningún hombre podría tener una familia más maravillosa que la que tu abuela y yo tuvimos, y tú has sido siempre un tesoro especial para nosotros. Nos has hecho sentir orgullosos, mi querido nieto.

Unos golpes suaves a la puerta interrumpieron las siguientes palabras de Mateo. Era su tía Sylvia.

—Mateo, ¿dónde está tu novia? —Un leve ceño fruncido alteraba su rostro siempre apacible.

Mateo sintió un nudo en el estómago, pero mantuvo la expresión serena.

—Con Claudia y las chicas, supongo. —Echó un vistazo a su abuelo antes de encogerse de hombros—. No la he visto.

—Al menos hablaste con ella, ¿no?

Lo había intentado. El Cielo sabía que había intentado comunicarse, pero ella no había respondido las llamadas ni los mensajes de texto.

—No, tía.

—¿Por qué está sola? ¿Quién la irá a buscar?—preguntó ella. Sacudió la cabeza—. Son casi las cuatro. Debería estar aquí. ¿Qué harás para encontrar a Ava?

El padre de Sylvia hizo un gesto con la mano.

—Deja a la pobre niña tranquila, Sylvia. Tal vez solo quiera un momento a solas antes de unirse a esta loca familia. —La sonrisa contradecía las duras palabras—. Es una mujer maravillosa, Mateo. Hiciste un gran trabajo eligiendo pareja.

Mateo lo observó. Quizás para su abuelo así lo parecía, pero Mateo sabía la verdad. No había hecho más que arruinar todo desde el momento en que había tramado toda esa ridícula farsa. Le había mentado no solo a su abuelo, sino a toda la familia. Se había enamorado de Ava McKenna y, lo peor de todo, parecía haberla alterado tanto que había desaparecido.

—No puedo seguir haciendo esto. —Las palabras salieron de su boca antes que se diera cuenta de lo que había hecho. Su tía se aferró a su elección de palabras.

—¿Qué no puedes hacer, Mateo? —Miró a ambos hombres—. ¿Qué quiere decir, papá?

—Él está bien, Sylvia, solo vete. —Señaló la puerta—. El chico está algo nervioso, como cualquier hombre racional lo estaría el día de su boda. Él está bien. Ava está bien. Solo danos un minuto.

Después de que Sylvia había abandonado la habitación a regañadientes, Mateo suspiró.

—Abuelo, lo que quise decir... —pero no pudo decir más antes de ser interrumpido.

—Sé lo que quisiste decir, Mateo. Y sé lo que sucede.

Mateo abrió aún más los ojos.

—¿Lo sabes?

Su abuelo asintió con expresión de sabiduría.

—Tienes miedo de estar cometiendo un error. Tienes miedo de que Ava no sepa lo que quiere. Y eres un tonto por pensar ambas cosas.

Eso no era lo que Mateo esperaba oír.

—Tonto —continuó su abuelo— porque no te estás dando suficiente crédito. Más que tonto porque tampoco le estás dando crédito a Ava. Ella sabe lo que quiere. No podrías hacer que se casara contigo si ella no quisiera. Solo confía en que esto está destinado a suceder. Fe, hijo, ten fe. Tu novia aparecerá.

—¿No va a responder?

Ava miró al hombre frente a ella, luego a su celular y de nuevo al hombre. Tuvo que pensar un momento para recordar su nombre: Joe.

—No, Joe, no lo haré.

Él se encogió de hombros.

—Como quiera. —Volvió a fijar su atención en las llaves que tenía en la mano, pero solo por un segundo—. Ha estado sonando como loco. ¿No le da curiosidad saber quién está intentando contactarla?

Ava sacudió la cabeza.

—Algo anda mal. Cuando contesto, la llamada se corta. Y no puedo leer los mensajes de texto. Solo puedo oír el alerta de que alguien intenta contactarme. Ha estado así durante todo el día. —Apagó el aparato—. Entonces, ¿qué opina?

—¿Sobre qué?

Ava dominó su expresión para no dejar que la frustración aflorara. No era el momento ni el lugar para perder la paciencia.

—Sobre el auto. ¿Qué vamos a hacer?

Él se encogió de hombros. Otra vez.

Ava se mordió el labio por dentro. Marti la había llamado al departamento y le había dicho que todos en la oficina habían colaborado para alquilar una limusina, de modo que Ava pudiera llegar a la casa de los Ortega con estilo. “Solo porque insististe en prepararte sola para la boda no quiere decir que debas estresarte manejando tu convertible”, había comentado Marti. A Ava le había conmovido el gesto entonces, pero en ese momento extrañaba su propio auto.

—Bueno —dijo Joe como si tuvieran todo el tiempo del mundo—, supongo que deberíamos llamar a una grúa.

—Gran idea —opinó ella, sin poder evitar que un poco de sarcasmo se colara en su voz. Estiró el cuello para observar el guardabarros delantero de la limusina negra, que estaba abollado contra una valla de metal blanca y naranja. Tal vez el auto estaba en condiciones de funcionar si no fuera por las dos ruedas delanteras pinchadas. Y, para ser más precisos, Ava no estaba segura de que el conductor estuviera completamente sobrio. Viéndolo manejar el celular torpemente, se dio cuenta de que haber chocado la valla no había sido lo peor que podría haber ocurrido. Aunque no se sentía particularmente afortunada por estar atrapada en medio de la ruta camino a su propia boda, al menos el conductor no había provocado un accidente múltiple con dieciséis autos y numerosos heridos. —¿Qué sucede?

Joe sacudió el celular con la fuerza de un artista de grafitis que sacude el aerosol.

—No logro conseguir señal.

Ava tomó el teléfono e intentó marcar el número que él le había dado, pero recibió el mismo mensaje de que el servicio no estaba disponible. Le devolvió el aparato.

—Increíble. —Sacó su propio teléfono y volvió a intentar, pero tampoco tenía señal. Gruñó. La maldita cosa había estado sonando sin parar por lo que parecieron horas y justo cuando ella necesitaba hacer un llamado no servía para nada.

—Tal vez sean las montañas —sugirió Joe—. Señaló la montaña Camelback. Miró a su alrededor e hizo una mueca—. Supongo que podríamos caminar.

Ava lo miró incrédula.

—Joe, por casualidad, ¿se dio cuenta de lo que llevo puesto?

Él inclinó la cabeza y la miró como si fuera la primera vez que notaba el vestido de novia.

—Oh, claro, tal vez no quiera que el vestido se ensucie.

Ava asintió.

—Bingo. Los tacos de diez centímetros son otra razón por la que no creo que caminar sea una buena idea. —Se dio vuelta con cuidado de mantener el vestido alejado de la tierra. No había otros automóviles a la vista, lo que era algo raro. Esa parte de Scottsdale tenía tránsito constante de día y de noche—. Joe, por casualidad, ¿no habrá pasado un cartel que decía “Desvío” un poco más atrás?

El conductor tuvo la decencia de desviar la mirada.

—Tal vez. Tal vez lo haya hecho ahora que lo pienso. —Bajó la mirada hacia sus pies y luego la levantó para mirar a Ava. La confusión estaba clara en su rostro—. ¿Cree que tomé el camino equivocado?

Ava cerró los ojos y contó hasta diez. Despacio.

—Parecería que sí.

—¿Alguna idea sobre qué debemos hacer ahora? —Su expresión era de esperanza.

Ella suspiró. ¿Qué otra cosa podían hacer más que aguardar a que otro conductor pasara por allí o a que la señal del celular se restableciera? Aparentemente, tenía que explicárselo a él.

—Este es el plan, Joe: regresaré dentro del auto para que mi vestido no se ensucie. Continuaré revisando el celular por si la señal regresa. Usted aguarde aquí y mire si alguien pasa para poder hacerle señas. ¿De acuerdo?

Él asintió y se corrió para abrirle la puerta.

—¿Quiere algo de beber? Tengo una botella guardada para emergencias.

—Gracias, Joe, pero no creo que una bebida nos ayude a ninguno de los dos en este momento. —Ava entró al auto y con cuidado acomodó la falda con la mayor elegancia posible antes de cerrar la puerta de un golpe.

Se apoyó contra el cabezal, dividida entre el deseo de reír y de llorar. Mateo podría verle el lado gracioso a la situación, eso lo sabía. Una sonrisa se asomó por la comisura de sus labios. Era casi imposible pensar en él sin sonreír. Su sentido del humor la hacía feliz, y ella valoraba la voluntad de él de ver el vaso no solo medio lleno, sino rebosante.

Y la otra noche, cuando habían hecho el amor, había sido una experiencia maravillosa. La mejor parte había sido la conexión emocional tácita mientras se acariciaban, mientras se conectaban con el otro. Ninguna mujer podría haber deseado una pareja más atenta. En el transcurso de una noche, Mateo Ortega la había arruinado para otros hombres para siempre. Incluso cuando se había despertado y había visto que él ya no estaba, no se había molestado. Ni sorprendido. La tristeza de Mateo por la enfermedad de su abuelo y la culpa por haber sido deshonesto con la familia lo estaban carcomiendo.

Ella miró por la ventanilla con la esperanza de ver pasar algún auto, pero la ruta estaba desierta. Intentó utilizar el celular otra vez, pero seguía sin señal. Se acomodó en el asiento y cerró los ojos ante las lágrimas que querían derramarse. Lo último que necesitaba era arruinar el maquillaje porque no caminaría por el pasillo con rastros de rímel en el rostro. E iba a caminar por ese pasillo, de algún modo, de alguna manera.

—Aguárdame, Mateo —suspiró en el silencio de la limusina—. No pierdas la fe en mí.

Capítulo doce

Mateo estaba parado junto a las puertas francesas que daban al patio, donde los invitados a la boda circulaban de un lado a otro. Las conversaciones eran en voz baja, y el sol ya estaba bajo. Debía admitir que todo se veía perfecto. Se había instalado una carpa blanca con mesas redondas para la recepción. Había filas de sillas plegables a ambos lados de un camino de losas, que llevaba a un arco blanco adornado con moños de raso color lavanda. La fragancia de las rosas impregnaba el aire primaveral. Era el marco ideal para una boda. Excepto que la novia llevaba dos horas de retraso.

—Mateo —su primo Juan le tocó suavemente el hombro—, ¿has podido comunicarte con Ava?

Mateo sacudió la cabeza. Cruzó la mirada con la de Juan por un instante y luego volvió a centrar la atención en los invitados. La mirada de lástima de su primo no era fácil de soportar. No tenía duda de que gran parte de la conversación en el patio trataba sobre la novia ausente.

—¿Mateo? Vamos, hombre, dime qué sucede para poder ayudarte.

Mateo volvió a sacudir la cabeza.

—No sé dónde está.

—¿La llamaste? —La expresión de Juan era de empatía.

—Muchas veces. También le envié mensajes de texto, pero no responde. —Tenía que enfrentar los hechos—. Es evidente que no quiere hablar conmigo. —Eran palabras duras para tener que decir en voz alta.

—No, hombre, no es eso— replicó Juan—. Los vi juntos, vi cómo la mirabas y cómo ella te miraba. Lo que pasa entre ustedes es verdadero.

¿Verdadero? Las palabras de Juan fueron como una patada en el estómago. Estaba claro que había traumatizado a Ava lo suficiente como para que ella no pudiera ni siquiera llamarlo. Maldición. Ella se merecía algo mejor. Y además estaba su abuelo. Mateo podía verlo sentado en su silla de ruedas, en la primera fila, entre dos sillas plegables.

Mateo sabía que debía hacer lo correcto. Se volvió hacia Juan.

—Necesito que les pidas a todos que se sienten.

Juan levantó las cejas.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo correcto.

Era obvio que Juan no había comprendido, pero salió e hizo lo que Mateo le había solicitado. Cuando todos se sentaron y la música dejó de sonar, Mateo salió. Era extraño caminar por el pasillo por el que la novia debería haber caminado. A mitad de pasillo se detuvo y miró a los allí reunidos. Parecía que todos tenían expresión de empatía. Lo embargó una profunda gratitud hacia toda su familia y, al mismo tiempo, un profundo deseo de tener a Ava a su lado. La primera bendición la tendría siempre; la segunda no la tendría nunca. Luego de una pausa, continuó caminando hasta que se detuvo nuevamente y giró hacia los invitados.

—No sé si comenzar por agradecerles o por pedirles disculpas por el retraso. —Mateo aclaró su garganta—. Empezaré por decirles, desde el fondo de mi corazón, gracias por todo esto. —Señaló el oasis matrimonial que habían creado entre todos—. Ningún hombre podría pedir una familia más maravillosa. Nunca podré pagarles tanta amabilidad, pero continuaré intentándolo. —Colocó la mano sobre el corazón—. Gracias.

Para entonces, la familia parecía haber incorporado su melancolía porque permanecieron en silencio y aguardaron a que él dijera algo más. Se lo debía. Miró a su abuelo, quien lo observaba con una expresión pensativa que le rompió el corazón a Mateo.

—Ava está...

—Retrasada —gritó su sobrino de nueve años.

Mateo sonrió a medias mientras la familia recibía la inocente interrupción con una risa incómoda. Cuando hubo silencio, tomó coraje y volvió a intentarlo.

—Ava no puede...

—Disculpase lo suficiente por el retraso y por haberlos hecho esperar tanto.

Mateo levantó la vista y se le cortó la respiración. Ava. Estaba allí.

Ava sonrió aliviada cuando la familia Ortega rompió en un aplauso espontáneo al darse vuelta y verla. No esperaba que la echaran a la calle, pero podía imaginar lo que habrían pensado cuando ella no había llegado a tiempo. Sus ojos encontraron los de Mateo y el tiempo pareció detenerse. “Respira, Ava, respira”, oyó decir a una pequeña parte de su inconsciente. Sin embargo, no era tarea fácil. El patio de los Ortega, donde había jugado cuando era niña y pasado momentos durante su adolescencia, había sido transformado en el lugar ideal de toda novia para celebrar una boda. El hombre de esmoquin negro, parado al final del pasillo, que se veía más atractivo de lo que cualquier hombre tenía derecho a ser, era un sueño hecho realidad.

Un guitarrista comenzó a tocar una melodía latina, y los invitados empezaron a conversar en voz baja. Mateo nunca dejó de mirarla mientras se dirigía hacia ella. El pulso de Ava se aceleraba a medida que él se acercaba.

—Ava. —Se detuvo justo frente a ella—. Viniste. Pensé... —Su voz se apagó por la indecisión.

—Lo siento, Mateo. Tuvimos un pequeño accidente, y mi celular no tenía señal y, cuando por fin llegó la policía, tuve que declarar porque el conductor no pasó la prueba de alcoholemia, y no lo hizo porque se tomó dos botellas mientras aguardábamos, y la policía fue muy amable en organizar mi traslado, y aquí estoy —soltó de golpe—. Lo siento.

—¿Policía? ¿Accidente? —Sacudió la cabeza para despejar la confusión—. ¿Te encuentras bien? —Achicó el espacio entre ellos y le tomó la cabeza entre las manos—. Dios mío, Ava, no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Pensé que habías cambiado de opinión después de lo que había sucedido la otra noche.

Ava pudo sentir un suave rubor en las mejillas, pero no desvió la mirada.

—Al contrario.

—¿Al contrario? —El tono de Mateo era suave y su mirada intensa, como si quisiera asegurarse de que la había comprendido.

Ella levantó una mano y la colocó sobre el corazón de él.

—Después de haber estado juntos, quise darte algo de espacio para pensar. Todo esto ha pasado demasiado rápido. Pensé que era justo darte la oportunidad de estar seguro de querer seguir adelante con la boda.

Mateo permaneció en silencio por un largo momento antes de hablar y, cuando lo hizo, su voz era tan baja que Ava apenas podía oírlo.

—¿Quieres decir que deseas casarte conmigo?

Ava sonrió.

—Estoy aquí, ¿no? Tarde, lo sé, pero no me alejé. Esa no sería mi elección.

Él levantó las cejas.

—¿Quieres estar conmigo?

—Sí, Mateo. Por el tiempo que me aceptes.

Con una brusquedad que la sorprendió, Mateo la atrajo hacia sus brazos y la besó. El beso fue tanto suave como posesivo. Ava se aferró a él porque no confiaba en que sus rodillas la sostuvieran cuando él la soltara.

—Oye, Mateo —gritó uno de sus primos—, hagamos esto legal.

Una ola de risas y aplausos siguió a sus palabras. Mateo retrocedió y Ava le sonrió. Luego ella le limpió un rastro de lápiz de labios que le había quedado en la boca.

—¿Qué opinas, Ava? —preguntó Mateo en un tono tan bajo que solo ella podía oírlo—. ¿Lo hacemos?

Ella lo miró a los ojos y asintió.

—Me gustaría mucho.

Aunque había planeado caminar sola por el pasillo, cuando Mateo le tomó la mano izquierda y la colocó en el dobléz del codo, ella no se opuso. De algún modo parecía adecuado que enfrentaran juntos la ceremonia. Al igual que deberían, con el tiempo, enfrentar la disolución del matrimonio, pero no quería pensar en eso en aquel momento. Miró a Mateo y sonrió. Cuando él estaba tan cerca de ella, y cuando la miraba con tanta amabilidad y cariño en sus ojos, era como si nada más importara.

Mateo se inclinó para que solo ella lo escuchara.

—Te ves preciosa.

—Me alegra que pienses eso. —Respiró profundo para tomar coraje—. Estoy lista.

Él asintió y le hizo una señal al guitarrista para que comenzara a tocar. Profundamente emocionada por las sonrisas amables y los rostros felices de quienes los miraban, Ava se dio cuenta de que se estaba aferrando al brazo de Mateo con más fuerza de la necesaria mientras caminaban por el pasillo. No quería llorar. No en ese momento. No después de haber logrado llegar cuando había estado a punto de perderse su propia boda. Pero, si algunas lágrimas se asomaban, serían de felicidad. Su mente sabía que eso no era real, que todo era un espectáculo para el abuelo de Mateo, pero su corazón quería fingir. Por lo menos ese día.

Cuando llegaron al final del pasillo, Ava le entregó el ramo a Claudia con una sonrisa de agradecimiento.

El sacerdote les sonrió.

—Sé que hablo en representación de todos cuando digo que estoy feliz de que pudieras llegar, Ava.

Una ola de risas recorrió a todos los allí reunidos. Ava también rio; había demasiada felicidad en el aire como para no hacerlo.

—También sé que hablo por todos al decir que tu bienvenida a la familia Ortega es sincera, absoluta y sin reservas. La decisión de Mateo de pedir tu mano en matrimonio, tu decisión de aceptar, y los votos que intercambiarán frente a Dios y a su familia en el día de hoy los unirán por el resto de una vida de amor y unión. Pedimos la bendición del Señor.

La siguiente etapa de la ceremonia pasó volando. Dos de los sobrinos de Mateo hicieron las lecturas: uno de los pasajes era de la carta de Pablo a los Corintios. Luego, una sobrina cantó el *Ave María*. Su voz era potente y dulce, y Ava no fue la única que tenía los ojos húmedos cuando la joven terminó de cantar.

Cuando llegó el momento de intercambiar votos, Ava se volvió hacia Mateo. Lo miró y se sorprendió al darse cuenta de que estaba nervioso. Era la primera vez que veía a Mateo Ortega con otra actitud que no fuera tranquila y relajada. Ella le sonrió con dulzura y se vio recompensada con una sonrisa de agradecimiento.

—Mateo, ¿creo que has escrito tus propios votos? —preguntó el sacerdote.

—Sí, lo hice.

Ava sintió que le oprimía suavemente la mano y, cuando él le sonrió, fue como si estuvieran solos en el patio.

—Mi dulce Ava —comenzó Mateo—, me has hecho el gran favor de aceptar ser mi esposa. —Hizo una pausa—. No hay palabras para expresar mi gratitud por tu confianza y tu fe en mí. Hoy te prometo frente a Dios, a la familia y a los amigos que trataré a tu corazón con dulzura por el resto de nuestros días juntos.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de Ava. Sabía que podía confiar en que él sería amable y dulce hasta que fuera momento de despedirse.

—¿Ava?

Sobresaltada, miró al sacerdote.

—¿Tus votos para Mateo?

Ella asintió pero, cuando intentó hablar, tenía un nudo en la garganta por las lágrimas. Cerró los ojos para tratar de contenerlas.

—Ava —Mateo acercó la mano y le tocó la mejilla. Se inclinó y le susurró—: ¿qué sucede? ¿Te encuentras bien?

No, no lo estaba. Era como si su corazón por fin se hubiera puesto a la altura de la razón. Le dolía reconocer la pena de amor que le esperaba. Abrió los ojos y se encontró de golpe con la preocupación en el rostro de Mateo. Ella le sonrió.

—Estoy bien.

—¿Estás segura? —Escudriñó su mirada—. Porque si...

—Estoy muy bien —lo interrumpió, con cuidado de mantener un tono alegre.

Él sonrió.

—Mateo —comenzó—, el día en que volviste a mi vida será siempre más especial para mí de lo que imaginas. En tan poco tiempo me has demostrado tanta amabilidad y tanta dulzura, y es algo que atesoraré por el resto de mis días. Tu manera de amar es tan completa, tan honesta y tan generosa que me siento bendecida por poder llamarte “esposo”. Gracias.

En respuesta, Mateo levantó las manos de ella y las besó una por vez.

La familia Ortega explotó en un aplauso espontáneo. Después de un momento, el sacerdote levantó una mano para pedir silencio. Le hizo señas al padrino para que le diera los anillos y los mantuvo en alto.

—Mateo y Ava, rogamos que estos símbolos de amor eterno sean utilizados durante largos, felices y saludables años de matrimonio. —Le entregó el anillo de Ava a Mateo.

—Ava, acepta este anillo como símbolo de mi devoción a ti —expresó Mateo mientras le colocaba la alianza.

Ella se quedó observando el anillo de oro y se preguntó si alguien se habría dado cuenta de que él no había dicho “amor” y de que solo había prometido devoción. Tomó el anillo de él, que le entregó el sacerdote, y miró a Mateo.

—Mateo, acepta este anillo como símbolo de mi devoción a ti —dijo ella, con la idea de que repetir las palabras de él era lo correcto.

El sacerdote sonrió y continuó con el resto de la ceremonia. Después de que los dos habían dicho: “Acepto” en el momento correspondiente, los giró para que ambos enfrentaran a la familia.

—Me complace presentarles al señor Ortega y a la señora Ortega.

Mientras la música volvía a comenzar, Ava se tomó del brazo de Mateo y él la guio de regreso por el pasillo de losas. El sonido de risas y conversaciones llenaba el

aire. Ava sonreía mientras Mateo la llevaba adentro de la casa. Una vez allí, él se inclinó y le besó la frente.

—Gracias, Ava.

Ella no supo cómo responder, pero se salvó de tener que decir algo porque el fotógrafo llegó para llevarlos a hacer las fotografías. El resto de la velada pasó en un torbellino de familia, comida, música y baile. Cuando llegó el momento de cortar el pastel, a Ava le temblaba un poco la mano mientras sostenía el cuchillo, pero solo fue hasta que Mateo colocó su mano sobre la de ella. Su caricia reconfortante no solo estabilizó su pulso, sino que también le hizo sentir una calidez en el corazón que nunca antes había experimentado. No quería que la magia de la noche terminara pero, luego de varias horas, mucho después de que el abuelo de Mateo se había retirado, ella y Mateo se despidieron de la familia agradecidos.

Mientras ambos se dirigían hacia el auto que los aguardaba, el desasosiego invadió a Ava. Ella y Mateo habían seguido hasta el final con sus planes de matrimonio. Pero ¿qué sucedería a continuación?

Capítulo trece

Aunque Ava había tenido la boda de sus sueños, la primera noche de casada no podría haber sido más incómoda. Gracias a los tíos de Mateo, tenían reservada la suite nupcial en uno de los complejos turísticos más hermosos de Scottsdale. Llegaron en la limusina que otro primo Ortega había alquilado para ellos y, cuando el auto se marchó, el servicio de botones se encargó de las maletas. Mientras Mateo se dirigía a la recepción para registrarse, Ava se sentía extrañamente vacía. Como Cenicienta después de la medianoche.

Una vez en la suite, Ava observó impotente mientras Mateo salía al balcón, donde se quedó con la mirada perdida en la noche. Estaba extrañamente callado, y ella se preguntó si el arrepentimiento ya lo había golpeado.

—Iré a cambiarme —informó ella, pero no hubo respuesta. Se dirigió al dormitorio y abrió el bolso de viaje. Claudia la había ayudado a cambiarse el vestido de novia en casa de los Ortega y le había prometido encargarse de llevarlo a la tintorería. Ava se había puesto un vestido sin mangas, de seda shantung, de color azul claro, para el corto viaje hasta el complejo turístico. Metió la mano en el bolso y sacó el estuche de maquillaje y una muda de ropa para el día siguiente. Dejó todo a un lado y buscó el camisón y la bata.

En lugar del modesto conjunto de camisón y bata de raso color melocotón que había empacado, sacó un body de color rojo fuerte. Ava sostuvo la lencería de raso para examinarla. Apenas era un retazo de tela. Volvió a meter la mano en el bolso y tanteó el interior. Lo primero que encontró fue un sobre. Lo abrió y sacó una tarjeta: “¡Feliz noche de bodas a mi nueva prima! No hubo tiempo para una despedida de soltera apropiada, así que improvisé. ¡Diviértete! Besos y abrazos, Claudia”. Ava sacudió la cabeza, sin saber si reír o gritar. Eso era típico de Claudia, y Ava debería haberlo visto venir. Con algo de temor por ver qué más iba a encontrar, volvió a rebuscar en el bolso y sacó una bolsa de regalo con papel de seda blanco y rojo. Con una cautela como si estuviera desarmando una bomba, Ava quitó la primera capa de papel y sacó una botella de plástico.

Al principio creyó que era loción, pero la foto en la etiqueta mostraba que era algo completamente distinto. La arrojó dentro de la bolsa. El segundo artículo que sacó era un paquete de ropa interior comestible. ¿En serio? Ava solo podía imaginar lo divertido que le resultaría a Claudia contar la historia del intercambio de ropa para la luna de miel. Gruñó.

—Pensé que te ibas a cambiar.

Ava giró y vio a Mateo apoyado sobre el marco de la puerta. Se había quitado el saco del esmoquin, aflojado la corbata y arremangado las mangas. Sostenía un vaso con hielo y un líquido color ámbar.

—Iba a hacerlo. Voy a hacerlo. —Solo que no tenía idea de qué se iba a poner. Siguió la mirada de Mateo hasta la tela roja en sus manos. Repentinamente avergonzada, se apresuró a dar una explicación—. Claudia envió esto.

Mateo levantó las cejas, pero su expresión permaneció impasible.

—No me extraña.

—¿Qué sucede? —Ava no quería dejar escapar esas palabras, pero se alegró de haberlo hecho. Había que aclarar las cosas—. ¿Qué ocurrió?

—Nos casamos. —Bebió un largo trago de lo que fuera que había en el vaso.

Ava guardó la lencería en el bolso.

—Sí, lo sé. Estaba allí. Pero ¿qué sucedió para cambiar tu humor de manera tan drástica?

En respuesta Mateo dio media vuelta y se dirigió al mueble bar.

Ava lo observó desde la puerta mientras se servía otro trago. Se cruzó de brazos. Podría haber tenido la boda con la que toda mujer sueña, pero la luna de miel no había comenzado con el pie derecho. Nunca había visto a Mateo así, tan poco comunicativo. A diferencia de muchos hombres, él tenía la capacidad de expresar sus sentimientos y de ser extremadamente sensible a las necesidades de ella. En aquel momento, no estaba logrando ninguna de las dos cosas.

—Sírvenme uno a mí también. —Atravesó la suite y estiró la mano con expectación—. No es justo si vas a divertirme sin mí.

Mateo arrojó lo que quedaba en su vaso a la pileta.

—Eso no sería justo, ¿no? —La miró durante un largo momento—. Lo siento— dijo al fin.

Ava se acercó y colocó una mano sobre su hombro con suavidad.

—¿Por qué?

Él giró para mirarla.

—Cielos, Ava, por todo. Creé todo este enorme embrollo y tú quedaste en medio.

Ella lo observó. Un intenso anhelo de consolarlo la invadió. Se acercó a él y le colocó una mano sobre el corazón.

—No quedé en medio. Y tú tampoco, Mateo.

Él cerró los ojos.

—Definitivamente se siente así.

—Mírame, Mateo —le ordenó. Cuando lo hizo, ella sonrió suavemente—. No quedamos en medio de nada y no estamos estancados. Cada decisión que tomaste, cada decisión que tomé, que tomamos, fue por una sola razón: ver a al señor O. feliz en sus últimos días. ¿Logramos eso hoy?

Él cubrió la mano de ella con una suya. Su caricia envió una ola de deseo a todo su cuerpo, pero estaba decidida a ignorarla.

—Lo hicimos, ¿no? —le recordó ella—. No sé de dónde sacó la fuerza, pero fue el alma de la fiesta.

—Es el alma de nuestra familia. —Mateo la rodeó con sus brazos y apoyó la mejilla sobre su cabeza—. Estuvo feliz.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Ava. Podía advertir un cambio en la voz de Mateo, como si hubiera encontrado algo de alivio. Se relajó apoyada en él. Se sentía muy bien. Suspiró.

—¿En qué estás pensando? —La voz de Mateo era atenta, amable.

—Estoy preocupada por ti. Te enfermarás o te volverás loco por toda la preocupación y la culpa que cargas. —Retrocedió solo un poco para examinar su rostro—. ¿Puedo pedirte dos favores?

Él sonrió a medias.

—Parece lo justo dadas las circunstancias. ¿Cuáles son?

—Primero, mientras el señor O. continúe entre nosotros, prométeme que aprovecharás el tiempo con él. Deja de castigarte.

Mateo asintió.

—Me casé con una mujer sabia. Tienes razón, lo sé. ¿Me ayudarás?

Ava lo abrazó más fuerte por la cintura.

—Siempre.

Él le sonrió.

—¿Cuál es el segundo favor?

—Ayúdame a buscar una bata. Gracias a Claudia no tengo nada que ponerme esta noche.

Mateo echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Pobre señora Ortega, claro que te ayudaré. —Se inclinó y le besó los labios suavemente—. Hay peores problemas, ¿sabes?

—¿De verdad? —Era el turno de Ava de reír—. Cuando veas lo que empacó para ti, también querrás una bata.

Él hizo una mueca.

—Tengo miedo de preguntar. ¿Qué envió?

Ava sonrió.

—Ropa interior comestible.

Ese momento de bromas alegres resultó ser el último momento relajado entre los dos. El primer mes de matrimonio fue una sucesión de días en que ambos pasaron siendo amables, pero distantes entre sí. Dormían en habitaciones diferentes. Ava sabía que, para un matrimonio basado en un favor, así debían ser las cosas, pero cuanto más tiempo pasaba con Mateo más deseaba un acuerdo diferente. Un matrimonio real. Era algo tonto; su mente lo sabía. Pero era su corazón el que se aferraba a la idea imposible de que ella y Mateo pudieran tener un futuro juntos.

Mateo seguía igual de considerado y bondadoso, así que ella no tenía de qué quejarse. Al contrario, no podía pensar en ningún otro hombre en el mundo que pudiera ser un mejor marido que Mateo Ortega. Pero, a pesar de toda su bondad, tenía cuidado de mantener sus emociones a raya y una cierta distancia emocional entre ellos en todo momento.

La mayoría de las horas después del trabajo no las pasaban en su casa, sino al lado, en casa de la tía Sylvia. Joaquín Ortega, quien ya estaba débil cuando se casaron, iba debilitándose más cada día. Se oponía rotundamente a que lo internaran en un hospital para enfermos terminales, y su familia respetaba esa decisión. El corazón de Ava se rompía una y otra vez al ver a los numerosos familiares que pasaban tiempo junto a la cama de él para cuidarlo, solo para quebrarse en llanto una vez que se alejaban y él ya no podía oírlos.

Ava se ofreció a pasar tiempo junto a la cama de él, casi siempre por las mañanas. Al principio había tenido un poco de miedo de que, al hacerlo, le trajera demasiados recuerdos desagradables de cuando su propia madre había estado enferma, pero ocurrió todo lo contrario: el tiempo que pasó con el señor O. de alguna manera la ayudó a reducir los recuerdos tristes. Cada vez más podía pensar en su madre sin que le doliera, con recuerdos amorosos que la hacían sonreír. Había llevado mucho tiempo lograrlo y quizás había sido en parte por la manera en que el señor O. recordaba el pasado: siempre elegía recuerdos alegres para comentar. Ava se dio cuenta de que durante mucho tiempo había cometido el error de enfocarse en los recuerdos tristes por haber perdido a su madre. No era de extrañar que el dolor y la pérdida hubieran durado tanto tiempo. Ahora que veía todo con una nueva claridad, vio que su marido estaba cometiendo el mismo error. Eso le rompió el corazón.

—¿Qué sucede, hija mía? —preguntó el abuelo de Mateo una mañana mientras ella estaba a su lado leyéndole.

Ava dejó el libro y suspiró.

—Estoy preocupada por Mateo.

—Entonces ya somos dos. —Respiró profundo. Cada día le costaba más hablar—. Mateo y yo siempre hemos sido muy unidos. Es un buen muchacho.

Ava sonrió dentro de su tristeza.

—Sí, se ha convertido en un buen hombre.

—Tú lo amas.

Era una afirmación, no una pregunta, pero Ava se sintió aliviada por poder responder con la verdad.

—Sí.

—Él también te ama. —El señor O. cerró los ojos.

Ava se alegró de poder limpiarse una lágrima sin que el anciano la viera. Su marido la estimaba. Eso podía creerlo. Pero ¿amarla? No. Aun así la satisfacía que el señor O. creyera que su nieto la amaba. De eso se trataba todo aquello y ella debía recordarlo.

El anciano abrió los ojos. Estiró la mano para que ella la tomara.

—Cuando ya no esté, quiero que cuides el corazón de Mateo. Ámalo durante su tristeza sin fallarle, Ava. Prométemelo.

Ava asintió y le oprimió la mano con suavidad.

—Siempre lo amaré, señor O. Eso se lo puedo prometer.

—Gracias, dulce niña. —Hizo una pausa por unos momentos para estabilizar su respiración—. ¿Sabes lo que deseo?

Ava sacudió la cabeza. Tenía un nudo en la garganta por la emoción, pero se esforzó por sonar lo más natural posible.

—¿Qué?

—Poder ver a mi nieto.

—¿A cuál? —preguntó Ava—. Tiene tantos... —Y todos hacían el esfuerzo de visitarlo tan a menudo como podían.

—Son todos una bendición, mis verdaderas bendiciones. —Volvió a sonreír—. Pero me refería al bebé de Mateo. A tu bebé. Apuesto a que ella será preciosa.

De pronto Ava se sintió como si estuviera cayendo en picada. No quería tener esa conversación. La sola idea de tener un hijo con Mateo la llenaba de una sensación de vacío por lo que nunca podría ser.

—¿Ella?

Él asintió.

—Sé que el primero será una niña. No me equivoco con estas cosas. Hasta ahora no me equivoqué con mis nietos. Excepto con uno, pero no es un mal récord.

—Para nada —acordó ella. Intentó sacar de su cabeza la imagen de Mateo acunando en brazos al bebé de ambos.

—Disculpa a este anciano por hacer una pregunta delicada tan directamente, pero el tiempo no está de mi lado. ¿Mateo y tú comenzarán una familia?

Ava se salvó de tener que responder gracias a la llegada de una enfermera a domicilio.

—Lamento interrumpir —se disculpó la enfermera mientras dejaba su bolso al pie de la cama—. Es tiempo de que revise la vía, señor Ortega.

Ava se puso de pie y apartó el libro que debería estar leyendo en voz alta. Se inclinó y besó la mejilla del anciano.

—Pasaré mañana por la mañana si le parece, señor O.

Él sonrió.

—Sería maravilloso, Ava. —Le hizo señas para que se acercara y, cuando lo hizo, continuó—. ¿qué sucederá con los planes sobre el bebé?

Ava se esforzó por sonreír, aunque sentía que los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

—Podría decirse que estamos en proceso. —Apoyó una mano sobre el brazo de él—. Descanse todo lo que pueda hoy.

Después de una breve conversación con Sylvia y su marido, Ava se subió al convertible y se dirigió a la oficina. Su mente reflexionó sobre sus palabras de despedida hacia el señor O.: “Podría decirse que estamos en proceso”. Sacudió la cabeza. De alguna manera el deseo intenso de no agregar una mentira más a la lista la había hecho pronunciar esa frase absurda. Ni siquiera significaba algo. ¿En proceso de intentarlo? ¿En proceso de debatirlo?

Sin duda el señor O. pediría una aclaración durante la visita de la mañana siguiente, pero estaba bien. Se había propuesto preguntarle a Mateo esa tarde cómo quería manejar la situación. Eso le convenía ya que no quería pasar otro minuto pensando en tener familia con Mateo. Era un sueño imposible, y su corazón ya sufría demasiado.

—Intenta dormir, abuelo. —Mateo se inclinó y ajustó la manta debajo de las manos de su abuelo, como a él le gustaba—. Podemos hablar más tarde.

Joaquín sonrió débilmente.

—Esperar es una pérdida de tiempo.

Mateo se sentó en su silla y examinó el rostro de su abuelo. Desde que tenía memoria, ese rostro estaba arrugado y desgastado por la exposición al sol, por la exposición a la vida, si vamos al caso. Recordaba cuando tenía siete años y le había preguntado a su abuelo si todas las arrugas eran de preocupación. “Algunas —su abuelo había respondido—, pero la mayoría son de felicidad, de reír y sonreír. Son fáciles de ver porque son las más grandes”.

—Te amo, abuelo.

Joaquín sonrió.

—Lo sé. También te amo, hijo. Siempre lo hice y siempre lo haré.

Siempre. La palabra era como un cuchillo que se retorció en el corazón de Mateo. A él y a su abuelo casi se les acababa el tiempo juntos. Y era lo suficientemente maduro para saber que así era la vida; era lo suficientemente hombre para comprenderlo y aceptarlo. Pero el niño interior cargaba el peso de una tristeza insoportable.

—Estoy feliz por ti y por Ava —expresó su abuelo.

Mateo podría haber jurado que el abuelo le guiñó un ojo. Definitivamente había un brillo en sus ojos.

—Me alegra que estés aquí para vernos casados.

—Yo también, hijo, yo también. —Cerró los ojos—. Los tres serán muy felices.

Mateo le clavó la mirada.

—¿Los tres?

El abuelo, con los ojos aún cerrados, sonrió.

—Ava me contó sobre el bebé.

Capítulo catorce

Mateo se quedó con su abuelo hasta pasada la medianoche. La pequeña lámpara de la esquina despedía una suave luz. El ambiente estaba cálido. Y en silencio. Pero la expresión del anciano era de paz. Mateo, sin embargo, sentía de todo, menos paz. ¿Qué demonios le había dicho Ava a su abuelo sobre un bebé?

Era difícil de creer que le dijera a alguien que estaba embarazada cuando eso era algo imposible. Ni siquiera habían hablado sobre tener hijos. Y no era típico de Ava decir una mentira absoluta tan descaradamente. Pero ella había hecho todo lo posible por lograr que su abuelo estuviera cómodo y feliz. Tal vez creyó que la noticia de que Mateo sería padre lo alegraría. Y era evidente que así había sido.

Mateo se apoyó sobre el respaldo y cerró los ojos. La imagen de una Ava embarazada que le sonreía se coló en su mente. La idea de que ella llevara un niño suyo llenó de calidez su corazón, aunque sabía que era un sueño imposible. ¿O no? ¿Podría estar embarazada? No se atrevía a abrigar esperanzas.

Si bien su intención había sido mantenerse despierto, Mateo se quedó dormido. Cuando se despertó, miró rápidamente hacia la cama y lo tranquilizó ver que el

abuelo aún dormía. Su respiración era lenta y superficial, pero ese era el período más largo que Mateo recordaba haberlo visto dormir de corrido en semanas, así que había algo positivo. Lo que fuera que Ava le hubiera dicho sobre un bebé ciertamente había hecho feliz a Joaquín.

Un vistazo al reloj le dijo a Mateo que era probable que Ava estuviera durmiendo. Eso descartaba que le pudiera hacer preguntas esa noche, y quizás fuera mejor que evitara verla cuando fuera a la casa. Le estaba consumiendo todas sus fuerzas mantenerla a distancia. La boda había sido más de un mes atrás y cada día se sentía más atraído hacia Ava. Al mismo tiempo, una creciente sensación de temor lo invadía al pensar en el final del acuerdo. Cuando ella ya no estuviera en su vida, iba a ser como si las nubes hubieran cubierto el sol para siempre.

Se dio vuelta cuando la puerta de la habitación se abrió. Era el tío Oscar.

—Mateo, ve a casa —susurró—. Deberías estar con tu mujer.

Otra cuota de culpa resonó en la conciencia de Mateo.

—Puedo quedarme un poco más, tío. Tú debes ir a trabajar por la mañana, así que ve a descansar.

Oscar sacudió la cabeza.

—Me tomé unas semanas de licencia para estar con Sylvia. Va a necesitarme.

Lo que no dijo, lo que no necesitaba decir sobre estar allí para Joaquín, llenó de tristeza a Mateo.

—Me alegra que estés aquí por el bien de la tía —comentó—. ¿Crees...? —dejó que su voz se apagara, sin poder completar la pregunta en voz alta. ¿De verdad creía que iban a perder al amado patriarca tan pronto?

Oscar asintió en respuesta a la pregunta tácita.

—Lo creemos. —Miró hacia la cama—. Y debemos verlo como una bendición: tu abuelo está sufriendo más de lo que deja ver. —Colocó una mano sobre el hombro de Mateo—. Está listo para irse, hijo.

Mateo asintió. Le tomó un minuto completo confiar en que podría hablar.

—Me alegra que estén aquí.

—Ve a casa, Mateo. Te llamaremos si te necesitamos, lo prometo.

Mateo hizo lo que le había pedido, y cerró la puerta de la casa en penumbras lo más suavemente posible. Se dirigió hacia la casa de Ava, pero se quedó en la puerta por unos momentos en lugar de entrar. Miró al cielo. Las estrellas brillaban como nunca. Extrañaría a su abuelo cuando ya no estuviera. Y extrañaría a Ava cuando ella tampoco estuviera. Miró hacia la ventana de la habitación con la esperanza de ver un destello de luz que indicara que su mujer estaba despierta. Pero el cuarto estaba oscuro, lo que significaba que la conversación sobre el bebé debería esperar hasta la mañana siguiente. Un bebé. La sola idea lo hizo sonreír.

Ava se levantó a la mañana siguiente por el aroma a café. Y panceta. También pan francés. Miró el reloj. Eran más de las ocho. Sin duda, Mateo ya se habría ido a la escuela. Inhaló hondo y sonrió; se preguntó cuál de sus parientes nuevos había decidido hacer de duende cocinero. Se duchó rápido, se puso un solero blanco de piqué con amapolas rojas, y luego se peinó con una trenza francesa.

—Buen día —gritó mientras entraba a la cocina. Se detuvo en seco cuando vio a su marido junto a la cocina, con una espátula en una mano y con un plato en la otra—. ¡Oh!

—Buen día, Ava. —Pinchó varios trozos de panceta, los colocó sobre el plato, agregó unos huevos revueltos y una rodaja de pan de trigo recién horneado—. Espero que tengas hambre.

Ava tomó el plato que le había ofrecido.

—Gracias, huele delicioso. Por algún motivo estoy famélica. —Miró el reloj—. Pensé que ya te habías ido a la escuela.

Mateo apagó las hornallas y se volteó hacia ella. Su rostro evidenciaba dolor y falta de sueño, pero también algo más que no logró identificar.

—Quería hablarte sobre algo —explicó él. Le hizo una seña para que se sentara a la mesa—. ¿Café estaría bien?

Considerando que era adicta a la cafeína y que él lo sabía, la pregunta le sorprendió. Café estaba más que bien: era una necesidad.

—Por favor. —Lo observó mientras llenaba una taza con cuidado y le agregaba un poco de leche, justo como a ella le gustaba—. ¿Hay algo que quieras decirme, Mateo?

Él le entregó la taza y se sentó frente a ella.

—Iba a hacerte la misma pregunta.

Ava bebió lentamente un largo sorbo de café.

—No nos hemos visto lo suficiente como para tener una conversación completa.

—Lo sé, lo siento —dijo Mateo. Estiró la mano y cubrió la de ella.

Su caricia era cálida, y Ava se sorprendió por lo bien que la hizo sentir.

—No lo sientas, no quise decir eso —respondió—. ¿Cómo estuvo el señor O. anoche?

El espasmo de dolor que se reflejó en su rostro fue toda la respuesta que necesitaba. Le oprimió la mano.

—Parecía cómodo y por eso estoy agradecido. Pero el tío Oscar ha pedido licencia por emergencia familiar médica. —Suspiró—. Eso me dice lo que necesito saber.

A Ava se le cayó el alma al suelo. Nada de eso era, o debería ser, novedad para ellos. El señor O. era mayor, y el cáncer estaba en una etapa avanzada. Así que nada de eso sorprendió a nadie, pero el dolor, la inminente sensación de pérdida, era una carga muy pesada de soportar.

—Lo siento.

Se quedaron en silencio durante largos momentos antes de que Mateo señalara el plato.

—Debes alimentarte.

Ava miró la panceta y los huevos ahora fríos, y se le revolvió el estómago. Hasta el café tenía un sabor amargo. Alejó el plato.

—No puedo. Lo siento.

Para su sorpresa, Mateo sonrió. No podía entender por qué le había parecido remotamente gracioso, pero no iba a preguntar. Extrañaba esa sonrisa.

Él llevó el plato al mostrador y lo dejó junto a la cocina.

—¿Más café?

Ella sacudió la cabeza.

—No, gracias. —Se puso de pie y acomodó la silla—. Debo ir a la oficina. A menos que me necesites aquí.

Mateo se masajeó la sien y cerró los ojos por un segundo.

—No, vete. Pero, Ava... por favor, ten cuidado.

—Claro que sí. —Se dio vuelta para marcharse, pero su corazón quería que se quedara. Se volvió hacia él. Su expresión estaba tan llena de tristeza que no podía soportar no consolarlo. Caminó hacia donde estaba él, pero la incertidumbre la hizo dudar. No habían tenido contacto físico desde la boda. ¿Recibiría bien una caricia suya?—. ¿Quieres que me quede contigo?

En respuesta, Mateo estiró los brazos y la atrajo hacia sí. Le besó la cabeza con suavidad como si fuera una niña. Ella apoyó la mejilla contra su pecho y oyó el ritmo regular de sus latidos. No quería soltarlo.

—Ava —su voz era baja, dulce, inquisitiva—, ¿es verdad?

Ella no se movió ni retrocedió. Quería disfrutar ese preciado momento de cercanía por el tiempo que fuera posible.

—¿Qué cosa?

—El abuelo me contó sobre su conversación de ayer por la mañana. Me dijo lo que le habías dicho.

Ava repasó en su mente lo que recordaba de la conversación. Se detuvo cuando recordó haber dicho: “Siempre lo amaré, señor O. Eso se lo puedo prometer”. Así que Mateo ya sabía que ella lo amaba. Se mordió el labio, pero no retrocedió para mirarlo.

—¿Te molesta?

Mateo la abrazó con más fuerza.

—¿Molestarme? Cielos, claro que no, Ava. Es la mejor noticia que podría haber deseado. Ni siquiera me atrevía a tener esperanzas.

El corazón de Ava se aceleró. Él sabía que lo amaba y no se oía más que encantado por saberlo. Ella sintió que una burbuja de alegría se formaba en su corazón.

—¿Seguro que no estás molesto? Es decir, no era parte del acuerdo original.

Mateo rio y la sostuvo a cierta distancia. Su sonrisa era cariñosa.

—No podría estar más feliz, Ava. Y me alegra que le hayas contado al abuelo. Haberlo oído de ti significó mucho para él.

Ava lo observó sorprendida por su reacción. Pero no iba a presionarlo acerca de sus propios sentimientos. El pobre hombre estaba emocionalmente herido por la aflicción y la tristeza. Ya habría tiempo para tocar el tema en profundidad.

—Me alegra si lo hizo feliz.

Mateo rio.

—“Feliz” no llega a describir cómo ambos nos sentimos. —Tomó la cabeza de Ava entre sus manos, y su mirada se detuvo por un momento en sus labios—. Solo me sorprende que se lo hayas dicho primero a él.

—No sabía qué sentirías al respecto. —La verdad era que no tenía intenciones de decírselo a él; solo quería tranquilizar al señor O.

Mateo se inclinó y la besó por un largo momento.

—Esto es lo mejor que nos podría haber pasado. Es un nuevo comienzo, una hermosa vida nueva.

Estaba a punto de volver a besarla cuando sonó el timbre. No solo una vez, sino varias veces seguidas. Con la misma frustración por la interrupción, ambos miraron hacia la puerta mientras se abría. Era la tía Sylvia.

Un vistazo a las lágrimas que corrían por su rostro fue todo lo que Ava necesitó. Miró rápidamente hacia Mateo. La conmoción en su rostro le advirtió que él también lo sabía: el señor O. había fallecido.

—Papá murió. —Sylvia se tapó la boca con ambas manos; las lágrimas se derramaban sin parar.

—Lo lamento —susurró Ava en el silencio de la cocina. Se soltó del abrazo de Mateo y rodeó los hombros de la tía—. Dime qué podemos hacer.

Sylvia respiró profundo.

—¿Podrían llamar a los demás? ¿Tal vez comenzar con mis hermanas y pedirles que llamen a sus familias?

—Por supuesto, comenzaré ya mismo. —Ava miró a Mateo. Estaba inmóvil, como congelado por la noticia. Ella se volvió hacia Sylvia—. ¿Está el tío con el señor O.?

Sylvia asintió y se limpió los ojos con un pañuelo.

—Sí, ya vienen los paramédicos.

—Permíteme llamar a la oficina para avisar que no iré. También llamaré a la escuela, Mateo —explicó Ava—. Luego iré enseguida y haré las llamadas desde tu casa. Alguien debería estar allí para cuando la gente comience a llegar.

—Gracias, Ava. —Sylvia se secó las lágrimas y enderezó los hombros—. Mateo, ¿irás con nosotros a la funeraria?

El pedido directo pareció surtir efecto y atravesó el silencio conmocionado de Mateo.

—Claro, permíteme un momento con Ava y enseguida voy.

La tía abrazó a ambos y les agradeció efusivamente. Después de que ella había cerrado la puerta, Ava se volvió hacia Mateo. Su dolor era evidente. El corazón de ella sufría por él.

—Mateo, lo lamento mucho.

La miró a los ojos.

—Ava... —Pero su voz se quebró cuando dijo su nombre. Sacudió la cabeza.

Ava le rodeó la cintura con los brazos y lo acercó.

—Permíteme ayudarte, Mateo.

Él la sostuvo contra su pecho con una mano y con la otra acariciaba su pelo.

—Ya lo has hecho, Ava. Ya has hecho más de lo que crees. Te amo. —La besó en la cabeza—. Si no fuera por ti y por el bebé, no sé cómo podría soportar todo esto.

Luego, antes de que sus palabras fueran completamente registradas, la besó una vez más, la soltó y salió antes de que ella pudiera reaccionar. Él la amaba. Mateo la amaba. Su cabeza comenzó a dar vueltas. ¿Bebé? Miró hacia la puerta principal y sus ojos se agrandaron en cuanto comprendió el significado de lo que él había dicho. Bebé. Se quedó paralizada. Mateo pensó que estaba embarazada.

Capítulo quince

La mañana en que la familia Ortega enterró al amado patriarca, los cielos honraron su llegada con un brillante cielo azul. Ava, quien llevaba un vestido ajustado de color azul marino y una chaquetilla, estuvo junto a Mateo durante el servicio religioso junto a la tumba. La familia, teniendo en cuenta los deseos de Joaquín, no hizo una misa tradicional. En su lugar, el señor O. había pedido un servicio breve junto a la tumba y había ordenado a la familia que regresara a la casa y pasara el día junta para compartir amor, risas y buenos recuerdos.

Pero sin lágrimas —leyó el tío Oscar en una carta de Joaquín—; se desperdiciarán en mí. Cuando lean esta carta, regocijense porque querrá decir que he ido a reencontrarme con mi amada Beatriz. Creo firmemente que todos estaremos juntos algún día. Hasta entonces, estaré con nuestra familia celestial. Honren a su abuela y a mí amándose unos a otros. Les daremos la bienvenida a cada uno cuando Dios decida que sea el momento de reunirnos. La única promesa que pido es que reciban a cada nuevo miembro de la familia Ortega con mucho amor y alegría. El amor dura para siempre. La familia es para siempre. Y mi amor por cada uno de ustedes es para siempre. Para siempre.

Mientras Oscar doblaba la última carta del señor O. y la guardaba en el bolsillo del saco, Ava observó a Mateo. Para su sorpresa, la expresión de él era increíblemente tranquila. De hecho, durante los últimos dos días, a ella le había impactado que Mateo estuviera manejando la situación tan bien como parecía. Habían tenido poco tiempo para conversar en privado. Tal como era tradición en familias numerosas como la de los Ortega, se habían reunido en la casa de Sylvia y de Oscar, y Mateo había pasado gran parte de su tiempo allí con la familia. Cuando había regresado a la casa, era claro que estaba tan exhausto emocionalmente que Ava se rehusaba a tratar el tema del bebé que él pensaba que iban a tener. “Rehusarse” era una palabra para su decisión; “cobardía” era otra. La forma en que Mateo le sonreía, con un destello de alegría en los ojos, la hacía avergonzarse. Cuando él descubriera la verdad, cuando supiera que no estaba embarazada, su corazón se iba a destrozarse. Otra vez. Y esa vez no sería culpa de ella.

Después de haber colocado una rosa blanca cada uno sobre el ataúd y de haber dado el último adiós, Ava siguió a Mateo hasta el auto. Le agradeció con una sonrisa cuando él le abrió la puerta. Se sentó y buscó el cinturón de seguridad, pero Mateo lo tomó primero.

—Permíteme, Ava —le dijo mientras lo cruzaba sobre su regazo y lo ajustaba con suavidad. Cerró la puerta y se dirigió hacia el lado del conductor. Cuando se acomodó en el asiento, se quitó los lentes de sol y le sonrió—. Sé que no hemos tenido oportunidad de conversar...

—Debemos hacerlo —se apresuró a interrumpir Ava. Había que terminar con esa situación. No era correcto dejarlo creer que estaba en la dulce espera. Pero que el Cielo la ayudara: romperle el corazón con la noticia de que ella no esperaba un hijo suyo iba a ser lo más difícil que había hecho en su vida.

Él asintió.

—Sé que el bebé cambia todo. —Encendió el motor y se unió a la fila de automóviles que regresaban a la casa de la tía Sylvia—. Debemos hacer planes pero, si primero pudiéramos superar el día de hoy antes de concentrarnos en nosotros, te lo agradecería.

—Por supuesto —acordó ella. Ese no era el día. Pero tendría que ser más temprano que tarde. Aguardar más sería cruel. Mateo no se lo merecía, y ella no podía soportar vivir con esa mentira por más tiempo—. Apartemos algo de tiempo mañana por la mañana.

—Gracias, Ava. —Le tomó la mano y la sostuvo con firmeza—. No sé cómo habría superado todo esto sin ti.

Ella le apretó la mano.

El resto del día y la madrugada del siguiente fueron agotadores. Ava se unió a varias de las mujeres en la cocina durante casi toda la tarde, y tener algo en que concentrarse la ayudó a apartar su mente de la complicada situación en la que se encontraba. Cada vez que Mateo la miraba, se sentía como un fraude. Pero ¿qué podía hacer? Durante los últimos días, desde que Mateo se había enterado de la muerte de su abuelo, estuvo ocupado: hubo llamadas que hacer, familiares que recoger en el aeropuerto, sin mencionar el tiempo que pasó con la familia. Llevarlo a un costado y decirle que había entendido mal la última conversación con su abuelo y que no iba a ser padre sería como arrojarle un balde de agua fría. Pero, mientras doblaba servilletas para colocar en la mesa de bufé, se dio cuenta de que era otra forma de crueldad permitir que se aferrara a un sueño que no iba a hacerse realidad. Suspiró.

—¿Te encuentras bien, Ava?

Ava se dio vuelta y vio a Claudia parada junto a ella con una canasta de cubiertos. Le devolvió la sonrisa.

—Estoy bien. Igual que todos los demás.

Claudia comenzó a separar los cubiertos.

—Creo que el servicio estuvo muy lindo. ¿Y tú?

—También. —Ava se sintió agradecida por poder decir la verdad. Sentía que últimamente todo lo que decía era mentira—. La carta del señor O. era preciosa. Tenía muy buen corazón.

Los ojos de Claudia se humedecieron.

—No será lo mismo sin él. —Pestañeó varias veces y cerró los ojos para evitar que las lágrimas cayeran—. Pero dejó bien claro lo que quería que hiciéramos, así que lo haremos, ¿verdad?

Ava asintió.

—Correcto.

Pero ¿por cuánto tiempo sería parte de la familia? La pregunta la angustió durante toda la tarde. Justo antes del anochecer, buscó a Mateo para decirle que volvería para su casa.

Él se inclinó y la besó en la mejilla.

—¿Quieres que te acompañe?

Ella esbozó una ligera sonrisa. La amable mirada de preocupación de Mateo era más que conmovedora.

—Mateo, estoy bien. Solo voy aquí al lado.

La miró con expresión avergonzada.

—Lo sé, pero para mí es importante que sepas que estoy aquí para ti, Ava. —Le acarició el rostro con suavidad—. Siempre lo estaré.

Siempre. A Ava se le encogió el corazón. No tenían un “para siempre”. No tendrían un bebé. No había futuro. Deberían hablar en la mañana porque ella ya no podía soportar más.

—Buenas noches, Mateo.

Mientras se preparaba para acostarse, sentía una terrible soledad punzante. Era imposible imaginar que el señor O. ya no estaba. También había pensado muchas veces en su madre durante los últimos días. Pero ambos eran parte del pasado. El pasado no era todo lo que la entristecía. La idea de un futuro sin Mateo era igual de dolorosa. E iba a ser un futuro sin Mateo.

Con una repentina claridad, supo qué debía hacer. Tomó una manta de chenilla y se acomodó en el sofá en lugar de irse a la cama. Debía hablar con Mateo esa noche. Que Dios le diera el coraje. Iba a necesitarlo.

Mateo llegó a la casa pasada la medianoche. No había sido su intención dejar a Ava sola por tanto tiempo pero, cuando comenzó a ver viejos álbumes de fotos con la familia, el tiempo había pasado volando. Dejó las llaves en la mesita junto a la puerta y apagó la luz del frente, que Ava había dejado encendida para él. Lo sorprendió lo rápido que había comenzado a sentirse en su propia casa en la casa de la madre de Ava.

Adoraba la idea de que él y Ava criaran a sus niños donde ambos habían crecido. Tenían una vida de amor por delante y, aunque la idea de una relación duradera con Ava era nueva, se sentía bien. Más que bien. Se sentía como destinado a ser así.

Después de haber cerrado la puerta con llave, vio a Ava dormida en el sofá. Un hilo plateado de luz de luna que entraba por la persiana iluminaba lo suficiente como para que él pudiera ver su rostro. A menos que la luz le jugara una mala pasada, parecía que Ava había estado llorando. La culpa y la ternura lo invadieron. Su pobre esposa. Había sido un apoyo incondicional durante aquellos últimos días difíciles. Y, a cambio, la había dejado demasiado tiempo sola. Nunca más. De allí en más iba a hacer de Ava y de su familia su prioridad.

Retiró suavemente la manta y la llamó, pero ella no respondió. Entonces, en lugar de volver a intentarlo, la levantó despacio y la llevó en brazos hasta la habitación. Luego, la rodeó con firmeza con un solo brazo y abrió la cama para acostarla. Aunque ella se movió un poco, no abrió los ojos.

Mateo se sentó al borde de la cama y la observó dormir por unos minutos. Cuando ella se puso de costado, el camisón se ajustó a su cuerpo y dejó poco para la imaginación. El deseo se despertó en él. La deseaba. Quería hacerle el amor a su esposa. Estiró la mano y recorrió con los dedos el largo del brazo de ella. Su piel estaba cálida y era delicada. Ava era perfecta. Cada centímetro la hacía la mujer exacta con la que quería pasar el resto de su vida.

Se quitó los zapatos y se recostó a su lado. La rodeó suavemente con los brazos. No tenía el valor para despertarla, pero necesitaba estar con ella, necesitaba abrazarla. Ella abrió los ojos por un instante, pero volvió a cerrarlos. Se acurrucó contra su pecho. Mateo gruñó. Abrazarla era como abrazar un trozo de cielo. Se inclinó y le besó la cabeza.

Para su sorpresa, Ava se echó hacia atrás lo suficiente como para mirarlo.

—Mateo —susurró—. Estás en casa.

En casa. Una ola de gratitud lo invadió.

—Te extrañé esta noche —expresó él.

Los labios de ella esbozaron una sonrisa adormilada.

—Estoy aquí ahora.

Él le recorrió los labios con el pulgar.

—Quiero hacerte el amor, Ava.

Ella cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—¿Una última vez?

Pero no le dio oportunidad de responder antes de perderse en sus brazos. Si lo hubiera hecho, él le habría asegurado que esa noche era solo el comienzo de una vida de amor.

Cuando Ava se despertó a la mañana siguiente, un vistazo a la almohada vacía junto a ella le aseguró que la noche anterior no había sido un sueño. El aroma de la colonia de Mateo se percibía sutilmente entre las sábanas. Se sentó y miró el reloj sobre la mesa de noche. Ya eran más de las nueve. Vio un papel doblado debajo del reloj. Se estiró para alcanzarlo. Leyó la nota de Mateo.

Ava: anoche fue maravilloso. Tú eres maravillosa. Este camino que comenzamos ha tomado un giro inesperado, pero sé que estamos destinados a estar juntos para siempre. Te amo. Los amo. Para Siempre. Con amor, Mateo. PD: tuve que ir a la escuela por un asunto. Volveré en unas horas. Besos.

Ava se dejó caer sobre la almohada y cerró los ojos ante la catarata de lágrimas. La noche anterior había sido maravillosa. Mateo tenía razón. Cuando hacían el amor era como si el mundo externo hubiera dejado de existir y solo importaba la conexión entre ellos dos. Pero la cruda realidad del sol de la mañana le dejó claro lo que debía hacer. Tenía que acabar con esa farsa por el bien de Mateo y por el de ella también. No había ningún bebé. El repentino deseo de Mateo de permanecer casados tenía que ver con el bebé que creía que iban a tener y con el anhelo de ser el hombre honorable para el que había sido educado. No era ella a quien quería, y esa verdad, por dolorosa que fuese, era el motivo por el que debía abandonarlo. Tomó la almohada de él y la abrazó. Inhaló su perfume. “Oh, Mateo, perdóname por lo que voy a hacer”.

Capítulo dieciséis

Ava estacionó el auto y apagó el motor con el corazón apesadumbrado. Miró por el espejo retrovisor y vio su maleta en el asiento trasero. Empacar para abandonar la casa que había compartido con Mateo había sido doloroso, pero había tenido que hacerlo. Definitivamente, no había planeado irse de ese modo, ni tan pronto después de la muerte del señor O., pero todo el malentendido acerca del bebé había sido el factor decisivo. Debía terminar.

Quiso la suerte que no hubiera nadie en la oficina. Ava echó un vistazo a la agenda y se dio cuenta de que tenía una hora antes de que alguien llegara de las visitas comerciales o de alguna reunión programada. Perfecto. Eso le daba tiempo de sobra para recoger algo de trabajo y dejar una nota que explicara su ausencia. Haría teleconferencias con su personal mientras no estuviera. No podría ausentarse por mucho tiempo, pero necesitaba un periodo de tranquilidad para recomponerse. Hundió el rostro entre las manos. ¿A quién engañaba? Iba a ser un esfuerzo titánico lograr quitarse a Mateo de la cabeza. Y de su corazón.

Solo después de haber recogido todo y de haber dejado la nota para su personal, vio unos papeles con una notita adhesiva encima. Los tomó y los revisó. Volvió a mirar la nota adhesiva: “Jefa, pensé que querías comenzar con los trámites para el cambio de nombre. Ava McKenna Ortega. ¡Suenan bien!”. Ava volvió a dejar los papeles sobre el escritorio. Ava Ortega. De verdad sonaba bien. Sacudió la cabeza. Ya era suficiente.

Después de haber cruzado la frontera con Nuevo México, Ava se detuvo para almorzar y para estirar las piernas. Una vez que llenó el tanque del convertible, encendió el celular y miró la docena de mensajes de texto que aguardaban su atención. Varios eran de Mateo, pero vio que eran de la mañana cuando, probablemente, aún no había encontrado su carta. También le había dejado dos mensajes de voz, pero ella sabía que no tenía la fuerza para oírlos. El sonido de su voz sería suficiente para querer dar la vuelta y conducir de regreso a Phoenix. Apagó el teléfono y lo guardó en el bolso. Necesitaba continuar si quería llegar a Santa Fe antes del anochecer. Necesitaba continuar si iba a mantenerse firme.

Varias horas más tarde, Ava estacionó en Rancho Feliz Spa & Resort. Le entregó las llaves a un joven del servicio de valet y le agradeció con una sonrisa a la joven que le llevó las maletas. Otra joven sonriente le dio la bienvenida cuando se acercó a la recepción. Por primera vez desde que tenía memoria, Ava sintió un arrebato de envidia por su juventud despreocupada.

—¿Se registra sola, señora?

—Sí, una reserva para Ava Ortega —respondió. Buscó su cartera en el bolso mientras la empleada ubicaba su reserva. Sacó la tarjeta de crédito y su identificación, pero la joven continuaba buscando con el ceño algo fruncido.

—¿Puedo ver su identificación, por favor?

Ava se la entregó y aguardó otro momento mientras la mujer volvía a intentar.

—Bien, tengo una reserva para usted con el nombre de Ava McKenna.

Ava asintió.

—Correcto.

La empleada le devolvió la licencia de conducir.

—Lo siento. Creí que había dicho: “Ava Ortega”.

Le tomó un instante a Ava para registrar lo que debió haber dicho.

—Fue mi error —se disculpó. Luchó por contener las lágrimas hasta que estuvo sola en su habitación. Una vez allí, no se inmutó por el encanto de la decoración rústica. Se echó a la cama y se aferró a una almohada mientras lloraba.

—Si supiera dónde está, Mateo, te lo diría.

Mateo asintió, pero no contestó. No era culpa de Marti no saber dónde estaba su jefa. Él era quien debía saber dónde estaba su esposa, pero no lo sabía. Lo carcomía saber que ella había estado tan triste y desesperada por alejarse de él que había huido a quién sabe dónde.

—Puedo enviarle mensajes de voz, correos electrónicos y mensajes de textos por ti, pero seguro que ya lo has intentado todo. —Marti levantó las manos en señal de impotencia—. Pero, si se te ocurre algo más en lo que pueda ayudarte, solo dímelo.

—Te agradezco, Marti —logró expresar. Le dolía el corazón. ¿Adónde demonios podría haber ido Ava? La nota dejaba en claro por qué se había ido, pero todo lo que le importaba era saber adónde. Si tan solo pudiera encontrarla, sabía que podría arreglar las cosas. No había ningún bebé y Ava no estaba embarazada; eso quedaba claro en la nota, pero él no estaba molesto como ella creía que estaría. Solo la quería a ella. Solo a ella. Para siempre. Volvió su atención hacia Marti—. ¿Te ha mencionado algún lugar que le gustaría visitar? ¿Algunas vacaciones que pensara tomarse más adelante? ¿Aunque fuera la sola mención de algún lugar que le hubiera dado curiosidad?

Marti sacudió la cabeza.

—Lograr que Ava pensara en algo más que en el trabajo antes de conocerte era casi imposible. Nunca se había tomado vacaciones. —Se mordió el labio y pensó por un momento—. Pero debió haber hecho reservaciones para algún lugar o al menos haber consultado un mapa si iba a algún lugar nuevo. —Su rostro se iluminó—. Entonces, si miró algo en su computadora aquí, debería estar en el historial de exploración.

Mateo sonrió por primera vez desde que había abierto la nota de Ava y había sentido que toda su vida se desvanecía con la noticia de que su esposa lo había abandonado.

—Eres brillante.

—No te ilusiones —le advirtió Marti mientras se dirigía a la oficina de Ava y encendía el monitor—. Podría haber utilizado la laptop o la tableta para buscar algo, o podría haber limpiado el historial, así que esperemos antes de celebrar. —Se sentó frente a la computadora y comenzó a tipear.

Mateo caminaba por la oficina como un león enjaulado. El recuerdo de haber tenido a Ava en sus brazos la noche anterior estaba grabado en su corazón. Había regresado a la casa solo unas horas después de haberla dejado dormida en la cama para descubrir que ya no estaba y que le había dejado una nota manuscrita en la mesa de noche. Ava se había disculpado efusivamente por el malentendido que le había hecho creer que estaba embarazada y por no haber aclarado la confusión de inmediato. Él se había desilusionado, pero la idea de que aún no sería padre no le había dolido tanto como lo que había leído a continuación: “Mateo, hicimos lo mejor por el señor O., pero no soy lo que necesitas en tu vida”.

“No es cierto”, había pensado mientras hacía un bollo con la nota. Ella era exactamente lo que necesitaba y quería en su vida. Solo que no sabía qué le diría para convencerla de darle una oportunidad a su matrimonio una vez que la encontrase. Pero sabía que amaba a Ava McKenna más que a su propia vida.

—Lo conseguí —exclamó Marti triunfante un momento más tarde—. Apuesto a que está en un lugar en Santa Fe llamado “Rancho Feliz”. Hay otros lugares que estuvo mirando, pero en este caso miró todas las páginas del sitio y parece que también buscó la ubicación en un sitio de mapas. —Oprimió unas teclas más, y la impresora comenzó a imprimir hojas—. ¿Quieres que llame y verifique si está allí?

Mateo sacudió la cabeza.

—Dudo de que te lo confirmen por teléfono. Pero llamaré por el camino y haré una reservación para mí. —Miró el reloj. Había algunas cosas en la escuela que debía terminar sin falta antes de irse, lo que significaba que no podría salir antes de la mañana siguiente—. Sé que no es justo pedirte algo así pero, si hablas con mi esposa, ¿podrías evitar decirle que estoy en camino? No quiero asustarla y que se vaya.

Marti simuló cerrarse los labios con un cierre.

—Voto de silencio.

—Gracias por todo, Marti. Eres tan valiosa como Ava había dicho.

Marti sonrió.

—Solo encuéntrala y ámala, Mateo. Ella te pertenece. Todos podemos verlo, excepto ella. Convéncela de regresar contigo a casa.

Él puso la mano sobre el corazón.

—Pasaré la vida intentándolo.

Desesperada por sacarse de la cabeza su corazón herido, Ava participó de una clase de yoga al amanecer. A eso le siguió un desayuno liviano en el patio y una larga caminata por un camino pavimentado que serpenteaba por el terreno del spa. Luego de una ducha rápida, Ava se miró al espejo. Todos los servicios del spa no podrían borrar las manchas negras debajo de los ojos. De todos modos, reservó una sesión de masajes y de facial para la tarde. Tenía que hacer algo con su tiempo y no lograba concentrarse en el trabajo ni tampoco podía dormir.

Cuando miró los mensajes de texto, se sintió extrañamente desilusionada al ver que Mateo no había intentado contactarla. El único mensaje de voz era de Marti para asegurarle que en la oficina todo estaba bien. Eso era lo que quería, ¿no? Silencio. Soledad. Que la oficina funcionara sola por unos días. Que Mateo se olvidara de ella.

Entonces, ¿por qué la idea de que Mateo aceptara un divorcio rápido la llenaba de una tristeza que nunca había experimentado? “Es lo correcto”, se dijo a sí misma. Y lo repetiría las veces que fueran necesarias para que su corazón lo creyera. Mateo solo la había buscado en un principio porque sabía que a su abuelo le agradaría. No era por ella. Y cuando la había tomado en sus brazos y le había hecho el amor, había sido porque él creía que tendrían un bebé. Pero no lo tendrían. Su relación no había sido más que un favor que había terminado en un malentendido. No podían construir una vida a partir de eso. Nadie podía.

Capítulo diecisiete

Después de la sesión relajante en el spa, Ava pasó algo de tiempo en la biblioteca intentando obligarse a leer algo, pero nada le llamaba la atención. De todas maneras, se quedó sentada en un sillón cerca de la ventana porque se sentía como un lugar seguro y aislado, y estaba lejos de su habitación, donde había dejado el celular. No confiaba en que no llamaría a Mateo. Sin importar cuánto deseaba oír su voz, hablar con él no cambiaría nada.

Allí fue donde la encontró el gerente del complejo.

—¿Señorita McKenna?

—¿Sí?

—Lamento la interrupción. —Se presentó y preguntó si podía ocupar el sillón junto a ella. Una vez que se sentó, mostró una expresión de disculpas—. Quería

disculparme personalmente por el inconveniente, pero tuvimos que programar unas reparaciones eléctricas en varias habitaciones del piso donde está usted. El trabajo debe realizarse de inmediato, pero no tomará mucho tiempo. ¿Tendría algún inconveniente en cenar en el comedor esta noche, así podemos enviar un equipo para que se encargue del problema?

—Claro, lo entiendo —respondió Ava—. Sin embargo, pediré servicio al cuarto más tarde. Viajo sola y preferiría evitar el comedor. —La idea de sentarse en un restaurante lleno de parejas y familias felices era más de lo que podía soportar. Era algo que solía hacer cuando viajaba por negocios y casi nunca le molestaba, pero esa noche ya se sentía lo suficientemente vacía—. Estaré bien aquí si alguien fuera tan amable de avisarme cuando pueda regresar a mi habitación.

El gerente sonrió con simpatía.

—Comprendo su reticencia, pero no me sentiría bien si dejase que cenara tarde en caso de que las reparaciones tardaran más de lo esperado. Sin embargo, contamos con un comedor privado y estaríamos encantados de prepararlo para usted. Realmente debo insistir en que venga a probar nuestra cocina de primera clase —intentó convencerla.

Ava comenzó a protestar, pero se detuvo. No tenía energía para resistirse y... ¿qué importaba? Si se quedaba sentada en la biblioteca o si comía en un salón silencioso, no le importaba.

—Está bien —aceptó—. Permítame subir a cambiarme si le parece. —La noche anterior había notado que los invitados se vestían más formales para la cena. A pesar de lo abatida que se sentía, no había excusas para quedar como una completa holgazana.

—Gracias, señorita McKenna. Agradezco su flexibilidad. —El gerente se puso de pie—. ¿Le parece que nos veamos en la recepción dentro de media hora? Puedo acompañarla hasta nuestro comedor privado.

Ava aceptó y se dirigió a su habitación. Se puso una pollera negra y una blusa negra con escote redondo y mangas tres cuartos. Cuando se colocó una suave capa de brillo de labios, se apenó al ver lo desnudo que estaba su dedo anular. Había dejado el anillo de amatistas de la señora O. en la casa para Mateo, pero había guardado la alianza en su cartera. Sabía que no la iba a usar, pero no podía soportar deshacerse de ella. Una última mirada en el espejo le hizo hacer una mueca. Su vestimenta completamente negra hacía parecer que estaba de luto. En cierto modo, lo estaba. No solo por el señor O., sino por la vida que ella nunca tendría con su nieto.

Fiel a su palabra, el gerente la aguardaba en la recepción. Lo siguió por el comedor principal hasta una puerta cerrada.

—Aquí la dejo, señorita McKenna, con una disculpa por los inconvenientes y con el deseo de que disfrute de la velada. —Le abrió la puerta y se corrió hacia un lado para dejarla pasar.

—Gracias —expresó Ava, pero para cuando terminó de hablar, él ya había cerrado la puerta.

Le llevó unos momentos adaptarse porque la habitación estaba iluminada solo por velas. Avanzó unos pasos como si estuviera en trance. Había cinco mesas con candelabros, pero solo la mesa central estaba preparada. Acordes de música clásica llenaban la habitación. Ava miró la mesa preparada con vajilla de porcelana y copas de cristal, que brillaban con la luz de las velas. En el medio había un arreglo de rosas blancas. Era sumamente adorable, pero era evidente que estaba en el salón equivocado. Alguien se había esforzado mucho por crear una velada romántica especial para el ser amado. Ella no debía estar allí. Se dio vuelta para irse.

—Ava.

Se paralizó. Mateo. No podía ser. Su corazón se encogió con fuerza.

—Date vuelta, Ava. Estoy aquí.

Lentamente giró sobre sus pies, y un hombre salió de las sombras. Dio un grito ahogado. Era Mateo; de verdad estaba allí. Cuando él avanzó hacia ella, observó su rostro. Lo que vio la hizo recobrar el aliento. Se puso la mano en la garganta.

—Mateo —susurró—, ¿estás aquí?

Él sonrió con amabilidad.

—Tenía que verte.

Ella no podía quitarle los ojos de encima.

—¿Qué es todo esto?

Él se acercó un poco más.

—Una parte de mi plan.

—¿Plan? —Ava sintió que su pulso se aceleraba. Algo en la voz de Mateo, la ternura que oía, era como el canto de una sirena. Se llevó las manos al corazón—.

¿Cómo me encontraste?

—Eso fue fácil. La verdadera pregunta, Ava, es cómo te sientes al verme. —Aguardó a que ella hablara pero, cuando no lo hizo, continuó—: no quería que sintieras que no respeto lo que necesitabas y querías, pero después de lo de anoche, después de este último mes juntos, no podía dejarte ir sin escuchar de tus propios labios que no quieres estar conmigo, que no te importo, que no te importa lo nuestro.

Ava estiró el brazo para sostenerse del respaldo de una silla. Sentía como si estuviera caminando sobre una cuerda floja. No podía retroceder. Pero no podía quedarse donde estaba. Cerró los ojos. La verdad era que tenía miedo de caer, miedo de amar a Mateo con todo su corazón solo para perderlo. Pero ¿y si lo rechazaba? ¿Y si dejaba pasar la última oportunidad de amarlo y de ser amada? ¿Y si dejaba pasar un futuro lleno de amor?

—Mateo, tengo miedo.

Él se acercó un paso más.

—Lo sé. No puedo prometerte una vida perfecta, Ava. Pero puedo prometerte que te entregaré mi corazón por el resto de mi vida.

—El bebé... —comenzó a decir, pero él la interrumpió.

—No, eso fue un malentendido y lamento haberte presionado. Todo fue un error. Pero esa no es la razón por la que estoy aquí.

—¿No?

Él sacudió la cabeza.

—Tampoco es por mi abuelo. Nunca podré terminar de agradecerte por el regalo que le hiciste, pero él ya no está. —Respiró profundo y continuó—: esto es sobre ti y sobre mí. Y sobre si quieres que haya un nosotros.

Con una repentina ráfaga de comprensión, Ava supo que todo lo que quería en su vida era amar a Mateo, estar con él.

—Me enamoré de ti, Ava. —La voz de Mateo estaba cargada de emoción—. Creo que siempre estuve enamorado de ti. Todo lo que sé es que, cuando te miro, veo la eternidad.

Ava sintió una burbuja de alegría crecer en su interior. Sonrió mientras se dirigía a los brazos abiertos de Mateo. Cuando sintió la calidez de su abrazo, supo que su corazón estaba a salvo. Estaba en casa. Le acarició el rostro.

—Quiero que estemos juntos —dijo ella—. Para siempre.

Mateo se inclinó y le besó los labios con suavidad.

—Para siempre.